Ultra alto vacío:

Una reflexión (paradójicamente larga) sobre la nada.

Enrique Sahagún

Ultra alto vacío:

Una reflexión (paradójicamente larga) sobre la nada.

Enrique Sahagún

3 de marzo de 2026

ÍNDICE GENERAL

Indice

Justificación....4
Preámbulo....6
Génesis....10
Cultura e idiocia....16
Casi todo es mentira....23
Sobre el autodisfrenismo y otras palabras inventadas....31
Espeleogénesis y sus ramificaciones....37
Cuesta abajo y sin frenos....43
Ultra alto vacío....51
Redundante colofón....54
Agradecimientos....63

CAPÍTULO 1:
Justificación

Esto que viene a continuación es una reflexión sesgada, vehemente y seguramente errada sobre el acto de tomarse demasiado en serio. Y el ridículo viaje a la nada al que nos ha conducido este acto. Un paseo vulgar hasta unas playas desiertas de contenido, sorpresas y asombro. Una travesía asistida por una tripulación que, incapaz de callarse, no está diciendo nada. Por si quisieran ahorrarse la lectura de este delirio, en este texto roto y cacofónico se discutirá la manera en la que un exceso de vanidad nos ha llevado hasta un escenario barroco, atestado de ruido y estímulos que paradójicamente resulta estar vacío.

No es, como parecerá en ciertos pasajes, un canto al pesimismo. O el enfado de un viejo prematuro. Que también lo parecerá. O tal vez si que lo es. Quién sabe. Puede que haya trazas de nostalgia de un mundo anterior y mejor. Pero en todo caso, sería nostalgia del Neoproterozoico, una realidad igualmente ridícula, pero más sencilla. En el Precámbrico se vivía mejor.

Si como autor mi opinión cuenta para algo, diría que lo que se va a pintar aquí, no es un retrato decepcionado del mundo, sino más bien lo contrario. Porque tal y como están las cosas desde los últimos 700 millones de años, entiendo que es fácil dejarse llevar por la desesperanza. Sin embargo, lo que aquí se propone es justo lo opuesto: que teniendo en cuenta lo que somos, igual no lo hemos hecho tan mal.

Siendo demasiado joven, y por cuestiones que no vienen al caso, el doctor Carl Sagan me hizo conocedor de la ecuación de Drake. La ecuación de Drake no es una ecuación. Ni siquiera es una inecuación. Apenas es una fórmula. Es sólo una expresión que nos ayuda a pensar acerca del número *N* de civilizaciones inteligentes, y con capacidad de comunicación interestelar, que podrían poblar nuestra galaxia. La “ecuación” tiene esta forma:

$$N = f_1 \cdot f_2 \cdot f_3 ... \cdot f_n$$

El número de posibles civilizaciones *N*, se calcula como un producto de factores f_i. Algunos de estos factores son razonablemente conocidos, otros son estimaciones y la mayoría, especulaciones con poco o ningún sustento. Ejemplos de estos factores f_i podrían ser, el ritmo al que nacen estrellas, el porcentaje de estrellas con planetas en su órbita, la fracción de éstos que podrían contener vida, etc. Como se puede ver, esta fórmula no trata de arrojar una solución única y contundente, como haría una ecuación que se viste por los pies. La ecuación de Drake es un juguete científico-matemático interesante

que nos permite reflexionar sobre lo inaudito que es la aparición de individuos dotados de una cierta inteligencia, en un cada vez más vasto universo[1].

De entre todos los factores de la ecuación, el que cautivó mi atención en esta fórmula, que en mi juventud no acababa de entender del todo, fue el que se suele colocar en último lugar. Ese factor, que es necesariamente una estimación, representa el lapso durante el que una civilización inteligente puede existir. Su vida media. La duración promedio de una estructura social inteligente y con capacidad tecnológica suficiente como para comunicarse a través del espacio que separa las estrellas. Al parecer, decía este factor, las civilizaciones se pueden acabar. De hecho esto ya ha ocurrido a pequeña escala: imperios y pueblos han caído en sucesión a lo largo de nuestra historia. Algunos fueron exterminados, otros se diluyeron en pueblos más grandes y otros muchos habrán nacido, vivido y fallecido siendo arrastrados al olvido más absoluto, sin que nuestros historiadores tengan aún noticia de ello.

El caso es que no había pensado yo, en mi ignorante juventud, en que la muerte de una cultura fuera posible. Que tuviera fecha de caducidad. Tal idea ni siquiera había visitado mi cerebro. Las civilizaciones debían ser imperecederas, enormes, sólidas e inamovibles. Una agarradera de jubilado en el resbaladizo plato de ducha que es la realidad.

Y muy al contrario, decía Sagan, las culturas desaparecen. Tal vez la anomalía sea que existan. Es fácil imaginar a una civilización extinguiéndose, por ejemplo, bajo el peso de su propio desarrollo tecnológico. Y mi recién estrenado cerebro, viviendo en los últimos estertores de la guerra fría, conectó esta nueva y terrorífica idea con la proliferación de armas nucleares, Chernobyl, el agujero de la capa de Ozono, la polución y la aparición de la música techno.

Esta información, que en mi mocedad me hizo caer en una crisis existencial temprana, treinta años después se ha convertido en un canto al triunfo. Toda esa angustia y terror a desvanecernos y ser olvidados, se ha tornado en un cierto orgullo. Teniendo en cuenta nuestras limitadas capacidades, nuestra inclinación a la estupidez y nuestras ganas de aniquilarnos, si mañana, gracias a los esfuerzos que estamos haciendo, desapareciéramos del mapa, el laudatorio funerario sería una hermosa oda a la victoria:

Sólo un millón de años tras la adquisición de consciencia pintaron El triunfo de Baco y compusieron Sinnerman. Descubrieron y se regalaron a sí mismos la vacuna contra la poliomelitis y visitaron su satélite. Siempre saludaban y a veces te ayudaban en las mudanzas. Entendieron el propósito de las flores y el funcionamiento de los arcoiris. Levantaron el Panteón. Aprendieron a cocinar tortillas de patata; con cebolla y poco cuajada. Y tras la invención de la sobremesa, una noche se sentaron alrededor del fuego y se contaron la epopeya de Odiseo. Trataron de llevarse bien y ocasionalmente lo consiguieron.

Visto así, y así es como elijo verlo, estos logros no están nada mal para unos mamíferos despistados, inseguros e iracundos.

---

1 La madre de Alvy Singer estaba errada y Brooklyn no sólo se está expandiendo, sino que todo apunta a que cada vez lo hace más rápido.

En el texto que sigue aparecerán datos, hechos y citas literarias que no servirán para probar nada. Se van a mezclar churras con merinas y a preparar una macedonia de falacias; de las lógicas y de las incongruentes. Se dirán muchas cosas con aparente autoridad, que tal vez no sean ciertas. O no del todo. Si son magnánimos y leen todo lo que viene a continuación, no van a encontrar otra cosa que una opinión demasiado larga, de una persona descuidada que no se ha tomado tan en serio como debiera, la escritura de este texto.

Pero supongo que este descuido en el discurso, puede utilizarse para reforzar la minúscula tesis que aquí se sostiene: que tomarnos demasiado en serio no ha resultado ser una buena idea.

CAPÍTULO 2:
Preámbulo

En algún momento las cosas se han torcido y ya nada significa nada. ¿O es “todo significa nada”? Yo maldigo el castellano y sus dobles negaciones. Sea como fuere, el hecho es que, casi en el mismo momento en que se empezó a comprender la realidad, ésta perdió el poco sentido que tenía. Se igualó el significado de una cosa y su contraria. La razón y la sinrazón fueron finalmente equiparadas, cervantinamente hablando. Y ocho y ochenta pasaron a ser el mismo número.

Y estaremos de acuerdo en que es difícil sostener una existencia decente cuando las cosas pierden su significado. ¿Cómo, por ejemplo, se lleva a cabo una mitosis segura y de calidad cuando nada significa nada? ¿Cómo transforma la bacteriorrodopsina un insustancial campo electromagnético en un contundente protón si nada tiene sentido? ¿Cómo sabrán los catetos igualar la suma de sus cuadrados al cuadrado de la hipotenusa, en una situación de relativismo moral y material, en la que todo da lo mismo?

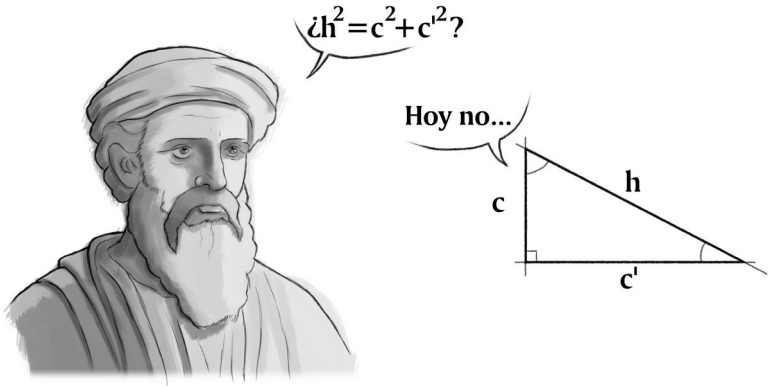


Figura 1: Pitágoras, no sabiendo muy bien a qué atenerse.

Todo el que me conozca sabrá que no soy amigo de las alarmas, como también es célebre mi oposición firme a las epidemias de cólera o la música estridente en el transporte público, valga la redundancia. Y así se sabrá poner en su justo término la importancia de lo que voy a decir: un universo en el que nada tiene sentido no augura nada bueno. Tal realidad no promete tiempos apacibles, más bien lo contrario. Sólo catástrofes, calamidades, hecatombes (las destructivas, no las culinarias) y otras formas de aniquilación pueden derivarse de una realidad sin asideros.

No estamos, por cierto, hablando aquí de un sentido finalista de la existencia, como el que puede uno encontrar en algunas filosofías, religiones, en los carnavalescos entrenadores motivacionales o en el mensaje de otros

vendedores de crecepelo que nos acechan agazapados tras un arbusto. No se discutirá el sentido personalista, narcisista y antropocéntrico de la vida, de las que muchas personas tienen justa necesidad, que muchos pensadores ya han tratado y que ciertos individuos pretenden haber encontrado tras un viaje de una semana a la India. Tampoco al sentido de la vida al que tanto Monty Python[2] como Douglas Adams[3] han tratado de dar respuesta.

Nos referimos al sentido, mucho más esencial, que hace que dos más dos sean cuatro; aquí, en Soria, los meses con ``r'', los jueves, y el día de Corpus. Nos referimos a la elemental consistencia que emana del hecho de que dos más dos sean cuatro. Uno puede despertar y afrontar un día errático y lleno de incertidumbre, con la balsámica seguridad de que al menos, dos y dos siguen siendo cuatro. Es algo bueno que dos más dos sean cuatro. Y que lo sean siempre[4].

Nos referimos por ejemplo al sentido que se deriva de que las palabras tengan un significado. Y que éste pueda ser (más o menos) compartido por dos o más personas, permitiendo así el fenómeno de la comunicación. El hecho de que una onda mecánica en el seno del aire pueda producir una idea concreta en el cerebro de un ser vivo, es de una importancia capital. Que un antropóide pueda generar un baile de moléculas de nitrógeno que se comprimen y expanden, y que éste dé lugar a una serie de descargas eléctricas en un húmedo conglomerado de neuronas, y que esa telaraña de voltajes pinte en tu cabeza la imagen de tu primera bicicleta, es un hecho singular de una enorme belleza. Un hecho singular que es insultado y vulgarizado cada vez que alguien trata de convencernos de que arriba significa abajo.

Que exista una cierta cantidad de sentido en el universo es algo bello. Aún si ese sentido es que, en ocasiones, las cosas no tienen sentido. Hay algo consustancialmente benigno en el hecho de que la atracción gravitatoria entre dos masas siempre dependa de su distancia al cuadrado, independientemente de cómo se sientan las masas ese día, o de lo que opinen la una de la otra. La fuerza decae con la distancia al cuadrado sin importar si las masas son conscientes de ello o si prefieren interpretar esta fuerza en términos de deformaciones en la geometría del espacio-tiempo. Incluso en el ámbito de la mecánica cuántica, donde todo está manga por hombro, y la realidad se parece más a una escena descrita por Lewis Carroll, existe un aparato matemático que permite predecir el comportamiento de un electrón, por muy demente que éste sea. Que exista cierta coherencia en el comportamiento del universo, es tan insólito como afortunado. Y que este comportamiento pueda ser parcialmente comprendido por unos monetes absurdos, es un regalo inestimable. No es exagerado afirmar que un universo sin esa clase de sentido, igual que un edificio en el que un vecino estuviera aprendiendo a tocar la gaita, no es un lugar digno de ser habitado.

---

2 Tanto Monty, Monty tanto.

3 42.

4 No me tomaré aquí la molestia de aclarar que dos más dos son cuatro sólo en base decimal... valga el oxímoron. Y desde luego esto no es una pipa.

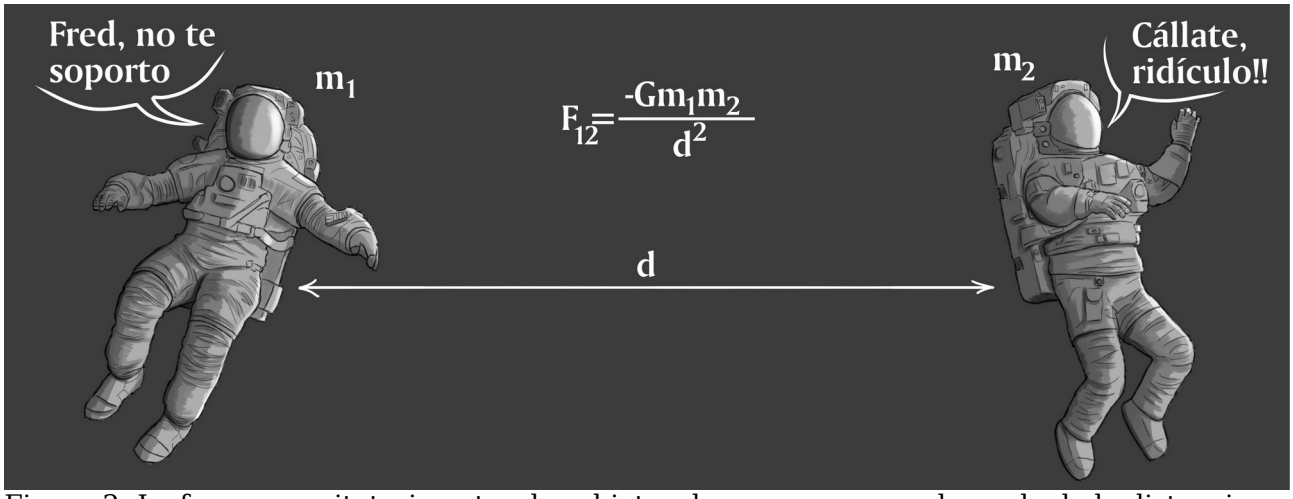


Figura 2: La fuerza gravitatoria entre dos objetos de masas m_1 y m_2 depende de la distancia entre ellas como m_1m_2/d_2. Y no de lo gilipollas que pueda ser Fred.

Con esto, no se está tratando de defender un mundo robótico y algebráico en el que los individuos se comporten de forma mecánica. Se está intentando reivindicar la importancia de una realidad en la que existen lógicas, sentidos y patrones. Y estos son relevantes incluso cuando tratamos de deformarlos o eliminarlos. Que se pueda disfrutar de la poesía, la fantasía, los sueños y otras desfiguraciones de la realidad, solo es posible porque tal realidad existe. Y estas deformaciones tienen sentido porque existen en contraposición a ella. Las pinturas de Turner retratan visiones maceradas por nuestros sentidos, emociones y recuerdos. Paisajes transformados que sólo tienen significado porque hay una realidad preexistente que evocar. Las extrañas polifonías de Ligeti producen sensaciones, a veces aterradoras, que el oyente puede reconocer. Seguramente porque alguna agresión de la realidad le ha hecho sentir algo similar con anterioridad. Y los cuadros de Miró... no, los cuadros de Miró son sólo actos de fealdad cometidos por un impostor. En fin, fugarse de una prisión sólo es posible si tal prisión existe.

En otro orden de cosas, abandonar la superficie de nuestro planeta para viajar a otros cuerpos celestes es una tarea compleja, pero posible. Para ello, el vehículo que pretenda escapar de la atracción gravitatoria de la Tierra, deberá ser acelerado hasta los 11 km/s en la dirección correcta. Alcanzar esto que llamamos la “velocidad de escape”, involucra una estupenda cantidad de energía. Eso explica el gigantesco tamaño de los cohetes espaciales, que no son otra cosa que depósitos de combustible en movimiento.

La velocidad de escape es una cantidad que depende de la masa del planeta y de su radio. Esta velocidad en el caso del colosal Júpiter es de 60 km/s y de sólo 0.5 km/s en el caso del diminuto Ceres[5]. Existen minúsculos asteroides de cuya atracción podría escapar un ser humano con tan sólo dar un salto.

Dicho esto, se podría imaginar un planeta cuya velocidad de escape fuese tan alta, que no permitiese a sus habitantes abandonar nunca su superficie. O que les impidiese lanzar artefactos al espacio que les ayudasen a predecir el tiempo que hará mañana o a llegar en coche a casa de sus suegros. Un planeta

5 El tamaño y la atracción gravitatoria de un gigante como Júpiter es tan obscena, que ha malogrado la formación de un planeta entre su órbita y la de Marte. En su lugar lo que tenemos es una escombrera conocida como El Cinturón de Asteroides, del que Ceres forma parte.

tan enorme o tan pesado, que no hubiese mecanismo físico o reacción química o nuclear capaz de generar la energía necesaria para escapar de su atracción gravitatoria. Que no hubiese hoyo suficientemente profundo, bala suficientemente dura o cantidad de fulmicotón en el planeta, que consintiese a Barbicane, Nicholl y Ardán, visitar su Luna.

Los habitantes de este mundo colosal, estarían condenados a poblar tal planeta y no les quedaría sino soñar, como hizo la especie humana hasta 1957, con viajes a otros astros. Y lo que es aún más aterrador, si tuvieran visita de habitantes de otros planetas, estos molestos invitados (valga la redundancia), no serían capaces de retornar a sus hogares. Una pesadilla, vamos.

Que desde la Tierra se hayan podido enviar cohetes, vehículos o seres humanos al espacio y otros cuerpos celestes, obedece en parte a algo que es casi una casualidad; la energía liberada por la unión de una molécula de hidrógeno con una de oxígeno, en las cantidades adecuadas y gestionada de forma correcta, coincide con la energía que hace falta para salir de nuestro planeta. La velocidad de escape de la Tierra es tal, que puede ser superada usando la energía producida por una reacción química. Esta velocidad es alta, pero no demasiado alta.

Del mismo modo, y retomando el asunto del sentido, es fácil imaginar universos erráticos y arbitrarios en los que las reglas cambiasen con el tiempo de forma incoherente. Universos para los que no existiese un constructo lógico o matemático que permitiese su comprensión. Enigmáticos universos cuyos mecanismos de funcionamiento fueran tan complejos, que su entendimiento fuese inalcanzable para un sistema nervioso instalado sobre un sustrato biológico. Que, en tal realidad, no fuera física o biológicamente posible desarrollar un cerebro capaz de entenderla.

Por fortuna nuestro universo es complejo, pero no demasiado complejo. Y todo indica que un conjunto de neuronas, fabricadas con átomos corrientes, en cantidad suficiente y organizadas de la forma adecuada, ha podido empezar a comprenderlo. Sabemos además que en este universo existe al menos una especie llena hasta arriba de las antedichas neuronas. Y que los individuos de esta especie se han propuesto dedicar parte de esas neuronas a la tarea de entender su realidad colindante. Se ha producido así la maravillosa paradoja de que una pelota de átomos comience a entender a otras pelotas de átomos[6].

Un grupo de individuos medianos, alojados en un planeta mediano, que orbita una estrella mediana, ha comenzado a intuir que vive en una realidad bella y sofisticada en la que las fuerzas se entretejen con espacios y tiempos. Una realidad de campos sembrados de partículas etéreas que juegan entre ellas, que se odian y enamoran y que, con el tiempo, acaban germinando y produciendo hidrógeno y metales pesados. Una insólita realidad de catedrales de lípidos, de bibliotecas de bases nitrogenadas y de maquínicas cadenas de aminoácidos. Y de feniletilaminas, nicotinamidas y dopaminas. Y etanoles y alcaloides. Este grupo de individuos medianos ahora sabe que existe en una realidad exquisita, finísimamente hilvanada, en la que unas moléculas pueden gozar y divertirse con otras moléculas.

Y a pesar de todo, en algún momento las cosas se torcieron y ya nada significa nada. Esto fue señalado de forma notable por el académico Enrique

6 El físico Brian Cox lo dijo un poco mejor: “La vida es el medio por el que el universo se comprende a sí mismo”.

Santos Discépolo en 1934 en su ensayo sociológico Cambalache[7] en el que observaba cómo un mal día, todo se volvió vulgar y estúpido. Exactamente 50 años después de la publicación de este ensayo, en la película Amadeus de Milos Forman, un ficticio Antonio Salieri se lamentaba porque su bien amado Dios hubiera decidido hablar por boca de un austriaco zafio, lujurioso e irreflexivo. El beatífico Salieri era incapaz de entender que una música tan magnífica, capaz de demoler almas, brotase de la mente de un patán insufrible. ¿Cómo puede Dios haberse equivocado tanto en su elección de un portavoz? Salieri estaba siendo testigo de lo que parecía ser la segunda venida de Cristo, y el profeta había resultado ser un señor en chándal que hace chistes de pedos. ¿Cómo puede, se preguntaba el veronés, manar lo sublime de la imperfección más absoluta? ¿Cómo puede este delicioso manjar venir envuelto en una bolsa de basura?

Y a la especie humana le ocurre lo mismo que al Mozart de Forman... pero al revés. Hemos resultado ser una estirpe de gilipollas nacidos de la más hermosa de las complejidades. De una realidad perfecta y refinada ha brotado un melón que sabe a pepino. Somos el niño al que regalan un telescopio y se queda fascinado con la caja de cartón en la que venía embalado. La tan exagerada cúspide de la existencia ha resultado ser una canción de reguetón compuesta por una IA. Somos gilipollas y lo que es más terrible, gilipollas vulgares. Gilipollas sin imaginación. Gilipollas que habitando un mundo rebosante de maravillas, bostezan y miran el reloj ante su contemplación. Gilipollas que se aburren y que aburren. Siempre los mismos gilipollas tediosos, incapaces de un pensamiento original. Gilipollas ordinarios y como guinda, engreidos, ciegos en la tarea de identificar, aceptar o hacer las paces con su propia estupidez. Gilipollas vanidosos que se colocan a sí mismos en un trono de lucidez y autoridad moral fabricado en papel higiénico y cartón de huevos, mientras disfrutan con húmedos orgasmos del deporte de señalar los errores y carencias de los demás. Gilipollas que se niegan a aceptar que igual somos todos un poco idiotas (una de las pocas cosas que nos unen como especie) o a empatizar, aunque sólo sea un poco, con el gilipollas del vecino.

Y este hecho extraordinario, por si sólo, merece una disertación.

7 “Que el mundo fue y será una porquería, ya lo sé, en el quinientos diez, y en el dos mil también... ...Hoy resulta que es lo mismo ser derecho que traidor, ignorante, sabio o chorro, pretencioso o estafador. Todo es igual, nada es mejor, lo mismo un burro que un gran profesor. No hay aplazaos, qué va a haber, ni escalafón. Los inmorales nos han igualao.”

CAPÍTULO 3:
Génesis

Es notable la forma en que la Naturaleza ha tratado por todos los medios de expulsar la idiocia de su seno. La realidad material, siempre alerta, no ha ahorrado energía en el proceso de detección y eliminación de la estupidez. Tan pronto como aparecen indicios de ausencia de luces, en cualquiera de sus formas, la Naturaleza la aplasta con su martillo redentor.

Coincidiendo con la aparición de los sistemas nerviosos, la Naturaleza, consciente de las posibles implicaciones de un artilugio tal, desarrolló un mecanismo corrector, justo e inflexible que impidiese que la idiotez colonizase la realidad. Y conocemos la fecha exacta en la que apareció dicho mecanismo. Un martes. Por la mañana. Durante el Cámbrico, un trilobite, con su recién estrenado trasunto de sistema nervioso, fue capaz de generar un trasunto de pensamiento. No conocemos los detalles de este pensamiento, pero estudios recientes indican que tuvo algo que ver con enemas de café y limpiezas de colon. Esta reflexión era particularmente estúpida si tenemos en cuenta que dicho trilobite aún no contaba con un sistema digestivo en el que el intestino grueso se hubiese diferenciado. Y por otro lado, las plantas con frutos y flores no aparecerían hasta el Cretácico, unos 400 millones de años más tarde.

La falta de sentido de este protopensamiento era, y aun hoy es, admirable. Era ridículo a tantos niveles que provocó una terrible conmoción en el universo, que terminó por llamar la atención de la Naturaleza. Un grito tan estridente y disonante, que alcanzó el Valhala en el que habita la realidad. Y a la Naturaleza no le quedó más remedio que responder a la llamada y reconocer que aquel trilobite, por razones que se le escapaban, había devenido en un perfecto gilipollas. La Naturaleza comprendió entonces que un sistema nervioso capaz de alertar a un trilobite de la presencia de depredadores, o de imaginar la Teoría de la Deriva Continental, si se diera el caso, era igualmente apto para generar pensamientos sin sentido y que no conducían a nada.

Este mazazo de realidad sirvió para bajarle los humos a la Naturaleza, que estaba muy subidita y aprendió por el camino la Segunda Regla Fundamental de la Existencia: *No se puede arreglar algo sin romper alguna otra cosa.* Un sistema nervioso es sin duda un signo de progreso. Un artilugio que nos permite ampliar nuestra consciencia del entorno y recordar mirar a ambos lados antes de cruzar la calle, es tremendamente útil en lo que a nuestra supervivencia se refiere. Pero tal sistema, por muy nervioso que sea, en las manos equivocadas, puede dar lugar también a una enorme cantidad de estupideces. A esta revelación dolorosa tuvo que enfrentarse la Naturaleza. Y tras esta terrible crisis emocional e intelectual, decidió que no era sensato permitir o tolerar la reproducción de aquel individuo. El trilobite, quiero decir. Una Naturaleza tal vez poco empática y demasiado severa se preguntó ¿de qué

forma mejora la realidad un trilobite gilipollas, capaz sólo de producir una descendencia inevitablemente gilipollas, que dará lugar a un linaje de artrópodos cada vez más gilipollas? ¿De qué le sirve al entorno una legión de trilobites que no distinguen su cabeza de su culo, más allá de aportar alimento a los depredadores, y causar por el camino un, del todo indeseable desequilibrio ecológico? Y fue así que la Naturaleza decidió obstaculizar la reproducción de aquel trilobite y por extensión la de todo aquel ser vivo que no tuviera, al menos, dos dedos de frente[8].

Por culpa de aquel trilobite y su inmoderada estupidez, la Naturaleza desarrolló este mecanismo corrector mediante el cual se dificultaba a los gilipollas el acceso al acervo genético general. Un mecanismo que reducía las opciones de reproducción de los imbéciles. Parafraseando libremente a José Stalin, “Impedir el acceso al individuo al acervo genético es la solución a todos los problemas: se acabó el gen, se acabó el problema”. Una cosa menos en la que pensar. En el Cámbrico la Naturaleza eliminó la estupidez y vio la Naturaleza que la ausencia de estupidez era buena.

Y la Naturaleza siguió su curso, con sus más y sus menos. Con sus días buenos y sus días malos. Con sus errores y sus aciertos. Aparecieron así las medusas, los cocodrilos y los tiburones. Seres tan bien rematados y con un diseño tan eficaz que, como el bolígrafo Bic, no han necesitado de grandes cambios evolutivos en periodos de millones de años. Pero aparecieron también las avispas, las jirafas, o los osos panda. Una mala tarde la tiene cualquiera.

En algún momento nacieron los árboles y con ellos la madera. Pero se le olvidó a la Naturaleza que los hongos y bacterias no habían desarrollado un metabolismo específico para consumir la lignina o la celulosa, mecanismo que tardaría unos 100 millones de años en aparecer. De este modo los árboles morían, caían en el bosque, pero no se degradaban, por no haber quién se los comiera. Y por tanto sus leñosos cadáveres eran incapaces de descomponerse y volver al ciclo del carbono. Una bochornosa situación muy parecida, si se me permite, a la invención del abrelatas, 50 años después de la aparición de la lata.

Por otro lado, hace unos 400 millones de años la Naturaleza se dejó el gas abierto y los niveles de oxígeno del planeta se descontrolaron, entre otras cosas haciendo aparecer insectos tan vulgares como enormes. El planeta se convirtió en una casa anegada de gasolina (los árboles muertos) en la que hubiéramos sustituido el aire por butano. Sólo faltaba la cerilla. Y las cerillas no escaseaban. Cualquier tormenta podía producir la chispa que detonaría este almacén de fuegos artificiales planetario. Así fue que incendios monstruosos, alimentados por este exceso de oxígeno, calcinaron la superficie del planeta durante siglos. Hechos todos ellos muy embarazosos, por decirlo delicadamente, de los que cuesta hablar sin rubor 400 millones de años después[9].

Y este es sólo un ejemplo de los peligros de la causalidad y de lo errática que puede resultar la realidad. Los caminos de la Naturaleza, por más que inevitables, no siempre han sido rectos. ¿Pero quién de entre nosotros puede juzgarla? Si se quiere aprender y progresar, es inevitable cometer errores de

8 Esta norma resultó ser excesivamente restrictiva ya que la frente, o sincipucio es un rasgo anatómico sólo presente en humanos.

9 Es cierto que los incendios asolaron la superficie del planeta. Pero por otro lado, mataron a muchos de los insectos gigantescos antes mencionados. Dios no cierra una puerta sin abrir una ventana.

vez en cuando. No en vano, la Tercera Regla Fundamental de la Existencia reza: *Cortando cojones se aprende a capar.*

En estas condiciones, y tras el paso de una indecente cantidad de tiempo, un pariente lejano de los trilobites comenzó a habitar los bosques del planeta Tierra. Este individuo no se parecía mucho a su abuelo: tenía bastantes menos miembros (sólo 4), era incapaz de respirar bajo el agua y en lugar de alimentarse filtrando el barro del fondo oceánico, como hacía su noble ancestro, éste comía hierbas, frutas, algún insecto y a su mismo abuelo se hubiera comido de haber coincidido en el tiempo.

Esta anodina alimaña vivía infeliz subida a los árboles en los bosques húmedos de África. Del continente, no de la canción de Toto. En dicha canción no aparece ni un sólo árbol y además tardaría todavía 3 millones de años en ser compuesta. Aunque para ser justos, pasaría una cantidad similar de tiempo antes de que los romanos empezaran a referirse con el nombre de África a esa porción de tierra. En cualquier caso, si bien este animal era ridículo cuando habitaba los bosques, su insustancialidad aumentó de forma alarmante cuando el clima cambió y se vio obligado a habitar las extensas y poco hospitalarias sabanas africanas.

Cuando un estudiante termina una carrera universitaria y accede al mundo laboral por primera vez, no puede evitar tener la sensación de que durante su periodo formativo, no le han enseñado absolutamente nada. O que no ha aprendido nada. Descubre uno que no era tan listo como pensaba. Se da cuenta de que lo que era valioso en la universidad, no tiene utilidad alguna en el extraño, agresivo y complejo entorno laboral. Que esos cinco o seis años de formación académica especializada no parecen haberle equipado particularmente bien para llevar a cabo las tareas profesionales que ahora se le exigen en este nuevo ecosistema. Pues esa misma clase de confusión debieron sentir estos primates cuando el clima cambió y se vieron dolorosamente desamparados en medio de la sabana: “no tenemos cuernos, no tenemos garras, no tenemos fuerza, no somos rápidos, no volamos, y por si esto fuera poco, no hay árboles en los que guarecerse...”. En mi torpe comprensión de la historia natural he elegido pensar que hubo un instante poético y cómico hace 3 millones de años, en el que uno de estos primates, erguido en su recién estrenada bipedestación y con los hombros caídos, miró a su alrededor en medio de este desierto de matojos en que se había convertido su casa, tratando de imaginar qué cojones iba a comer a partir de ahora. Y en la sabana, si a los pocos minutos de tu llegada no has localizado la comida, es que amigo, la comida eres tu.

Figura 3: Desconcierto. Óleo sobre lienzo.

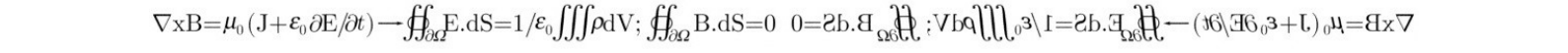
Pero no nos desviemos del tema. Las carreras universitarias de ciencias en España han planteado una paradoja desconcertante en las últimas décadas. El índice de desempleo de los licenciados de tales carreras es asombrosamente bajo. Y es asombroso como digo, porque en España no existe el trabajo de investigador fuera de la esfera pública. El número empresas que demandan investigadores científicos teóricos o experimentales es indistinguible de cero. Si un licenciado tiene la aspiración de trabajar como investigador científico en España, sólo podrá hacerlo como académico en la universidad o en un centro de investigación financiado por el estado. Y el número de plazas en estos ámbitos es bajísimo comparado con el número de estudiantes que se licencian cada año en carreras científicas. Acceder a estos puestos involucra un interminable viacrucis de décadas de estudio y formación extra y una competencia feroz por este limitadísimo número de plazas. De este modo, la universidad vomita cada año a la calle ingentes cantidades de protocientíficos.

La ausencia de trabajo como científico fuera de la academia es tan mayúscula, que la universidad no se toma siquiera la molestia de formar adecuadamente a los estudiantes para otro entorno que no sea la propia academia. Mientras que abogados, médicos, periodistas, ingenieros o economistas, necesitarán una formación que les prepare para un mundo laboral fuera de la universidad, los licenciados en ciencias no tienen por qué preocuparse en este sentido, porque ese mundo laboral sencillamente no existe. ¿Cómo se explican entonces esas minúsculas tasas de desempleo entre estos licenciados?

La respuesta es que estos cientifículos han resultado ser sorprendentemente buenos adaptándose a trabajos muy dispares que a priori, poco o nada tienen que ver con la ciencia o la investigación. Así la gran

mayoría de los licenciados en ciencias y matemáticas, acaban trabajando de forma exitosa como programadores, analistas, economistas, estadísticos, maestros de escuela, en banca de inversión, en empresas de ingeniería o en departamentos de ventas. Muchos habrán de viajar a lugares inhóspitos con lenguas ininteligibles a llevar a cabo trabajos cuya existencia desconocían. Tareas éstas para las que no han sido ni remotamente preparados y que les exigirán individualmente un importante proceso de reciclaje.

La academia española no ha dudado a la hora de apuntarse este tanto y vanagloriarse de estos bajos niveles de desempleo en el área de las ciencias, de los que ella podría o no, ser responsable. ¿Es la universidad española particularmente hábil a la hora de preparar a sus alumnos de ciencias para llevar a cabo tareas muy dispares? ¿O es que personas con una cierta aptitud para el cambio o curiosidad por el aprendizaje acaban sintiéndose atraídos por las carreras científicas? ¿Y a pesar de sus esfuerzos, la universidad no consigue extirpar estas preciosas cualidades de sus alumnos? ¿O es acaso que la universidad enseña muy poco y eso deja mucho espacio libre en el cerebro para nuevos aprendizajes? Quien sabe. Un insigne profesor de medicina les enseñaba a sus alumnos “Recuerden ustedes que los pacientes se curan gracias al médico, a veces sin el médico y en ocasiones, a pesar del médico.”



Y del mismo modo que a los estudiantes de ciencias no les queda otra opción que adaptarse a nuevos e inexplorados ambientes laborales si quieren pagar el recibo de la luz, a los recién nacidos primates, no les quedaron más huevos que adecuarse a una sabana para la que nadie les había preparado.

Una perfecta y minuciosa adaptación a un ecosistema es una buena cosa siempre y cuando el entorno no cambie o no lo haga muy deprisa. Los diplodocus, sin ir más lejos, fueron felices durante millones de años devorando toneladas de vegetación en un mundo capaz de producir tales cantidades de alimento. Y entonces el planeta cambió. “No eres tu, soy yo”, le dijo el planeta al dinosaurio. Como en una pareja que empezó su relación en la adolescencia y en la que uno de sus componentes se va a pasar un año al extranjero a estudiar, el ecosistema cambió más rápido de lo que el simpático diplodocus fue capaz de asumir. Un impertinente meteorito, procesos de vulcanismo exagerados y el consecuente cambio climático (porque las desgracias nunca vienen solas) le jodieron el día al diplodocus. Y el saurio, frente a este panorama, se vio obligado a poner en orden sus asuntos, despedirse de sus seres queridos y asumir que iba a abandonar la existencia con la vaga sensación de que su vida podría no haber tenido mas sentido que el de alegrar la vida de unos pocos paleontólogos. Así fue como, hace 66 millones de años, el diplodocus se convirtió en abono para el campo[10].

¿Y quién sobrevivió a este cambio de ecosistema y a estas nuevas condiciones del contrato? Animales pequeños, sabandijas con bajas demandas calóricas y menos exigentes que el diplodocus en la especificidad de su dieta. Alimañas asustadizas capaces de vivir bajo tierra en caso de ser necesario, o de trepar a los árboles para encontrar comida o huir de un depredador. O

10 Por suerte para entonces ya había en el planeta hongos y bacterias capaces de comer diplodocus y no se tuvo que repetir el vergonzante episodio de los árboles.

dispuestas a aprender a nadar para meterse en el agua tratando de alcanzar una nueva masa de tierra con mejores promesas de supervivencia. La analogía con los estudiantes de ciencias se hace aquí muy evidente. Bichos en suma, no particularmente bien adaptados a este postapocalíptico ecosistema, como tampoco lo estaban al anterior... los mamíferos, vamos.

Y el infeliz primate del que antes hablábamos, que había disfrutado de una vida anodina en los bosques húmedos del África ecuatorial y que ahora se encontraba desorientado en medio de la sabana, era el descendiente de estas alimañas y de este proceso de adaptación de un mundo de vegetación exuberante, a un mundo de lava, cenizas, invasiones extraterrestres y partes meteorológicos adversos. Digamos que este viaje a la inhóspita sabana, no era el primer enfrentamiento que su estirpe tenía con el riesgo de extinción. ¿Y qué mecanismo iba a permitir a este primate escapar de un viaje directo al olvido y quizás el consuelo de un impronunciable nombre en latín, el juego del programa y el aplauso del público? ¿Su modesto tamaño? ¿Su falta de fuerza y velocidad? ¿Su inexistente capacidad predatoria? No, en esta ocasión sobreviviría gracias a una herramienta que la Naturaleza no había explotado demasiado, tal vez por el doloroso recuerdo, aún reciente de aquel ridículo trilobite: su sistema nervioso.

Este insustancial primate lograría externalizar muchas de aquellas capacidades que no le habían sido dadas de forma innata. Y lo haría gracias a su sistema nervioso. La ausencia de unos dientes robustos y una mandíbula poderosa será paliada mediante la instalación de un juego de dientes extra, esta vez no en su boca sino en sus manos. Con estos nuevos dientes que se ha fabricado con piedras talladas, podrá cortar y machacar carne y así acceder a alimentos más nutritivos que suministrarán energía a un sistema nervioso cada vez más demandante.

Pero aun así, su débil sistema digestivo no es capaz de extraer de forma eficiente toda la energía que estos alimentos contienen. No hay problema. Ahora que saben externalizar procesos biológicos, podrán instalar un nuevo y flamante estómago en el centro de la cueva en la que habitan. Un estómago que funciona con leña y que les permitirá procesar carne y vegetales antes de ingerirlos y hacer así más eficaz el mecanismo de la digestión. Esta externalización del estómago además calentará al clan, emitirá un humo con el que conservarán los alimentos y su fulgor asustará a sus enemigos. Todo son ventajas.

Continuando con este proceso de mejora, actualizaron también su capacidad para la caza y la planificación (o su carencia de ellas) y la instalaron en el aire. Emplearon las moléculas de nitrógeno, de las que la atmósfera terrestre estaba llena, para codificar y enviar mensajes complejos que, unidos a una cierta capacidad para predecir el futuro, les permitió organizarse y así atrapar y someter animales que de otra forma les hubieran desatornillado la cabeza de un golpe sin el menor esfuerzo, cualquier día de la semana. El lenguaje articulado se convirtió en una seña de identidad de este grupo y su uso les separó un poco más del precipicio de la extinción.

A medida que se sucedían los años por cientos, continuaron lenta pero regularmente externalizando funciones corporales: la masticación, la digestión, eventualmente su piel y con ello solventaron su incapacidad para mantener estable la temperatura corporal en climas fríos. Y más tarde, en un acto insólito

y glorioso, usando ceniza, sangre y otros pigmentos, consiguieron también externalizar las imágenes que se producían en el interior de su cabeza.

Todo este proceso mediante el que los primates fueron delegando poco a poco importantes funciones corporales, y actualizando el software con el que habían salido de fábrica, solo puede interpretarse como un acto de rebeldía frente a la Naturaleza y una ofensa a la realidad. Igual que un millonario de cómic, este irrelevante animal había encontrado un atajo para circunvalar los procesos naturales y equiparse artificialmente con nuevas y excitantes habilidades. Estaba empleando sus genes de formas que no habían sido previstas inicialmente, para aumentar sus opciones en la carrera por la supervivencia. ¿Y qué hizo la Naturaleza a este respecto? ¿Cómo respondió a este ejercicio de desobediencia? Pues de ninguna manera. La Naturaleza tenía muchas cosas que hacer y muchos otros animales, plantas y partículas subatómicas en las que pensar. De modo que miró para otro lado y se hizo la loca. La pobre Madre Naturaleza estaba ya hasta el coño de trilobites gilipollas, primates ridículos y bacterias que no querían comerse la madera.

Pero sin duda el proceso biológico más importante externalizado por los primates, y esto no admite discusión, fue el del aprendizaje. Hasta ese momento, la única forma de acumular información, la única manera de educar una especie consistía en que uno de sus miembros hiciera algo tan rematadamente estúpido, que dicha acción le expulsara de golpe del acervo genético. Cometer un acto tan asombrosamente falto de sentido, que la Naturaleza no tuviera más remedio que parar las máquinas y tras coger carrerilla, sacase los genes del interfecto del archivo genético universal de una patada en el culo, en caso de tenerlo[11]. De este modo los individuos no aprendían cómo comportarse. Pero aquellos que no sabían, abandonaban la existencia. Y sus genes con ellos.

Y así la especie acababa colectivamente entendiendo cómo NO debían conducirse en la vida si aspiraban a sobrevivir. Este proceso de aprendizaje negativo consistente en la reescritura continua de una descomunal molécula de ácido desoxirribonucleico y en la eliminación de genes que conducían a comportamientos estúpidos, era lento, laborioso y poco efectivo. Los planes de estudios de este sistema de educación genética requerían una inversión temporal de millones de años, algo similar a una carrera de medicina actual. Y esto fue así hasta que los nietos peludos de los trilobites descubrieron cómo externalizar el proceso de aprendizaje inventando una nueva y formidable tecnología: la cultura.

Un sistema nervioso de cierta complejidad, permitía al individuo recordar. Y un sistema de comunicación basado en la escritura en nitrógeno, permitía transmitir este recuerdo a otro individuo. Ya no hacía falta esperar cientos de generaciones para entender que igual no era buena idea joderle la siesta a una grupo de rinocerontes, grandes como locomotoras, por muy cómica que a priori pareciera esta broma. En un insólito ejercicio de progreso, esta valiosa lección podía ahora aprenderse, recordarse y empezar a transmitirse en unas pocas generaciones.

---

11 El culo, las nalgas y los músculos glúteos son, igual que el sincipucio o el pulgar oponible, una estructura estrictamente humana. Lo que convierte a los homo sapiens en los únicos seres vivos capaces de dotar a sus pedos de un sonido de trompetilla. Es notable cómo lo sublime y lo vulgar se dan la mano en esta especie.

Y la aparición de la cultura, cambió las reglas del juego. Una especie que como el resto, había estado ligada a las estrictas normas de la naturaleza, aprendió a mover los peones como si fueran reinas. Y como no podía ser de otra manera, esto desató el caos. Es verdad que fue un caos pequeñito. Al Gran Esquema General de las Cosas no podían importarle menos las vicisitudes de un grupo de monetes despistados. La aparición de la cultura, no hizo variar la masa del protón y el cociente entre el perímetro de una circunferencia y su diámetro continuó siendo un número irracional... Pero coño! los problemas de uno son importantes, aunque sólo sea para uno mismo. Y esta es razón más que suficiente para prestarle atención a este pequeño caos provocado por la cultura, ya que aún hoy se están padeciendo sus consecuencias.

CAPÍTULO 4:
Cultura e idiocia

La estupidez juega una parte central en esta disertación y por lo tanto se impone explicar a qué nos referimos cuando aludimos a ella. Sobre todo porque la idiocia se presenta en formas muy variadas y porque paradójicamente es un fenómeno complejo y absolutamente dependiente del contexto en que se produce.

Por ejemplo, en la naturaleza, en un ámbito precultural o acultural, podríamos definir como estúpidas todas aquellas decisiones más o menos conscientes que conducen a la expulsión de un individuo, y a su ADN con él, del almacén genético global. O aquellas que hagan que sea eliminado sin que este desahucio produzca beneficio alguno para nadie. O que el individuo cometa un acto que provoque el abandono de la existencia antes de haber pasado sus genes a la siguiente generación.

Actos, decisiones y cualidades de carácter muy distinto pueden hacer que un ser vivo mantenga sus genes y a sí mismo en el patio de los vivos. En ciertos momentos el valor puede ser importante, pero en otros la cautela. A veces la honestidad y a veces el engaño. La generosidad pero también la traición. Y supongo que todo esto tiene que estar regado de una cierta cantidad de lucidez que permita a los seres vivos decidir cuándo ser una cosa o la otra[12]. El diablo está en los detalles y como decíamos al principio, el contexto en el que se producen estos actos es de una relevancia capital. Hemos dicho que la audacia es importante, pero es fácil imaginar muestras de valor mal calculadas. El coraje es necesario, pero es igualmente útil saber tomarle la medida a una situación con cierto grado de precisión si se quiere permanecer con vida.

Por ejemplo, continuando en el espacio del ámbito precultural, sea el parking al aire libre de una discoteca. Digamos que un joven individuo *A* de sexo masculino, tal vez un poco intoxicado con alcohol, trate de impresionar a un individuo *B* de sexo femenino. Y para ello elige enfrentarse verbal o físicamente con un individuo *C* de sexo másculino, que por ventura resulta ser el portero de la discoteca a la que ambos individuos *A* y *B* tratan de acceder. Supongamos que este enfrentamiento de *A* con *C* sea parte de un ritual de cortejo, que tiene por objeto impresionar al individuo *B* y aumentar así las opciones de *A* de pasar sus genes a la siguiente generación, utilizando para ello los óvulos de *B*. En este caso la muestra de valor de *A* reside en el hecho de que el individuo *C* al que se enfrenta, le saca tres cabezas, tiene unos brazos como jamones y unas manos como palas de excavadora.

---

12 Un extracto de la plegaria de la Serenidad de Reinhold Niebuhr reza: *Señor, concédeme serenidad para aceptar todo aquello que no puedo cambiar, valor para cambiar lo que soy capaz de cambiar y sabiduría para entender la diferencia.* Me ha parecido oportuno citarla.

Tal escenario presenta un ejemplo claro de riesgo mal calculado, teniendo en cuenta que el individuo *portero-de-discoteca*, le puede reubicar los dientes en el cogote a *A*, no solo impidiéndole pasar sus genes a *B*, como tenía previsto sino también masticar sólidos.

En resumen, es importante contar con la fuerza suficiente para enfrentarse a un reto y con la determinación y el valor necesario para llevar a cabo tal enfrentamiento. Pero es igualmente importante saber generar pensamientos que permitan evaluar el riesgo que se va a afrontar y reconocer cuándo es buena idea llamar a un taxi.

También ocurre que habitualmente, cuando pensamos en fuerza, valor o riesgo, imaginamos a enloquecidos machos alfa; gorilas de espalda plateada, lobos majestuosos, o descomunales leones marinos. Pero este problema de supervivencia y deficiente evaluación de un peligro, afecta a todos los seres vivos por igual. Puede por ejemplo que seamos el macho alfa de un grupo, pero de un grupo de gambas blancas de Huelva. Y que tras un ejercicio de riesgo mal calculado acabemos cocidos en un plato en una terraza de Isla Cristina, siendo devorados por un turista de Hamburgo con chanclas y calcetines. Una muerte humillante que no le deseo ni a mi vecino de arriba.

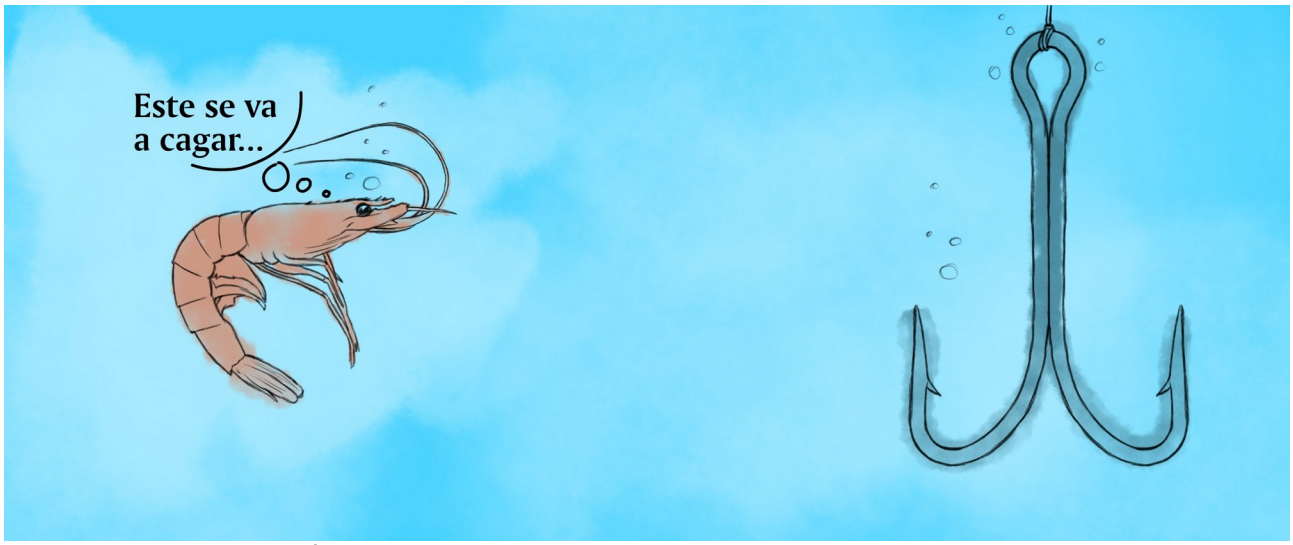


Figura 4: Errores de cálculo y excesos de testosterona.

Habiendo definido entonces la estupidez en la naturaleza, como ese conjunto de decisiones que puede hacernos abandonar la existencia sin haber pasado antes nuestros genes, hemos de concluir que en este contexto, la estupidez está extremadamente limitada. Y eso se debe a que la conducta de los seres vivos no humanos está casi por completo dirigida por su biología: genes, instintos, improntas, hormonas y otras moléculas guarretas establecen de una forma cercana a lo cartesiano el comportamiento de animales, plantas, hongos y bacterias. Es difícil, si no imposible, encontrar estupidez en la naturaleza, por más consciencia que tenga una especie. Cuando un caribú de 100kg se enfrenta en un acto suicida a uno de 200kg por el derecho a reproducirse con una hembra, es muy posible que ese caribú escuálido no esté llevando a cabo este ejercicio autolesivo, porque sea un gilipollas. Para empezar, es razonable pensar que el caribú kamikaze pueda estar intoxicado (como el individuo *A*) por un cóctel de feromonas emitidas por las hembras y por la testosterona que su adversario y él mismo están generando. Intoxicado

por hormonas y animado además por millones de años de instintos que le convencen de que, o se enfrenta a ese becerro que le dobla en peso, corriendo el riesgo de que le mate, o se muere él solo en el ostracismo dentro de un par de años. Ambas alternativas tienen como resultado que no traspasará sus genes a la siguiente generación. Así que, qué cojones, hemos venido a jugar.

Cuando el origen de un acto estúpido, peligroso o irresponsable puede ser rastreado hasta una molécula, sea ésta un gen, una hormona o un alcaloide, pareciera que este acto no es tanto estúpido como inevitable. “¿Oye eso, señor Anderson?”[13]. Y supongo que la ineludibilidad de un acto resulta ser un buen atenuante en un juicio a la lucidez, en caso de no aparecer otros testigos sorpresa como la autoconsciencia o 100.000 años de construcción cultural. De este modo, en la naturaleza la estupidez juega un papel residual. Apenas existe. Y en caso de aparecer, debe hacerlo junto con una desmesurada capacidad de reproducción que la equilibre e impida que tal especie desaparezca. En la naturaleza pueden darse errores, actos desatinados fruto de la falta de experiencia o de la debilidad de los individuos. Se pueden tomar decisiones arriesgadas, equivocadas o mal calculadas, pero es extremadamente raro observar actos que puedan tacharse de estúpidos.

En 1925 los italianos eligieron un lugar terriblemente inhóspito para levantar una presa. Cerca de la frontera con Suiza había una pequeña laguna glaciar que se alimentaba con el agua del deshielo de los Alpes. Tras la construcción del dique, esta pequeña laguna se convirtió en una importante masa de agua que se dio en conocer como el lago Cingino. Los muros de la presa, cuyo propósito era proveer a Italia de la todavía novedosa corriente eléctrica, estaban construidos con rocas ricas, como suele ser habitual, en calcio y otras sales.

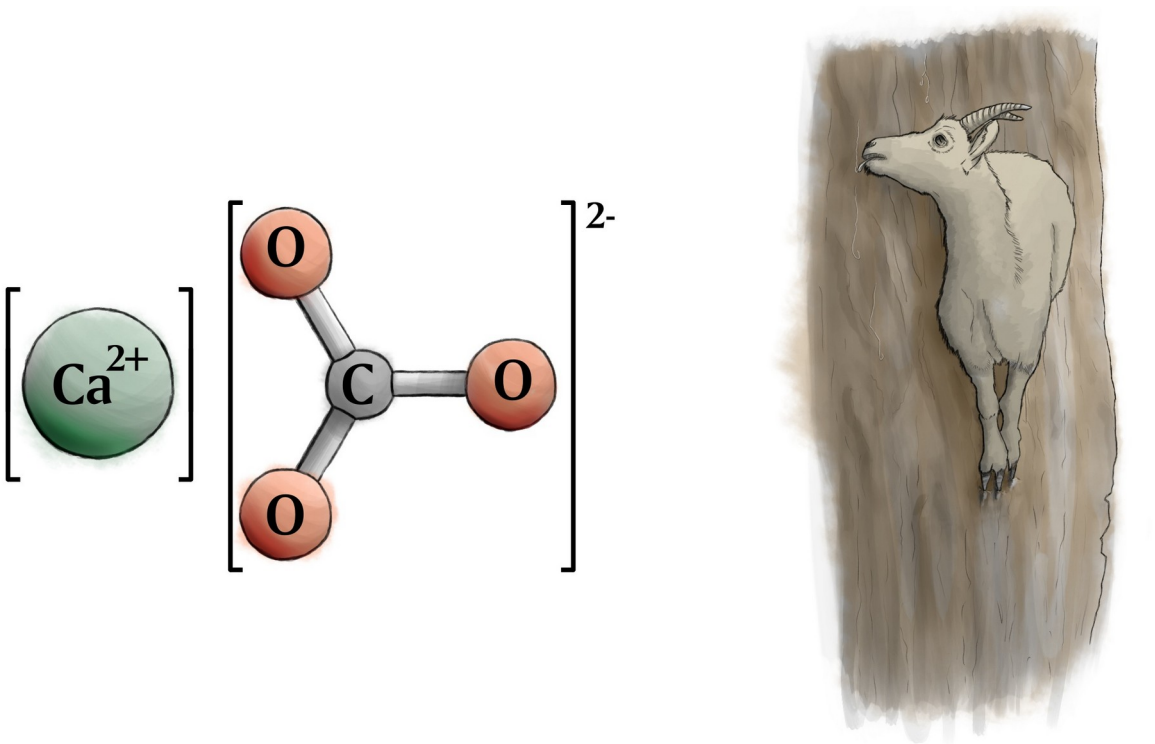


Figura 5: Carbonatos de calcio, cabras enajenadas y su oscura relación de dependencia.

13 Matrix, 1999.

Por otro lado, esta región montañosa cercana al lago Cingino ha estado habitada durante milenios por el íbice alpino, una suerte de cabra de gran cornamenta, que destaca por su completo desprecio a las leyes de Newton y en particular del valor, dirección y sentido de la aceleración gravitatoria terrestre. Este desprecio sumado a su necesidad de consumir iones de calcio para equilibrar su dieta, lleva a este animal a trepar por las paredes verticales de la presa del lago Cingino apoyándose en inexistentes salientes en la roca, para lamer el agua rica en sales que exudan los muros de esta construcción piamontesa. Causa auténtico vértigo observar al íbice moverse con soltura por este muro escarpado, en busca de los preciosos átomos de calcio. Este arriesgadísimo comportamiento le hace a uno preguntarse cuál es el aprecio por la vida de estos animales. Y con qué desesperación deben necesitar este aporte de iones. Y si no habrá un lugar menos peligroso donde conseguirlos. Núcleos compuestos por 20 protones, igual número de neutrones y alrededor de los que bailan 20 desdibujados electrones, impelen con suicida determinación a estos grupos de cabras a trepar a mortales alturas de 50 metros.

Como se podrá comprender, algunos individuos, sobre todo crías inexpertas que siguen a sus madres, con cierta frecuencia tropiezan, caen despeñándose por la pared y eliminan su posibilidad de reproducirse con gran estrépito, dejando de ellas solo un breve eco en la cordillera de los Alpes. Este casi adictivo consumo de calcio tiene un precio altísimo. La necesidad de estas sales debe ser tan perentoria en los íbices, que hace que se justifique esta enloquecida actividad.

Así en la naturaleza no hay apenas muestras de estupidez. Lo que hay son átomos de calcio entonando seductores cantos que hiptnotizan y atraen a mamíferos equilibristas, que en ocasiones acaban estrellándose contra las rocas.

Sin embargo, todo esto que acabamos de describir debe ser corregido y matizado en un contexto cultural. La estupidez propiamente dicha, aparece de mano de la cultura. La idiocia de pata negra sólo tiene sentido en presencia de un contrapeso intelectual. Cuando existe una alternativa racional al comportamiento estrictamente animal. Por lo tanto, el gilipollas es un artefacto, casi exclusivamente humano, que se da sólo cuando, contando con un cerebro sofisticado y adiestrado por 100.000 años de acumulación de ideas y conocimientos, se decide libre y voluntariamente que no se va a usar[14]. O que se va a usar poco. O mal. O poco y mal.

La aparición de la cultura creó un espacio en el que el cerebro humano podía ser adiestrado con razones, lógicas e ideas sensatas. Un espacio en el que una consciencia, de forma individual y colectiva, podía aprender de los errores de los muertos. Una mente activa que, como ya hemos visto, en el caso de los humanos constituye la única ventaja evolutiva con respecto al resto de depredadores y las agresiones de la realidad.

14 Decimos ``casi'' contemplando la posibilidad de que exista un primate, un delfín, un cuervo u otro individuo de una especie no humana, con consciencia suficiente como para comportarse como un gilipollas.

Esa es la noticia buena. La mala es que no es fácil, cómodo ni barato usar el cerebro. El pensamiento lógico no parece ser tan natural o consustancial a las personas como algunos han tratado de hacernos creer. Si así fuera, y los seres humanos nacieran con una predisposición natural al raciocinio, no tendrían los problemas que tienen con las jodías matemáticas, que son la muestra más pura de la lógica. Se estima, solo por dar una idea, que existen en el planeta 80.000 personas que se dedican profesionalmente a las matemáticas, lo que supone un individuo de cada 100.000. Pareciera, en vista de este cálculo malicioso y de brocha gorda, que la inclinación a la lógica fuera más bien una anomalía o un trastorno[15]. Cosa que puede comprobarse fácilmente con sólo visitar un departamento de matemáticas de una universidad cualquiera.

Además el consumo energético de un sistema nervioso sofisticado es terriblemente alto. El mantenimiento y uso de un cerebro grande, resulta muy caro en términos calóricos. En el caso de los humanos, el cerebro representa sólo el 2-3% de su masa corporal, pero consume alrededor del 20% del oxígeno que respiran y casi un 50% de la glucosa que ingieren. Este consumo es además constante, independientemente de si se está resolviendo la conjetura de Poincaré o si se responde “nada” a la pregunta de tu pareja “¿Cariño, en qué estás pensando?”, en uno de esos momentos en que verdaderamente no se está pensando en nada. En ambos casos, 20% de oxígeno y 50% de glucosa. El cerebro sólo tiene una marcha. Y es la quinta.

Suponemos entonces que, a igualdad de consumo, es más conveniente para los individuos dejar que su comportamiento sea conducido por el piloto automático, es decir, las tripas, el sistema endocrino y otras vísceras y moléculas manejantas. O dicho de otro modo, instintos, improntas, emociones o pálpitos. Y sólo activar la racionalidad cuando sea rigurosamente necesario.

Tenemos aquí una especie cuyas inclinaciones, apetitos y hormonas pueden ser parcialmente controlados o corregidos por aprendizajes, recuerdos, lógicas y razones. Una especie que tiene la capacidad de matizar su comportamiento animal mediante la reflexión. Con el tiempo y el crecimiento de la sociedades humanas, aparecerán normas, leyes, conductas morales y análisis éticos que servirán de contrapeso a los arrebatos ferinos. En esta especie, tomar algo de otro se convertirá en un robo y matar a un congénere, en un asesinato. El enfrentamiento suicida de un australopiteco joven y débil con uno enorme y experimentado, era seguramente inevitable. Tres millones de años después, el mismo episodio ahora protagonizado por homo sapiens y porteros de discoteca, será sólo un acto estúpido.

Así, si toda esta reflexión tiene algo de sentido y teniendo en cuenta que los seres humanos son animales llenos de vísceras, embebidos en y afectados por contextos culturales, sumado al hecho de que no siempre puede o quiere usar el cerebro, significa que todo el conjunto de homo sapiens es un poco gilipollas. Aunque sólo sea a ratos, de forma ocasional… 15 o 20 veces al día.

La vida de estos antropoides es una continua lucha entre los imperativos biológicos y un sistema nervioso capaz de eventuales pensamientos racionales y actos éticos. Una contienda feroz en la que el cerebro reflexiona sobre la justicia, el bien común y el complejo arte de la convivencia, al tiempo que trata

15 Por comparación, una enfermedad se considera rara cuando afecta a menos de 5 personas por cada 10.000 habitantes.

de mitigar su impulso legítimo de cortarle los pies al vecino de arriba. Eso explicaría por ejemplo, que los seres humanos deban dedicar una cantidad notable de tiempo a enseñar a sus crías (y éstas a aprender) a modular sus deseos y necesidades animales con extrañas herramientas como la paciencia, el respeto, la generosidad o la confianza. Eso en caso de que aspiren a que tales crías vivan en una sociedad, hija de este armatoste que es la cultura. Si no, no hace falta.

Y es que la convivencia entre cultura y biología, casi nunca es armoniosa. Lo razonable, lo lógico, lo correcto, lo legal, lo justo y lo que de verdad le pide el cuerpo a un homo sapiens, pocas veces coinciden. La cultura, si bien nos ha permitido sobrevivir a un mundo peligroso lleno de hambre y de depredadores con más hambre todavía, lo ha hecho a costa de crear una nueva realidad enrevesada y con la que generalmente es difícil interactuar.

Sería saludable aceptar que los humanos no son seres racionales. Son seres con capacidad para la racionalidad, que es bien distinto. Observando a los homo sapiens individualmente o como grupo, se puede concluir que los actos dirigidos por la razón, son mas bien pocos. La sensatez parece escasear. Ya lo decía John Watson, parafraseando las palabras de Sherlock Holmes, ``El crímen es común, pero el raciocinio es raro''[16]. Y definir una especie completa por algo que hace sólo ocasionalmente, parece impreciso además de un exceso de vanidad. Algo así como definir a las gallinas como aves voladoras, porque una, una vez se cayó de un tejado.

El cacareado, valga la redundancia, pensamiento racional, debe ser alojado en un sistema nervioso que, de forma innata solo parece tener programados instintos, necesidades y otros pocos rudimentos animales. La razón debe ser activada, aprendida y ejercitada. Y este artilugio que es la cultura no solo nace de esa capacidad para la racionalidad, sino que también crea un espacio en el que esa racionalidad puede desarrollarse. Pero en el mejor de los casos y teniendo en cuenta que toda estas razones, lógicas y sentidos comunes estarán instalados en un soporte constituido por vísceras blandas y húmedas, la biología difícilmente dejará de jugar un papel relevante en los procesos intelectivos y las relaciones humanas.

En su *Discurso del método*, Descartes venía a decir que la esencia de lo humano residía en un intangible (siendo el alma un buen candidato), que nos dotaba de un lenguaje sofisticado y el poder del razonamiento deductivo. Tenía el filósofo la intuición de que lenguaje y razón debían estar ligados. Lo que caracteriza a las personas, decía Descartes, es su habilidad para la reflexión y el pensamiento deductivo. Esto le hace a uno preguntarse qué clase de amigos tenía el bueno de René. O si había tenido algún contacto, aunque fuera breve, con otro ser humano. Si tenía familia política o si visitó alguna vez una oficina de correos. Porque el hecho es que ver a un humano razonando, es comparable a ser testigo del paso de una estrella fugaz. Si algún día ve a uno, ¡pida un deseo! Esperemos que no sea el poder del razonamiento deductivo lo que nos cualifica como humanos, porque si es así, debe haber dos como mucho. Y han muerto hace tiempo.

Volviendo al asunto del íbice alpino, se estima que entre 2005 y 2025 al menos 120 individuos fallecieron en las Islas Baleares en actos relacionados con el uso equivocado de balcones en hoteles y apartamentos: tratando de

16 El misterio de Copper Beeches, 1892.

saltar de un balcón a otro en edificios altos, lanzándose desde los balcones hasta la piscina del hotel o simplemente tropezando con la barandilla y cayendo al vacío. Este tipo de actividad de riesgo parece afectar particularmente a turistas británicos y alemanes. El asunto acabó por preocupar a las autoridades y otros cerebros sagaces, hasta el punto de que el diplomático británico Lloyd Milen declaró que, el origen de estas muertes residía en que sus pérfidos compatriotas no estaban acostumbrados a habitar en pisos altos. [Pausa valorativa]. Dicho esto, el ilustre Milen se fue a su casa, se abrió una cerveza, se soltó el cinturón mientras se arrojaba en el sofá, orgulloso de su ocurrencia, y se quedó tan ancho.

¿Qué imperativo biológico hace que un humano ponga en riesgo su vida de forma tan absurda para cometer tales estupideces? ¿Qué ion de qué tabla periódica de los elementos está conduciendo a anglos y germanos a llevar a cabo esta temeraria actividad canicular? Y en caso de haberlo, ¿no es más fácil hacerse con él bajando a la farmacia? ¿Qué instinto secular les conduce a estas muertes vacías de propósito y carentes siquiera de un gramo de épica? Unas muertes tan absurdas que casi secuestran el matiz trágico que todo fallecimiento tiene. Personas adultas, que han sido expuestas a una educación como no ha existido nunca en la historia del planeta, con los universales conocimientos de la especie al alcance de su mano, eligen desactivar su cerebro y cometer lo que solo puede ser descrito como una gilipollez.

Y ser gilipollas no es malo, teniendo en cuenta que es una cualidad compartida por todos los seres humanos. Valorar moralmente la estupidez es un acto estéril. Tanto como discutir si la respiración aerobia es buena o mala. Si algo une a esta especie, si hubiera que establecer cuál es el pegamento que conecta a un inuit cazador de focas en las regiones árticas del Quebec, con un psicópata inversor de bolsa Manhattaní, es que como humanos, ambos son capaces de las formas más barrocas y exquisitamente complejas de idiocia. Ser gilipollas no es bueno ni malo, teniendo en cuenta que no hay alternativa. Ser gilipollas tiene el carácter de una maldición bíblica de la que no se puede escapar.

La estupidez es consustancial a las personas del mismo modo que la bipedestación, los pulgares oponibles o un canal del parto demasiado estrecho. Paradójicamente hace falta una mente compleja, capaz de resolver ecuaciones integro-diferenciales, para ser un gilipollas. Igual que es necesario ser un excelente atleta para tropezar y quedar eliminado en la final olímpica de los cien metros lisos. Ser un poco gilipollas es el precio que se ha de pagar por tener un sistema nervioso formidable.

Podría decirse que el cerebro y su capacidad para la razón son a la vez causa y solución del problema de la estupidez. De algún modo, el sistema nervioso humano proporciona una herramienta poderosa, que convierte en injustificables ciertos actos. La posesión de un cerebro hace a las personas capaces de cometer atrocidades inaceptables y estupideces fabulosas, pero les hace también responsables de ellas. Sólo porque cuentan con un mecanismo para evitarlas. Como dicen los luteranos, “you should have known better”, frase que expresa decepción reconociendo que, teniendo utensilios para hacer las cosas bien, se han hecho mal.

Al parecer, y esto no lo vimos venir, hace 300.000 años junto con el don de la inteligencia y la razón, apareció en el planeta la penitencia de la responsabilidad individual. Esta responsabilidad individual existe por más que

como sociedad tratemos de eliminarla. Porque el hecho es que es muy cómodo no tenerla. La inmadurez es mucho más acogedora que el hacerse cargo de los propios actos. Y de los errores. Se vive mejor en el “yo no he sido”, en el “¿yo qué sabía?” y no digamos en el “¡no era mi puto trabajo!”.

La mayoría de los textos de advertencia que acompañan a distintos productos, tienen como origen el acto de un gilipollas que no tuvo la vergüenza torera de aceptar su error y decidió culpar a otro. *Este recipiente contiene una bebida caliente*, en vasos de papel, *No tratar de parar la cadena con la mano o los genitales*, en instrucciones de motosierras o *Podría contener pollo*, en un envase de pollo frito, son el producto de un cretino que se sorprendió al derramarse café encima y notar que estaba caliente. Y de un descerebrado que trató de parar una motosierra con los testículos. Y de un alérgico al pollo que después de comprar un envase de pollo, abrirlo y comprobar que contenía pollo, se comió un trozo de pollo que sabía a pollo. Y tras estos actos de lucidez, estos candidatos al premio Nobel decidieron que la culpa de estas quemaduras, emasculaciones e intoxicaciones no era suya y de su propia torpeza, sino de la compañía que comercializaba tales productos.

Estos individuos, en lugar de avergonzarse por la estupidez de su comportamiento, decidieron que era buena idea poner en conocimiento del mundo su ilimitada imbecilidad interponiendo una queja a los fabricantes. Esto dio lugar a largos procesos judiciales, que terminaron premiando a estos irresponsables con una sentencia a su favor, fomentando y celebrando un comportamiento inmaduro, autolesivo y estúpido. Y obligó a estas compañías a reflejar que el café caliente, quema, que un artilugio que pulveriza madera puede desintegrar la carne humana, y que el pollo es pollo.

Si alguna prueba existe de que, como plantea una de las tesis de este escrito, somos todos medio gilipollas, es la existencia de estas etiquetas. Éstas son un canto a la victoria de la imbecilidad, un recordatorio de nuestra estupidez, individual y colectiva, y un intento de borrar la responsabilidad individual a la que todo ser humano está condenado por el mero hecho de tener alojado un cerebro dentro del cráneo.

Y de esta burra no me bajo.

CAPÍTULO 5:
Casi todo es mentira

Abril de 1528.

Pánfilo de Narvaez, tal vez el más torpe de los participantes en el descubrimiento y conquista de América, llega dirigiéndo una expedición a las costas de la todavía inexplorada península de Florida. Un año antes, nuestro protagonista había sido nombrado gobernador y Segundo Adelantado de La Florida. Por lo visto, el Primero había muerto a manos de los indios Calusa cuando, igual que Pánfilo, trataba de conquistar y administrar aquellas tierras. Ante esta inquietante premisa, el bueno de Pánfilo no se arredró y consiguió que el emperador Carlos V le otorgase los títulos de Adelantado y Gobernador de unas tierras desconocidas que debería tomar con su propio esfuerzo. El Segundo Adelantado había comprado un piso bajo plano, del que aún no había plano.

Así, con toda la documentación en regla y la cabeza llena de sueños de éxito y riqueza, Pánfilo abandonó Cádiz con una flota de cinco navíos y un grupo expedicionario de 600 personas, rumbo a América. El modesto objetivo de Pánfilo era el de explorar La Florida, buscar un lugar en el que asentarse para fundar una ciudad, asegurar aquellas tierras y establecer un puerto que permitiese a La Florida florecer, aún más si cabe. Y en lo más alto de este proyecto estaría él como feliz dirigente de todo el tinglado.

Tras atravesar el océano Atlántico y desembarcar primero en las islas de La Española y Cuba para descansar y equiparse, llegaron por fin al continente. En concreto, a la Bahía de Tampa, en la costa oeste de la península de Florida. Un Pánfilo entusiasmado decidió ver qué acababa de comprar y darse un paseo por unos dominios que estaba muy lejos de dominar.

Pero justo antes de comenzar la caminata, el Adelantado tomó la decisión más estúpida que pueda uno imaginar: deshacerse de los cinco navíos que les habían llevado hasta allí. Cinco barcos perfectamente funcionales y bien pertrechados que representaban su única conexión con el mundo civilizado. Su primera orden al llegar a La Florida fue enviarlos al puerto de Panuco, el lugar habitado por españoles más cercano a su posición y que según Narvaez, debía encontrarse a sólo unas pocas jornadas de viaje a pie. La expedición se iba a adentrar en unas tierras inhóspitas y desconocidas, pero no sin antes, sacar la batería del móvil, tirarlo al suelo y molerlo a pisotones. Imaginemos a Armstrong y Aldrin haciendo explotar el módulo lunar nada más llegar al *Mare Tranquilitatis*, porque albergaban la esperanza de poder quedarse a vivir en la Luna, o al menos encontrar una nave espacial alienígena que les permitiese volver a la Tierra en caso de que se produjese alguna eventualidad.

De modo que los barcos izaron las velas y se perdieron en el horizonte rumbo a un casi imaginario puerto de Panuco, dejándo sola a la expedición en unas tierras de las que ignoraban absolutamente todo: la dureza de su orografía, su clima, la cortesía o rudeza de sus gentes, sus lenguas, la disponibilidad de alimento o sus opciones de supervivencia.

¿Por qué hizo esto el bueno de Pánfilo? ¿Qué le condujo a cometer tal irresponsabilidad y privarse de una estupenda ventaja? ¿Quería motivar a su equipo expedicionario emulando a Cortés y su célebre quema de naves? ¿Fue por un exceso de confianza? ¿Una mala valoración del riesgo que entrañaba el proyecto? ¿Quiso Pánfilo hacer cierto el chiste de que los hombres no preguntan por direcciones? No lo sabemos. Pero el caso es que abandonados por las naves, se pusieron en marcha y comenzaron su caminata dispuestos a conquistar y colonizar la Florida.

Lo que siguió a continuación fue un desastre completo. Tras días de pesadísimas marchas, una terrible administración de la impedimenta, una gestión cruel del grupo expedicionario e interacciones absurdamente contraproducentes con los indígenas, la tropa llegó a pie cerca de la Bahía de Apalachee, a unos 600 km hacia el noroeste del punto en el que habían desembarcado. Habiendo pasado sólo unas pocas semanas de su llegada, estaban hambrientos, enfermos, heridos y desesperanzados. Habían perdido hombres y caballos y no habían encontrado riqueza alguna, lo cual incluía alimentos o fuentes de agua limpia. Y el hecho de que comenzaran a matar a los caballos para obtener algún sustento les hizo sospechar que la expedición había fracasado definitivamente gracias a los diligentes esfuerzos de su líder. No hay nada peor que un idiota infatigable.

Y lo que es peor, ahora perdidos ya no contaban ni siquiera con las naves, en las que podrían haberse refugiado, encontrado pertrechos y herramientas o haber partido de vuelta a Cuba. Unas naves que, en ese momento, estaban a su vez también perdidas en el Caribe, tratando de encontrar el dichoso puerto de Panuco.

Comenzó así una penosa marcha, arrastrando heridos, atravesando pantanos, adentrándose en ríos, pidiendo alimento a los indígenas y con demasiada frecuencia, huyendo de sus flechas. Durante un tiempo siguieron albergando la esperanza de encontrar Panuco a pie, instalados en la idea de que su distancia a Florida debía ser de unas pocas jornadas de viaje. Pero los días pasaban mientras avanzaban trabajosamente de este a oeste por la costa sur de lo que hoy es Estados Unidos y no parecían estar más cerca del dichoso puerto.

La realidad era que el puerto de Panuco no se encontraba a unos pocos días de viaje de su posición, sino a unos 1600 km de distancia por mar y a unos 2000 km a pie siguiendo la costa. No estaba cerca de la península de Florida, sino en la costa este de lo que hoy es México.

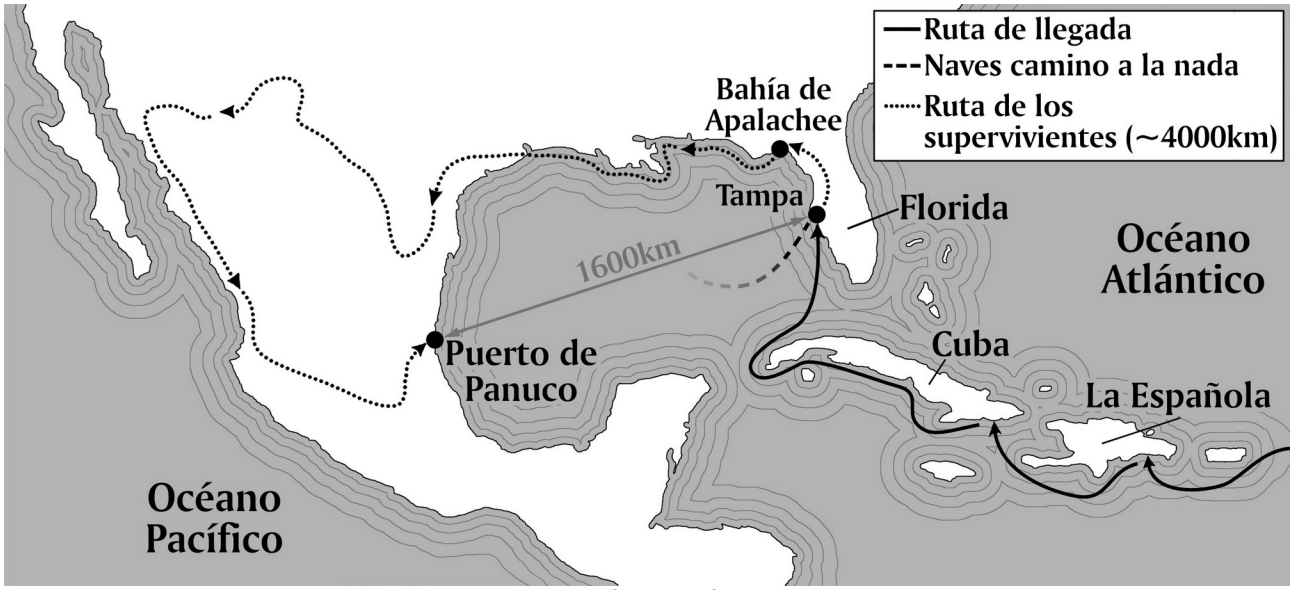


Figura 6: Las diferentes rutas de la expedición de Pánfilo de Narvaez y su descomunal error de cálculo.

Casi diez años después de abandonar la Bahía de Apalachee, los cuatro únicos supervivientes de la expedición, inicialmente compuesta por cinco navíos y 600 personas, llegaron por fin al puerto de Panuco. Tras una década de calamidades, caminatas, encuentros y desencuentros, hambre y canibalismo, peleas e interpretaciones teatrales, los cuatro supervivientes, ahora casi convertidos en indígenas, volvieron a encontrar europeos. Europeos que por supuesto, pasados diez años, habían dado por perdida la expedición. Europeos que quedaron estupefactos al encontrar hombres blancos desnudos, tostados por el Sol y la intemperie, con barbas hasta la cintura, hablando las lenguas nativas.

Pánfilo de Narvaez sería candidato a más de un premio. Desde luego su torpeza merece un galardón. Su capacidad de gestión, sin duda otro. Por mala, claro. Pero el que desde luego amerita es el de haber sido una de los seres humanos más perdido que haya visto la historia. De hecho, el error de cálculo en la distancia que separaba el lugar en el que estaba (Apalachee) y en el que creía estar (las afueras de Panuco), le costó la vida a él y otras a 600 personas. De forma interesante, Pánfilo sabía bien dónde estaba el puerto de Panuco. De lo que no tenía ni idea era de dónde estaba él cuando trataba de encontrarlo. Existe más de una forma de estar extraviado. A veces uno está perdido porque no sabe dónde está. Y a veces, porque cree que sí lo sabe.

En otro orden de cosas, es importante indicar que el cerebro es con diferencia la víscera más mentirosa del cuerpo humano. Mucho más que el corazón o el hígado, que ya es decir. El cerebro es ese compañero de trabajo que, aunque eficiente, dice hacer más de lo que en realidad hace. De igual forma, el cerebro humano, y aquí no vamos a juzgar sus motivos, engaña a sus usuarios continuamente, haciéndoles creer que está llevando a cabo más tareas y con más solvencia de las que en realidad está realizando.

Pongamos por caso la visión. El problema de la visión es formidablemente complejo. Millones de fotones emigran del Sol cada minuto y algunos de esos fotones alcanzan la Tierra. Al llegar, los fotones entran en la atmósfera y eventualmente chocan con la superficie del planeta. Y rebotan contra montañas y valles. Y contra flores y batracios. Y contra la calandria y el ruiseñor. Y contra los enamorados que van a servir al amor. Y son refractados por el aire y el agua. Y tras reflejarse, refractarse y difractarse, y dependiendo de su nueva dirección, algunos fotones son expulsados de vuelta hacia el espacio exterior. Pero otros sufrirán nuevas colisiones. Y otros serán absorbidos por algunos materiales y se convertirán en calor. En fin, el resultado es que la superficie del planeta es una espesa sopa de fotones que vuelan en todas direcciones con distintas velocidades y longitudes de onda.

La Naturaleza por su parte, entendió muy rápido que podía usar en su provecho este alboroto infinito de partículas y campos electromagnéticos, para llevar a cabo distintas tareas. En primer lugar estos fotones son una fuente de energía que bacterias y más tarde plantas y árboles podrán utilizar para alimentarse. Y teniento en cuenta que bacterias y plantas son la base de la cadena trófica y el resto de terrícolas se alimentan de ellas o de otros que a su vez se alimentan de ellas, podemos decir que el planeta funciona esencialmente con energía solar. Casi todo lo que ha ocurrido en la superficie de la Tierra, desde la vida hasta las croquetas, ha sido construido o es fruto del vigor de las partículas emitidas por el Sol. Incluso el viento (y por tanto, la energía eólica) tiene como origen cambios de temperatura favorecidos por el Sol. Otras fuentes de energía, como las que tienen su origen en la radiactividad o la energía nuclear, tiene también un origen solar. Al menos en el sentido de que el combustible que se emplea en estos procesos fue creado en el núcleo de las estrellas[17].

Otro provecho que se podía extraer de esta telaraña de fotones, descubrió la Naturaleza, era el de ayudar a los seres vivos a percibir su entorno. Teniendo en cuenta que los fotones viajan en linea recta y dado que éstos chocan y en ocasiones rebotan con todo tipo de objetos, con el órgano adecuado, se los podía emplear para obtener información sobre la realidad material. Y así es como empezaron a desarrollarse tales órganos que sin duda, llegarían a convertirse en una estupenda una ventaja evolutiva.

Los primeros de estos órganos eran sólo proteínas capaces de distinguir entre luz y oscuridad. Si uno es una bacteria que utiliza la fotosíntesis como forma de generar alimento y cuenta además con un flagelo que le permita desplazarse, puede emplear estas proteínas fotosensibles para localizar las fuentes de luz y correr hacia ellas, como una niña rubia encerrada en el televisor de una casa encantada. Y gracias a esto darse un festín a base de suculentos fotones.

Versiones más sofisticadas de este órgano fotosensor evolucionaron penosamente y aparecieron más tarde en reptiles, aves y mamíferos que no sólo eran capaces de medir la intensidad de la luz y localizar su origen, sino que podían formar imágenes nítidas de su entorno en sus rudimentarios cerebros. Imágenes. Imágenes nítidas. Representaciones de sus depredadores

17 Hay una fuente extra de energía cuyo origen es gravitatorio. Aquí podríamos incluir el calor interno de la Tierra o las mareas.

o de su próxima comida. Mapas de sus escondrijos, el emplazamiento de sus parejas sexuales o de sus crías[18].

¿Cómo es esto posible? Extraer una imagen bien definida y en tiempo real de este puré de fotones, cada uno viajando en una dirección, en continuo movimiento, con diferentes energías y longitudes de onda es, como hemos dicho antes, un problema absurdamente complejo. O al menos lo es en términos físicos, matemáticos y computacionales. Sólo en la actualidad y echando mano de enormes potencias de cálculo y sofisticadísimos algoritmos, se está pudiendo resolver este problema de una forma similar a como lo hace, por ejemplo, un mamífero. ¿Cómo han podido entonces resolver algunos seres vivos este inabordable problema físico y matemático? Y lo que es más enigmático, ¿cómo lo han hecho empleando vísceras, pellejos y fluidos pegajosos? La respuesta es que no lo han resuelto... no del todo.

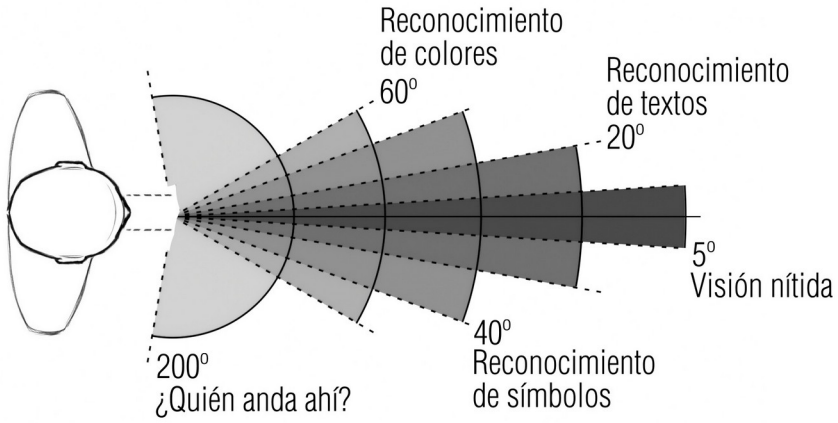


Figura 7: Campo visual y su degradación angular.

Fijémonos por ejemplo en los seres humanos. Éstos cuentan con una agudeza visual razonablemente buena. El campo de visión de los seres humanos puede alcanzar casi los 200º lateralmente. Sin embargo, sólo pueden conformar una imagen nítida en una pequeña región que afortunadamente coincide con el punto al que se está mirando directamente. Los humanos solo pueden formar una imagen bien definida con una apertura de unos 5º entorno al centro de la visión. Si nos separamos 20º del centro, se pueden leer textos. A 40º, aún se identifican formas. Y a 60º ya sólo se registran colores. Y más allá, todo es borroso en forma y color. De este modo el tándem ojo-cerebro sólo tiene que esforzarse por formar una buena imagen en un cono de unos 20º de apertura entorno al centro de la visión.

Pero no se muevan de sus asiento, porque dentro de esa región nítida, en su mismo centro, hay un notable punto ciego. Una zona en que, para cada uno de los ojos, la visión es casi nula. Esto se debe a que el nervio que conecta el ojo con el cerebro se enchufa al globo ocular justamente en su centro. Por tanto en esa parte de la retina no hay células fotosensibles: la luz llega, pero no hay sensores que la detecten. Solo un cable pelao. Otro error de la Naturaleza comparable al del episodio de la madera y la incapacidad de las bacterias para consumirla. Un error que hubiera sido fácilmente subsanable

18 Es relevante señalar que no sólo se pueden emplear fotones para conformar imágenes del entorno: se puede usar el tacto u olores, vibraciones del aire o el agua, como en el caso de cetáceos o murciélagos, o la temperatura, como hacen algunos reptiles.

con que se hubiera puesto el cable a un lado del globo ocular, como ocurre en los sensores de las cámaras digitales. Un fallo cuyo origen estriba en el hecho de que es más barato evolutivamente hablando, aprovechar diseños previos y modificarlos gradualmente, que construir un ojo desde cero. Las puñetas de la evolución.

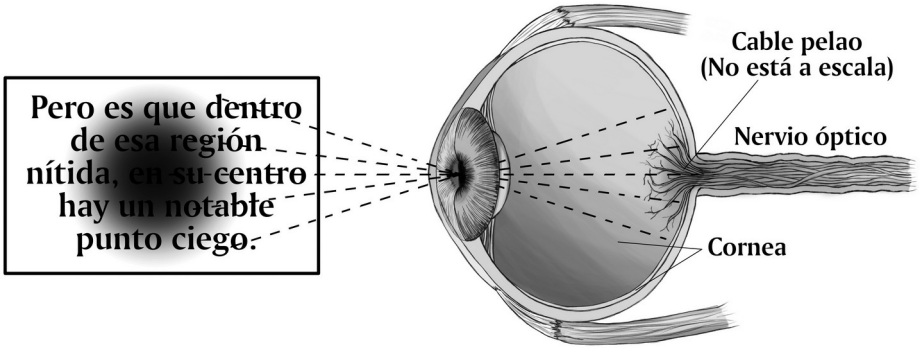


Figura 8: Anatomía del ojo humano en la que se exagera de forma desvergonzadamente imparcial, la conexión entre la córnea y el nervio óptico.

El caso es que en el centro de la visión humana y de muchos otros animales, la visión es casi nula. ¿Cabria entonces preguntarse por qué los humanos no observan un impertinente punto negro en el centro de su visión? Existe más de un mecanismo para evitarlo. Uno es que el ojo está en continuo movimiento realizando unas imperceptibles vibraciones conocidas como microsacadas. Un segundo mecanismo consiste en tener más de un ojo. La actualización constante de la imagen que producen las vibraciones, unidas a la información extra que genera el tener dos ojos ubicados en lugares separados, permite al cerebro INVENTARSE la imagen que debería haber en nuestro punto ciego. El cerebro estima, interpola e imagina cómo completar nuestro campo de visión basándose en esta información parcial que le dan los ojos y en experiencias anteriores almacenadas en la memoria. En suma, lo que se está tratando de decir aquí es que el cerebro humano ha convencido a sus usuarios, de que percibe su entorno bastante mejor de lo que en realidad lo hace[19].

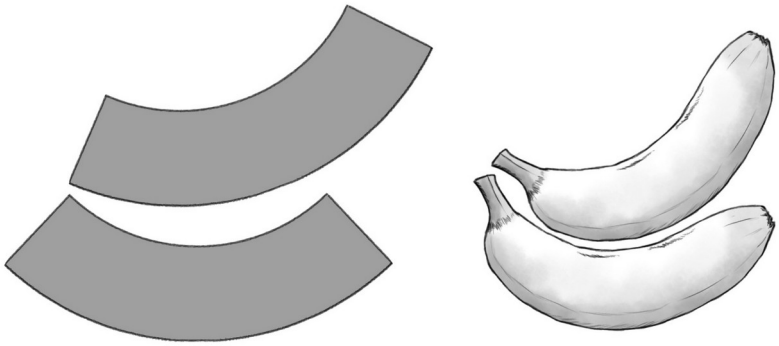


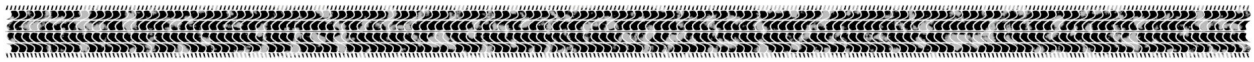
Figura 9: Este es el nivel de sofisticación que hace falta para engañar al cerebro: colocar un plátano encima de otro basta para confundir sus dimensiones. Ambos plátanos (y secciones de anillo) miden lo mismo.

19 "¿De quién se va a fiar? ¿De mí o de sus propios ojos?", decía Groucho Marx. Y teniendo en cuenta lo que se ha dicho aquí, no le faltaba razón.

Y por un lado es casi milagroso que el fenómeno de la visión se resuelva en parte en los ojos y en una parte importante en el cerebro, con tanta solvencia. Pero esta misma solvencia hace que los humanos sean comprensiblemente inconscientes de las limitaciones de su percepción visual. Limitaciones que explican que sea relativamente fácil engañar a nuestros sentidos empleando sencillos trucos de magia o las conocidas como ilusiones ópticas.

En los años 70 los fabricantes de automóviles se las veían y se las deseaban para alimentar con una batería de 12 voltios y 40 amperios, el número creciente de artefactos que poco a poco se iban añadiendo a los vehículos: el arranque, los faros, las luces interiores, los indicadores, los limpiaparabrisas, la calefacción, el encendedor, la radio, eventualmente los elevalunas eléctricos o el aire acondicionado... Este importante problema de gestión energética se resolvió de diversas maneras. En primer lugar maximizando todo lo posible la eficiencia energética de cada uno de los elementos eléctricos del coche. Y todo lo posible significa que se maximizaban dentro de lo que permitía mantener bajo el precio de fábrica del automóvil. En segundo lugar, se priorizaba el funcionamiento de los dispositivos esenciales a la conducción sobre los espurios. Las bujías son más importantes que la radio y los faros son más relevantes que el mechero. Por último, una parte importante de la gestión energética de la batería consistía en hacer creer a los usuarios que el automóvil podía hacer más cosas de las que en realidad hacía.

Un caso interesante lo plantean los hilos radiantes de las lunetas térmicas. Es importante que las lunas traseras de los coches no se empañen impidiendo la visibilidad al conductor. Para ello se instalaban una serie de finísimos hilos metálicos a lo largo de estas ventanas que podían calentar la luna y así limpiarla de hielo o vaho. Cuando este sistema apareció, se convirtió en una prestación que daba al automóvil cierta categoría. Así que algunas marcas de gama media corrieron a instalar este sistema, que por cierto, tenía un consumo energético relativamente alto. Un gasto extra para la ya sobrecargada batería. ¿Cómo se resolvieron los fabricantes el problema? Conectando a la batería sólo la mitad de los hilos que corrían por el vidrio. La otra mitad se instalaban pero no se conectaban. Estaban de adorno. El sistema así montado, funcionaba más lentamente y con menor eficiencia. Pero el usuario era feliz en la creencia de que su automóvil era moderno y sofisticado. Y todos contentos.



El cerebro humano, insistimos, es una víscera mentirosa. Su funcionamiento y capacidades son tan estupendas que inevitablemente hace pensar a sus portadores que son más estupendas de lo que en realidad son. Y esto produce en los humanos un natural sentimiento de perfección y superioridad. Un sentimiento que es fácil sostener cuando no existe actualmente en el planeta otra especie con un sistema nervioso equivalente, con la que los humanos puedan compararse. Parecido, si. Equivalente, no.

Este embustero patológico que es el cerebro, ha desarrollado una destreza que ha permitido la articulación de este narcisismo humano del que hablamos: la autoconsciencia. Los seres humanos pueden reconocerse a sí mismos. Al contrario que casi todo el resto de terrícolas, los humanos cuentan con la

habilidad de percibirse como individuos, y reparar en su propia personalidad, sus rasgos o sus emociones. Este hecho por sí mismo es ya extraordinario. Una víscera capaz de observarse y tenerse en consideración. El hígado, por ejemplo, no tiene ni idea de que se ubica en la parte superior izquierda del abdomen. O de que es de color marrón rojizo. Y da igual cuántas veces se ponga un hígado frente a otro. No lo aprenderá nunca por más empeño que se ponga. Pero el cerebro sí sabe dónde se encuentra ubicado. Y de qué color es. El cerebro se reconoce a sí mismo. Y al hígado, por extensión.

Y esto plantea una trampa, ya que cuando uno se mira, es inevitable que lo haga con cariño. Uno se mira con indulgencia. Por más humilde que uno sea o por atormentado que esté, no tiene más remedio que tratar con magnanimidad sus errores y defectos. A nadie le huelen sus pedos ni sus hijos le parecen feos. De modo que la autoconsciencia ayuda a conformar un cierto narcisismo natural en los seres humanos.

Los homo sapiens cuentan con una enorme cantidad de sensores: auditivos, visuales, táctiles, olfativos, de temperatura,...etc. Y estos sensores permiten al cerebro conformar un mapa parcial de la realidad. Esto de hecho lo hacen todos los seres vivos en mayor o menor medida. Sin embargo, muy pocos terrícolas son capaces de crear en este mapa, a un muñeco que represente al propio individuo. Una representación simbólica de sí mismo. Una máscara de lo que dicho ser cree que es. Y que puede ser más o menos fidedigna. Y es mediante el uso de esta máscara que el individuo navega por esta maqueta incompleta de la realidad en la que está atrapado y que él mismo ha conformado a partir de la información con la que cuenta.

Del mismo modo, el individuo creará otras máscaras para representar a los humanos que le rodean. Y será mediante estas máscaras (y la suya propia) que interactuará con ellos. Y lo que es más sorprendente, sobre esta máscara, como en el Bian lian[20], los seres humanos pueden acumular de forma consciente, o no, capas de otras máscaras también parciales e incompletas.

Esta sucesión de máscaras que usamos para entender quienes somos, y con la que nos engañamos y tratamos de engañar a los demás, parece ser posible gracias a lo que se conoce como la “teoría de la mente”.

La teoría de la mente no es una teoría. Es otra cualidad del cerebro humano. Una vez más los científicos se han confundido a la hora de nombrar algo. Como cuando por un error de traducción e ignorancia del griego, decidieron llamar “asbesto” a un material ignífugo. “Sbestos”, del griego sbestov es un verbo que significa “yo apago” y que hubiera sido un gran nombre para describir una sustancia segura para la construcción de edificios, por su incapacidad para arder. Pero si le colocamos la partícula negativa “a” (a) delante, significa inextinguible. Que no se puede apagar (asbestov). Justo lo opuesto a lo que se pretendía. En fin.

La mal llamada teoría de la mente, repetimos, es en realidad una (otra) interesante habilidad del cerebro humano que le permite saber y entender que otros individuos pueden tener pensamientos diferentes al suyo. Que distintos individuos pueden manejar distintas informaciones acerca de un asunto. O tener opiniones o sentimientos dispares al propio. Y le permite hacer reflexiones recursivas del tipo “yo se que tu sabes, que yo se, que tu sabes...”

20 El acto teatral de origen chino de las caras cambiantes, en las que el artista apila máscaras sobre su cara y las cambia a velocidades imposibles.

O hace que tenga sentido que existan maestros y alumnos. En el proceso de aprendizaje uno debe empezar por aceptar que ignora cosas que otro conoce. Esta misma habilidad también hace posible la postura en la que decidimos que todo el mundo es imbécil menos nosotros.

Un producto fascinante de la teoría de la mente es la capacidad de engañar a otros. Si un ser vivo puede entender que otro ser podría contar con un conocimiento distinto al suyo. Si además es capaz de estimar cuál podría ser ese conocimiento. Y finalmente decidir que tal conocimiento podría ser más incompleto que el suyo propio, éste puede tratar de engañar al otro con éxito. Así, la teoría de la mente es el origen de uno de los más importantes lubricantes de la civilización y la herramienta que históricamente ha evitado más homicidios: la mentira.

En un sentido más ligero, otra actividad que permite esta fascinante cualidad es el teatro. Que una mujer en vaqueros con una corona de cartón, se presente ante el público como Lady Macbeth, y el público entienda que esa mujer es en realidad una actriz interpretando a una reina, pero se dejen llevar por la ficción de que en realidad es una reina. Y que la actriz sepa que el público sabe que ella está interpretando, y finalmente todos puedan disfrutar de la obra, se debe en parte a esta capacidad[21].

Así, la autoconsciencia junto con la teoría de la mente, nos permiten construir una idea de nosotros mismos. Y sobre esta idea colocamos la máscara de lo que creemos ser. Y sobre ella, apilamos las distintas máscaras que necesitamos mostrar a los demás para navegar por la existencia. Y finalmente interactuamos con los demás a través de las máscaras que colocamos en ellos. Máscaras a cual más incompleta, imparcial y subjetiva, cuando no directamente incierta.

En suma, el cerebro es una víscera que primero, miente a sus portadores acerca de sus propias habilidades. Segundo, les facilita la tarea de engañarse a sí mismos. Y por último, permite generar una red de mentiras para que éstos engañen a su vez a otros portadores de cerebros embusteros. Se podría decir que conviviendo con esta incomprensible maraña de fotones en las que el universo está embebido, existe una compleja red de mentiras que parece ser la base de la realidad social humana. E igual que en el caso de la visión, el cerebro trata de desanudar esta red con más o menos éxito.

Y siendo esta red de mentiras, imprecisiones y funciones teatrales improvisadas, el fundamento sobre el que se construye la sociedad, ¿cómo coño van a ir bien las cosas?

21 Se podría hacer aquí una larga disertación sobre cómo el método Stanislavski, trata de sortear la teoría de la mente haciendo que los actores dejen de actuar y vivan y sientan lo que viven y sienten sus personajes. Pero no la vamos a hacer porque no hemos venido a hablar de estas chorradas. Hemos venido a hablar de otras.

CAPÍTULO 6:
Sobre el autodisfrenismo y otras palabras inventadas

A pesar de los esfuerzos denodados que está realizando el autor de este texto por convencer a los lectores de lo contrario, se ha de reconocer que los seres humanos son especiales en más de un sentido, cosa que justifica, al menos en parte, un consustancial narcisismo. En particular, son especiales en un sentido cósmico. Un poco. Veamos cómo.

En primer lugar, se debe reconocer que químicamente los humanos son bastante corrientes. Al menos en lo que a su estequiometría se refiere; esto es, están hechos de la misma materia que el resto del universo y en las mismas proporciones. Los átomos más abundantes del universo son, por este orden: Hidrógeno, Helio, Oxígeno y Carbono, que coincide exactamente con la composición del cuerpo humano, o en realidad de casi cualquier ser vivo del planeta. Salvo por el helio. Ese átomo no forma parte de ningún compuesto relevante para la vida o la química orgánica, ya que es una especie inerte y apenas reacciona con ningún otro átomo. Y es triste que el Helio haya quedado fuera de las estructuras y procesos biológicos. Una gran oportunidad perdida por la Naturaleza. ¿Dónde habrían llegado los Bee Gees o Yma Súmac si hubiera una buena cantidad de Helio en los seres humanos?

Volviendo al problema estequiométrico de la vida, si ésta estuviese hecha de Rodio, Renio o Iridio, elementos miles de millones de veces menos abundantes que el Hidrógeno, podría aceptarse que la biología terrícola contase con una cierta excepcionalidad. Algo que pondría en aprietos al ateo más recalcitrante. Pero lo cierto es que el universo estaba lleno de cemento, ladrillos y escayola, y en cemento, ladrillos y escayola se constituyó la vida. Y este hecho la ubica en una posición bastante ordinaria.

Por otro lado, el universo lleva alrededor de 5.000 millones de años tratando de exterminar la vida en el planeta Tierra y a pesar de ello, aquí seguimos, escribiendo majaderías. Vulcanismo, meteoritos, el viento solar, partículas radiactivas, glaciaciones mastodónticas, terremotos, planetoides impertinentes, brotes de rayos gamma o crisis energéticas y alimenticias, han conducido a numerosos procesos de extinción masiva de los que la vida que hoy observamos, ha conseguido librarse con éxito. La vida es frágil y blandita. Y el universo, un cabrón agresivo. Y haber sabido perdurar en él, hace que la vida sea especial. O cuanto menos, testaruda. La existencia de seres vivos es como esa mancha de tomate en una camisa blanca, que la lavadora cósmica no consigue limpiar[22].

22 En “Alien, el octavo pasajero”, la vida sería el extraterrestre.

Por ejemplo, el Sol, en su infinita magnanimidad, no sólo emite al espacio los nobles fotones alrededor del espectro del visible, de los que antes se ha hablado. También expulsa poco amables rayos X y rayos gamma, protones, electrones, corrosivos núcleos de helio y otras porquerías subatómicas. Estas tormentas solares no son sólo capaces de carcomer la vida tal y como la conocemos. Tendrían energía y mala idea suficiente como para arramblar con la atmósfera de un planeta cercano al Sol, como es el caso de la Tierra y esparcirla por el espacio interplanetario.

¿Qué ha pasado entonces? ¿Cómo es que estos huracanes de partículas y radiactividad no han imposibilitado la existencia de los terrícolas? La respuesta tiene que ver, de forma extraordinaria, con el núcleo terrestre. Éste es una bola incandescente de níquel y hierro, que por ventura, resultan ser elementos ferromagnéticos. Dentro de esta bola ígnea se producen corrientes de magma, como lo harían en un océano, que a su vez dan lugar a corrientes, esta vez, eléctricas. Y de acuerdo con los estudios de Hans Christian Ørsted, sabemos que una corriente eléctrica variable produce un campo magnético.

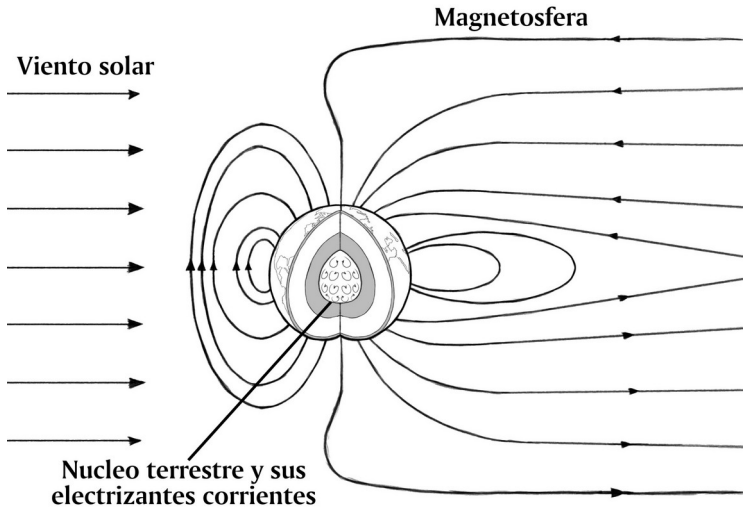


Figura 10: La magnetosfera de muchos planetas y en particular de la Tierra, nacida de los torrentes de lava del núcleo, protege su superficie de los impertinentes vientos solares. Y este paraguas es magnético es relevante, porque en el universo, todos los días llueve.

De este modo, el núcleo dota al planeta de un campo magnético, débil pero enorme, como bien sabe todo aquel que se haya perdido en el desierto. Un campo que se extiende desde el núcleo hasta el espacio exterior. Y las partículas con las que el Sol riega ofensivamente el planeta Tierra, interactúan con este campo y muchas de ellas quedan atrapadas en ciertas zonas llamadas Cinturones de Van Allen. Las partículas que por su velocidad o astucia, consiguen atravesar estos cinturones, se acercarán a la atmósfera, ahora más calmadas, produciendo las hermosísimas e inofensivas auroras.

Es así como el núcleo de la Tierra y sus corrientes eléctricas protegen la atmósfera del planeta, sus océanos y a sus posibles inquilinos, de un universo demente y vengativo. Mediante la creación un escudo que ha evitado que la superficie del planeta se convirtiese en el arroz pegao de una paella.

Y no todos los planetas tienen un campo magnético semejante. O no lo tienen siempre. A veces, como en el caso de Marte, simplemente se apaga,

dejándoles a merced de asesinas tempestades de partículas y radiación[23]. Por lo tanto, insistimos: la vida en el planeta Tierra es especial, aunque sólo sea porque ha esquivado la muerte que le llueve de todas partes.

Y como este ejemplo existen muchos otros, de condiciones que han permitido la aparición y sustentación de la vida en el planeta. Su posición con respecto al Sol permite que haya agua líquida. Las enormes masas de Júpiter y Saturno, han protegido a la Tierra de una gran cantidad de mortales impactos meteoríticos. La composición de la atmósfera terrestre ha tolerado el paso de una cantidad de radiación tal que puede producir mutaciones en el material genético, pero no tanta como para destruirlo. Así que se podría decir que el planeta ha sido bastante afortunado, al menos en lo que al sostenimiento de la vida concierne. Como le decían Monty Python a la estupefacta señora Brown en su Galaxy Song, tras retratar el tamaño y la edad del universo:

...recuerde, cuando se sienta diminuta e insegura,
cuán asombrosamente improbable fue su nacimiento...

En este sentido cósmico, los humanos son especiales, insólitos y hermosos, casi tanto como cualquier otro ser vivo del universo.

Y no hace falta caer en antropocentrismos o sobrenaturales pensamientos religiosos para reconocer este hecho. Basta con entender que el universo es vastísimo. Y que, como ahora sabemos, no sólo el número de estrellas es incalculable, sino también el de los planetas que las orbitan. En un lugar tan grotescamente enorme, lo insólito se torna corriente. Lo improbable, se vuelve inevitable.

Continuando con la discusión sobre la vanidad, tal y como está constituida la biología, es inevitable que todos los seres vivos se sientan especiales y por tanto cuenten con un cierto tipo de protonarcisismo. Al menos el suficiente como para moverles con enajenada energía, a pasar sus genes a la siguiente generación. No en vano la capacidad de producir réplicas es parte de la definición de esa cosa que es la vida. La inmortalidad del individuo está asegurada en su descendencia, haciendo a veces que su propia mortalidad pase a un segundo plano. Después de todo v*anitas vanitatum, et omnia vanitas*, valga la pedantería.

Richard Dawkins propone, hablando mal y pronto, que los seres vivos son vehículos para los genes. Si esto es cierto, una gran cantidad de sus decisiones y comportamientos podría explicarse desde la perspectiva de una sección de ADN que trata de persistir en el tiempo. La vida que observamos estaría constituida por robots gigantes (los seres vivos) dirigidos por minúsculos pilotos (los genes), que tratan de cambiar de androide apenas el anterior comienza a deteriorarse. Y para que todo esto funcione correctamente, los pilotos deben convencer a los robots de que son tan especiales e importantes como para esforzarse en pasar con éxito su legado genético a la siguiente generación.

Se podría decir que la persistencia de la vida depende parcialmente de que los seres vivos se vean un poco más guapos en el espejo que sus congéneres. Y si bien una bacteria es incapaz de racionalizar o articular este

23 Los datos indican que el campo magnético de Marte se extinguió hace 4.000 millones de años. El planeta rojo intentó volver a ponerlo en marcha hace 3.800 millones de años sin éxito. Y así luce el planeta hoy. Que no crece ni un cactus.

sentimiento de auto admiración, los seres humanos cuentan con un cerebro y milenios de construcción cultural, que les permite traducir esa cualidad de unicidad y valor genético, en un señor narcisismo con nombre y apellidos.

Centrándonos ahora en ese animal que es el ser humano, las particulares destrezas de su cerebro lo hacen también especial de varias formas. Su habilidad para la comunicación, su capacidad para el pensamiento abstracto y el razonamiento, la enigmática competencia que le permite predecir el futuro y las consecuencias de sus actos, la antedicha autoconsciencia, su desorbitado sentido de la empatía[24], su inclinación al altruismo y la colaboración. Todas estas cualidades hacen del homo sapiens un ser de cierta excepcionalidad, al menos dentro de las fronteras del planeta Tierra y sus pedanías.

Esta consideración especial que los humanos tienen por sí mismos, esta prepotencia que es natural y comprensible, ha sido exageradamente hinchada por la cultura. Después de todo estos antropoides, que parecían estar condenados a la extinción, víctimas de su propia falta de excepcionalidad, no sólo han sobrevivido sino que han terminado en la cúspide de un selecto grupo de depredadores y dominando al mismo entorno. Es cierto que el entorno ha de enviar un tornado de vez en cuando, o revolverse violentamente con un terremoto, para recordarles que tal dominación es sólo parcial. Pero en justicia, es difícil no caer en el pecado o la ficción de sentirse especial en dichas circunstancias.

Las religiones, por ejemplo, han participado de esta inflamación del ego. La mayoría de ellas invitan a sus consumidores a pensar, no solo que son mejores que sus congéneres forofos de otras religiones, sino que pertenecen a una categoría diferente al resto de la vida en el planeta. Que de alguna manera están desconectados de sus vecinos terrícolas. Que son especiales al extremo de que un ser sobrenatural tuvo que venir a crearlos, porque si no, no se explica uno...

Igualmente, algunas corrientes de pensamiento filosófico y político les desligan de su vertiente animal, haciéndoles creer que nacen como un libro en blanco (o un pizarrón en negro) que será escrito a través de aprendizajes e interacciones con la sociedad. Que al contrario que ocurre con el resto de sus vecinos, en la vida de los humanos, la sucia y descarnada biología no juega papel alguno. Que la cultura consiguió despegarles limpiamente de su condición bestial y les lavó el barro de los instintos y apetitos.

Esta vanidad absurda que trata de separar a los humanos de la realidad biológica y material, se ha llevado demasiado lejos. Una corriente filosófica llamada solipsismo llega a proponer que de lo único que uno puede estar seguro, es de la existencia de su propia mente. Que la realidad es inaccesible y que ésta podría ser muy bien un delirio de la propia mente. El solipsismo duda de (o niega) la existencia de la realidad mientras que asegura la de la mente del individuo. Esto huele a antropocentrismo que apesta. Siendo cierto que la mente humana conforma un mapa incompleto del entorno, rechazar la

24 Como indica Robert Sapolsky hablando sobre la empatía, cuando un ser humano se entristece al ver a un perro herido, estaría empatizando con un ser vivo de otra especie. Pero un humano puede empatizar con el animal, a través de una fotografía del perro. No observando al animal sino una imagen del animal. Y lo que es aún más sorprendente: el humano puede sentir empatía por el animal a través de un dibujo o una pintura que representase al perro herido. En este último caso, el humano estaría empatizando con un individuo de otra especie, que ni siquiera existe.

existencia de éste en favor de la mente propia, es un acto delirante de narcisismo. El solipsismo es el mejor ejemplo de estas corrientes de pensamiento que no solo separan al ser humano del resto de vida en el planeta sino del mismo tejido de la realidad. Pero no es la única.

Pensemos por ejemplo en el principio antrópico. Algunas de las variantes de este principio sugieren que, *el mundo es como es por la necesidad de permitir la existencia de seres que puedan preguntarse por qué el universo es como es.* Los seres humanos son tan importantes que le hemos creado al universo una necesidad. Sugiere el principio antrópico que el universo fue creado con el único propósito de albergar a los homo sapiens. Estos bípedos hechos de carne, que se cuelan en la cola del supermercado y se dan voces en las rotondas, son el origen del cosmos. Al parecer el universo surgió con el único objetivo de dar lugar a seres humanos que pudieran escribir sandeces. El universo. Un universo entero para alojar seres humanos. Mucha obra para acabar haciéndole una caseta al perro. Sin comentarios[25].

No es de extrañar que, en tales condiciones haya filósofos como Alasdair MacIntyre, que reflexionan acerca de cómo la filosofía ha olvidado casi sistemáticamente la posición del ser humano con respecto al resto de los seres vivos. Pensadores discuten ahora acerca de cómo la filosofía, históricamente se ha dejado llevar por esta insoportable corriente de soberbia. Es más, dice MacIntyre, cuando la filosofía considera al ser humano modelo, se refiere generalmente a un hombre inteligente, sin problemas, enfermedades o trastornos. La filosofía suele tratar con una ficción de hombre perfecto, valiente, generoso y racional, tratamiento que no solo lo aleja de la naturaleza, sino de la realidad más elemental.

En este área del conocimiento se han discutido los problemas humanos, empleando para ello a un hombre patrón que no existe. Algunas de estas filosofías, decidiendo ignorar los más elementales rudimentos del conocimiento científico, olvidan que los seres humanos puedan tener un sistema endocrino, genes, instintos o malos días. Parecen negar que tengan apetitos o pulsiones. Que es posible que no exista un ser humano mentalmente sano. Olvidan que las personas comparten el 98.8% de su genoma con chimpancés, el 85% con ratones y un 32% con levaduras. Se diría que sugieren que de alguna manera la aparición de la cultura borró de un plumazo 4.500 millones de años de equipaje biológico.

Para agravar más las cosas, una extensa parte de la filosofía nos mueve a pensar que la cultura apareció de la nada, fruto de un evento disruptivo o un monolito de ónice. La cultura y la civilización tienen como origen un preexistente conjunto de comportamientos naturales. Y la racionalidad es a fin de cuentas, una cualidad animal. ¿Cómo podría ser de otra manera? La consciencia humana (sea esta lo que sea) debe ser el producto de una actividad fisico-química que interactúa con un entorno, es decir, con otras actividades fisico-químicas. Eso por supuesto si no queremos echar mano de metafísicas improbables o fenomenologías sobrenaturales. El cerebro humano y sus funciones deben ser necesariamente producto de la evolución. La admirable sesera de los homo sapiens no puede ser otra cosa que una variación de una versión tal vez menos sofisticada y seguramente parecida a la de otros seres vivos. No se dejan de observar en otras especies animales, cualidades intelectivas algo menos desarrolladas que las humanas.

25 Todos decimos tonterías pero los filósofos las dicen en serio. (Anónimo)

Y siendo esto así, ¿cómo podrían biología y cultura estar desconectadas? ¿Que otra procedencia podría tener la cultura, que no sea el refinamiento y sofisticación de comportamientos animales previos? ¿Que explicación que no requiera la intervención de alienígenas o seres etéreos podría haber?

Tras la publicación de El Origen de las Especies, y durante décadas, al pensamiento académico (el científico incluido) pareció ofenderle la posibilidad de tener el más mínimo parentesco con otros seres vivos y en particular con primates[26]. Sentimiento que fue rápidamente trasladado a los medios de comunicación y de ahí al resto de la sociedad. ¿Cómo podían señores que tomaban el te con chistera y señoras encorsetadas que tocaban el piano, tener relación alguna con un gorila? Se hicieron caricaturas de Darwin que reflejaban el sentimiento de indignidad que tal parentesco producía, así como la alta estima en que dichos académicos, periodistas y ministros de la iglesia se tenían a sí mismos. Y esto era razonable. Era lógico que una sociedad que progresaba, que se revolucionaba, industrialmente hablando, pero que aún desconocía la genética, una sociedad en la que la religión conformaba un porcentaje importante del pensamiento de sus componentes, una sociedad de nacionalismos recién nacidos, que se veía dominadora del planeta, se sintiese ofendida al ser vinculada con monetes peludos.

Quizá el problema sea que doscientos años después, tras una enormidad de avances científicos, de acumulación de conocimiento y de poblaciones educadas de forma obligatoria, uno diría que se está en un lugar parecido. Los literalistas de la Biblia y discípulos de otras religiones de hecho están exactamente en el mismo sitio. Pero otros pensamientos supuestamente modernos y progresistas, académicos y sofisticados siguen sintiendo cierta vergüenza cuando se les recuerda su pasado y presente animal. Igual que Michael Corleone trataba a lo largo de dos películas, de limpiar su pasado para convertir a su familia en una institución honorable, los humanos siguen teniendo problemas para reconocerse como animales. Incluso los movimientos animalistas distorsionan esta idea, tratando de humanizar pueril y acientíficamente a los animales, al tiempo que no osan naturalizar a las personas.

En suma, esta vanidad biológica impulsada por la cultura, explicaría el fenómeno por el cual los seres humanos sienten un cierto placer en aparecer como mejores que el resto. Su necesidad casi patológica de tener razón. La inyección de endorfina que acompaña al hecho de sentirse superior. Explicaría que cuanto más estúpido es un ser humano, mejor concepción tenga de si mismo. Que cuanto más errado, más convencido esté de poseer una verdad infalible y monolítica. Que los que más alardean de estar despiertos a la realidad, sean sólo bufones vocingleros y enfadados que necesitan gritar muy alto para enterrar en una pila de decibelios la estupidez de sus ideas.

Y tal vez sea esta la fuente de la mayor parte de los problemas y conflictos de los seres humanos. Que siendo sin duda especiales, igual no lo son tanto. Que teniendo ciertas capacidades extraordinarias, no han dejado de ser

---

26 Existen honrosas excepciones como la de James Burnett, el excéntrico Lord Monboddo (S. XVIII). Este juez escocés, apasionado de los orangutanes, intuía en ellos una enorme inteligencia y no veía porqué estos animales no podrían aprender a hablar o a tocar la flauta. Lejos de sentirse ofendido por un posible parentesco con los primates, el legislador abrazó esta idea con fascinación. Por supuesto en su época fue considerado un perturbado.

mamíferos. Que les cueste aceptar que es razonable tener pensamientos horribles y malos hábitos. Que siendo seres capaces de razonar, resulte insostenible conducir una vida saludable basándola sólo en la lógica. Que se puede ser un coñazo insufrible o no tener paciencia para soportar a los demás. Que a veces se tienen pálpitos. Que a veces se generaliza. Que en ocasiones se cometen errores. Que es posible tener más de lo que se necesita y aun así estar triste. Que se puede ser un poco gilipollas... o muy gilipollas y no pasa nada. Que se pueden perdonar los errores ajenos teniendo en cuenta la frecuencia con la que ocurren los propios.

Pudiera ser, como digo, que el problema resida en la distancia entre lo que los humanos creen que son, lo que ellos mismos esperan de sí, lo que ellos se han contado sobre sí mismos y lo que en realidad son: animalejos con un cierto grado de lucidez, atravesados por un montón de ideas complejas y a veces contradictorias. Alimañas que tienen días mejores que otros. Antropoides ocupados en la tarea de sobrevivir, con una cierta aspiración de mejora, que se encuentran a sí mismos confundidos por la cantidad de equivocaciones, estupideces y pensamientos inconfesables que se le acumulan en dentro del cráneo. Animales sorprendidos, frustrados y a veces avergonzados por su propia torpeza.

Y sin embargo todos estos problemas y conflictos se convertirían en una nimiedad, con solo aceptar que los humanos se encuentran a medio camino entre una errática posición biológica y las fantásticas propuestas hechas por religiones, filosofías, ideologías y anuncios de perfume francés. Que está muy bien progresar y aspirar a la mejora, pero que dado que son inevitables, es conveniente aprender a vivir con las miserias propias y ajenas. Que los humanos son masas de neuronas no del todo bien conectadas, falibles y limitadas que ocasionalmente producen individuos como Janice Joplin, seres capaces de conectar con lo sublime, o como en el caso de los fabricantes de reguetón, cometer actos de lesa humanidad.

Quizá el drama del gran teatro del mundo no sea que los humanos estén en la Bahía de Apalachee, o en Panuco. Sino que crean estar en el segundo, cuando en realidad están en el primero. O a medio camino entre ellos.

CAPÍTULO 7:
Espeleogénesis y sus ramificaciones

La estupidez, como ya hemos dicho, y a la espera de que aparezca vida alienígena inteligente, es una cualidad exclusivamente humana. Y una fuente notable de esta humana estupidez está insólitamente relacionada con la geología. La posición del planeta Tierra con respecto al Sol y su estructura interna, hacen que sus dinámicas geológicas sean especialmente activas. En particular, existen varios mecanismos en la naturaleza por medio de los cuales se puede erosionar o destruir una roca. Aguas ácidas disuelven las rocas calizas. Igualmente, macizos de hielo y glaciares, terremotos, el movimiento de las placas tectónicas, caudales de lava o cambios bruscos de temperatura pueden quebrar la piedra más obstinada. A consecuencia de esto, que llamamos de forma general espeleogénesis, y de la irregular composición química de los suelos, aparecen en el terreno estructuras conocidadas comunmente como cuevas.

Y los animales han sabido encontrar refugio en estos espacios naturales: osos perezosos, murciélagos o bacterias extremófilas, han buscado protección en cuevas desde tiempos inmemoriales. O al menos desde que existen las cuevas, las bacterias extremófilas, los murciélagos y los osos perezosos. Las cavernas les resguardan de las lluvias y la nieve, son frescas en verano y en invierno están a cubierto de los vientos helados. Las grutas les ahorran el tiempo de excavar una madriguera o construir un nido. Pero las cuevas son también oscuras y enigmáticas, pueden contener amenazas desconocidas y esa incertidumbre las hace a veces aterradoras. La alternativa sin embargo, el exterior, es aterrador siempre.

Los homo sapiens, con una nueva versión de sistema nervioso recién instalada, parecieron decidir colectivamente que meter al clan en estos productos de la erosión, era una buena idea. La cueva no solo protege de inclemencias y amenazas; puedes decorarla a tu gusto, almacenar en ella alimento, combustible y herramientas y finalmente (y esto es solo una suposición) refuerza el sentimiento de grupo. Al colocarnos dentro de un espacio, se define automáticamente un afuera.

Después de todo, y al contrario que los osos polares, los guepardos o los monjes estilitas, los seres humanos son animales gregarios. Y por lo tanto formar grupos y sociedades estrechamente unidas parece algo natural. El grupo es importante. El grupo está ligado por relaciones familiares. El grupo se protege y permite dormir con cierta tranquilidad. Perteneciendo a un grupo se pueden hacer cosas maravillosas como repartir tareas y esfuerzos. Y esto es algo de lo que pueden sacar provecho individuos con un cerebro capaz de hacer planes o predecir las consecuencias de sus actos. El grupo facilita la supervivencia de los más débiles: niños y ancianos. Algo relevante, pues el futuro del grupo reside en la conservación de los infantes, y su sabiduría

colectiva habita en los más mayores. Un amplio espectro de edades en el grupo permite una transferencia ininterrumpida de conocimientos. Por supuesto, esta tendencia a la colaboración y a la ayuda, va a ser posible en parte gracias a un sistema nervioso inclinado a experimentar empatía o a entender el valor de los comportamientos altruistas. El grupo es la ostia.

Pero el grupo (nunca faltan peros) no sólo se define en positivo. La noción de grupo también existe en oposición a su contrario. Y si el grupo es esencialmente bueno, su contrario ha de ser necesariamente malo. El clan se establece como contraposición al inhóspito exterior. El antónimo de pertenecer al grupo es la muerte. La condena al ostracismo o el destierro han sido durante centurias uno de los castigos más severos que se podían infligir a un criminal. Fuera de la cueva hace mucho frío.

El grupo además tiene sentido porque hay otros grupos: el nuestro y el de los otros. Y los otros son peligrosos. Sospechan de nosotros y nosotros de ellos. Los otros no nos miran: nos escrutan. No nos suenan sus caras y confiar en ellos supone un riesgo inasumible. Además, por una inexplicable casualidad, los extraños son todos malos, asesinos homicidas, más feos y un poco gilipollas, amén de desconocidos. ¡Cómo no va a ser importante el grupo!

La relevancia del grupo, igual que la vileza de los extraños, ha quedado registrada por ejemplo en el nombre que nos damos a nosotros mismos y el que le damos a los demás. Es común que el nombre de las tribus, en su lengua respectiva, Inuit, Diné, Numunuu, Wuyjuyu, !Kung o Cabahyba se traduzca como “la gente”, “las personas” o “el pueblo”[27]. Por otro lado, en algunas ocasiones, hemos conocido grupos étnicos, no por el nombre que se daban a ellos mismos, sino por el que les daban sus vecinos. Cuando eso ha ocurrido, hemos sabido que lo habitual es que ese nombre fuera despectivo, como en el caso de los Parintintín (“los fétidos” por su trato con el pescado?) o los Munduruku (“los hormigas rojas”). La palabra “bárbaro” (o por extensión “bereber”) se refiere a un extranjero genérico haciendo mofa de la forma que tenían éstos de pronunciar el griego. En casos extremos era posible que directamente se aludiese a pueblos limítrofes con un nombre que significa “enemigo”, como ocurre con los Apache, los Comanche o los Sioux.

El sentimiento de pertenencia al grupo en los homo sapiens es tal, que cuando los europeos llegaron a América a finales del siglo XV y encontraron aborígenes habitando aquellas tierras, hubieron de decidir si éstos pertenecían al clan de los seres humanos o se trataba sólo de animales salvajes dignos de ser domesticados. Distintas leyes, documentos y reflexiones filosóficas y religiosas, fueron desde muy temprano reconociendo la dignidad humana de los indígenas. En las leyes de Burgos (1512) se indica que: *Los indios son hombres libres y legítimos dueños de sus casas y sus haciendas*. Estas leyes no sólo los declaraban humanos sino súbditos de pleno derecho de la corona, significase eso lo que significase. De igual manera, en la bula papal *Sublimis Deus* (1537), el papa Pablo III dice:

Id y enseñad a todas las gentes, a todas digo, sin excepción, puesto que todas son capaces de ser instruidas en la fe; lo cual viéndolo y envidiándolo el enemigo del género humano que siempre se opone a las buenas obras para que perezcan, inventó un método hasta ahora inaudito para impedir que la

27 El nombre que se dan a sí mismos los Yupik significa ``la gente real''. Podemos asumir que éstos despreciaban tanto a sus vecinos que llegaban a dudar de su mera existencia material.

Palabra de Dios fuera predicada a las gentes a fin de que se salven y excitó a algunos de sus satélites, que deseando saciar su codicia, se atreven a afirmar que los Indios occidentales y meridionales y otras gentes que en estos tiempos han llegado a nuestro conocimientos -con el pretexto de que ignoran la fe católica- deben ser dirigidos a nuestra obediencia como si fueran animales y los reducen a servidumbre urgiéndolos con tantas aflicciones como las que usan con las bestias. Nos pues, que aunque indignos hacemos en la tierra las veces de Nuestro Señor, y que con todo el esfuerzo procuramos llevar a su redil las ovejas de su grey que nos han sido encomendadas y que están fuera de su rebaño, prestando atención a los mismos indios que como verdaderos hombres que son, no sólo son capaces de recibir la fe cristiana, sino que según se nos ha informado corren con prontitud hacia la misma.

¿Nacía esta declaración del Papa de una beatífica bondad? ¿O de un modernísimo sentido de hermandad universal? Tal vez. No lo sabemos.

Cuando Pablo III escribe esta bula, se está produciendo un serio enfrentamiento entre dos corrientes religiosas. Veinte años antes de la publicación del *Sublimis Deus*, Lutero había clavado su manifiesto en la puerta de la Iglesia de Todos los Santos en Wittemberg y Calvino acababa de publicar su “Institución de la Religión Cristiana”, textos que constituirán los pilares de lo que devendrá en el protestantismo. Y en 1534, Enrique VIII ha comenzado la reforma anglicana, otra forma de cristianismo no papista que amenaza a la iglesia Católica Apostólica Romana.

Por otro lado, Soleimán el Magnífico estaba sitiando Viena en 1529 y una coalición turco-francesa tomará Niza en 1543. Entre los protestantes y el imperio otomano, al circo de la iglesia católica le estaban creciendo los enanos. En estas difíciles circunstancias, al Papa Pablo III debía interesarle aumentar el número de socios de su club y el hecho de que existiera un mercado espiritual por explotar en la recién descubierta América, fue una estupenda noticia. Podría decirse que mientras que algunas personas y naciones tenían interés en que los indígenas fueran bestias de carga, que les ayudasen a llevar a cabo sus tareas comerciales, la iglesia católica necesitaba almas para la cristiandad que les ayudase a sobrevivir a esta oleada de ataques políticos y religiosos, y eso pasaba por darle a los nativos americanos la dignidad de homo sapiens.

Pero fueran cuales fuesen los motivos de Fernando II el Católico al redactar las Leyes de Burgos o las de Pablo III con su bula, ambos actos reflejan que, el dudar a la hora de admitir a sus congéneres como seres humanos, ha sido una costumbre ligada a la evolución de las sociedades antropoides. Se ha tendido con excesiva frecuencia a definir a los vecinos como animales, salvajes, bárbaros, subhumanos o personas de segunda o tercera categoría. Al selecto clan de los humanos no se puede pasar con calcetines blancos.

La supervivencia del género humano durante el último millón de años ha dependido en parte, del reconocimiento de la importancia del grupo y su adecuada adaptación a él. Así que no sería extraño que este sentimiento de pertenencia haya quedado escrito en su material genético de algún modo. Prueba de esto sería que este sentimiento grupal ha sobrevivido a cien mil años de cultura a pesar de los vaivenes y transformaciones que ha sufrido el concepto de la cueva. Este sentimiento existe de forma consistente en todas las culturas del planeta. Familias, tribus, clanes, pueblos y vecinos, etnias, religiones y creencias, regiones y más tarde reinos, son formas de grupo que han servido para definirnos a nosotros mismos y para que otros nos

categorizasen. La caverna ha tomado diferentes formas y tamaños hacia los que hemos sentido distintos grados de adhesión. Algunos grupos son más tangibles y cercanos (como la familia o la etnia) y otros más simbólicos (como la región o los reinos). Y por lo que se observa hoy día, no parece haberse perdido una casi innata noción de la importancia de pertenecer a uno o varios de esos grupos. Y con los beneficios de este sentimiento de pertenencia (la colaboración o el altruismo), se diría que también han sobrevivido sus perjuicios (odios, miedos, fanatismos o desprecios).

Fue en estas condiciones, en la última etapa de la era del Cenozoico, que aparecieron los franceses.

Y a estos simpáticos primates transpirenaicos, en medio de una sandunguera revolución social, política y económica, se les ocurrió escribir un libro de forma colectiva al que llamaron Constitución. Lo hicieron un poco a imitación de otro grupo de primates que pertenecían a una región sin nombre y a los que por comodidad llamaremos estadounidenses. Estos segundos primates ya habían escrito un libro al que habían titulado del mismo modo y a algunos franceses, pareciéndoles esto una buena idea, escribieron el suyo propio[28]. Y en ese libro, no se sabe aún si por accidente o por irresponsabilidad, estos franceses levantiscos inventaron en este periodo, la cueva que iba a servir para definir la estupidez de forma mayoritaria en los siguientes 230 años: la nación estado.

Este artilugio cultural que era la nación estado fue en principio algo bueno ya que permitió por ejemplo la escritura de los chistes de “un alemán, un italiano y un irlandés entran en un bar...”. De igual manera dio sentido a la frase “los franceses no se lavan y no le daría comida inglesa ni a mi perro”. Pero el concepto de nación no solo trajo evidentes beneficios. Igual que un caballo de madera dejado en la playa frente a nuestras murallas, la idea de nación traía aqueos enfadados en su interior.

En esencia la nación estado vino a resolver varios problemas complejos, siendo quizá el más importante el siguiente:

Preámbulo

Sea un homo sapiens ordinario sin un adiestramiento particular para la defensa o la batalla, ajeno a inclinaciones belicistas y sin interés por ninguna de estas tareas. En tales condiciones dicho homo sapiens estará dispuesto a arriesgar su vida en un acto violento, por un número muy limitado de congéneres: tal vez familiares y con suerte algún amigo o vecino. Es decir, aquellos individuos muy próximos que justifiquen el riesgo de abandonar la existencia.

Problema

¿Cómo se convence a este homo sapiens corriente de que ponga en riesgo su vida en defensa de un individuo que no conoce ni de oídas? ¿O por los intereses espurios de un corso adevenedizo, megalómano y homicida, y que, para añadir más dificultad al problema, desprecia y valora en poco o nada la vida del antedicho homo sapiens?

---

28 En realidad escribieron cinco en muy poco tiempo, lo cual llama la atención teniendo en cuenta la inamovible y sacrosanta naturaleza con la cual hoy son considerados estos textos.

Solución

La invocación de esta nueva cueva que acabamos de sacarnos del culo y que hemos llamado nación. El convencimiento forzoso de los individuos de que ahora pertenecen a este clan de millones de primates a los que deben amar con la misma intensidad con la que se les obliga a odiar a los de la cueva de al lado.

La invención de la nación, amplió de forma abrupta y artificial la esfera de cariño y sacrificio de estos primates. Y se les cargó además con una deuda monstruosa con su propio gobierno, que sólo iban a poder pagar con sangre y miseria. La nación convirtió a los pueblos en cuarteles y a los gobernantes en generales. Se aprovecharon mecanismos biológicos ya existentes (el humano y natural sentido de comunidad, una ocasional inclinación al altruismo y los lazos emocionales que las personas establecen con sus congéneres) y se corrompieron y desvirtuaron para provecho de unos dementes. La nación fue en parte la manera de mecanizar, sistematizar y globalizar emociones y comportamientos que hasta entonces estaban reservados a un ámbito mucho más restringido. Algo muy oportuno si consideramos que todo esto ocurrió en los albores de la revolución industrial.

- Brigitte, están hablando mal de tu primo de Orleans.
- Pero monsieur, yo no tengo un primo en Orleans.
- Ahora si.

Este novedoso y revolucionario electrodoméstico que era la nación permitió, nada más aparecer, el rápido y limpio triturado de tres millones y medio de personas, contando militares, civiles y civiles disfrazados de militares, durante las guerras napoleónicas. Y no se puede negar que esto fue un principio prometedor.

Con el invento de la nación apareció la obligación de sentirse naturalmente parte de tal nación y por lo tanto estar sujeto a las obligaciones y caprichos que ahora nos imponía. Lo cual tiene un mérito tremendo teniendo en cuenta que la nación en ese momento, ni siquiera se había establecido como un objeto político o legal en sentido estricto. Solo existía como noción subjetiva, una ilusión, una sombra, una ficción; y el mayor bien es pequeño; que toda la vida es sueño, y los sueños, sueños son. Y con la torpeza de un recién nacido y a pesar de tener la ligereza etérea de un delirio, las consecuencias de la nación eran ya tangibles y dolorosas.

Por ejemplo, para alimentar la guerra total que Napoleón tenía prevista, se inventaron *les conscriptions*, una forma de recluta forzosa e indiscriminada que podía afectar a cualquier ciudadano. Y que con el tiempo acabó evolucionando en el servicio militar obligatorio. Esta original forma de tiranía que la nación permitió, fue recibida con airadas protestas. La conscripción de 1813, que duró dos años, reclutó a unos 120.000 franceses, sobre todo adolescentes, que acabaron siendo conocidos como “los Maria Luisas”. La mayoría de ellos murieron en las últimas e innecesarias campañas napoleónicas. Pero en pago por su sacrificio recibieron una estatua en el parque de un minúsculo pueblo cercano a Reims.

Así era la nación. Apenas existía, aún no había solidificado y ya estaba fabricando cadáveres y devorando futuros. La tinta con la que se escribió la constitución de esta nueva forma de gobierno aún no se había secado y nadie entendía todavía qué significaba, pero la defensa de su causa ya estaba abonando las praderas europeas con sangre. Los jóvenes galos que murieron por la nación soberana de Francia en los campos de Waterloo, podrían haber muerto igualmente en defensa del gerundio o del maniqueísmo. No es de extrañar que aún confundidos por todos estos cambios sociopolíticos abruptos, estos trasuntos de soldado, no cantaran la recién estrenada "*La Marseillaise"*, símbolo del nuevo estado francés, y por el contrario sí aullaran el nombre de su emperador en el campo de batalla. Evocando así lo que hasta ese momento había sido la norma: ir a la guerra ligado por la lealtad a un general, a un señor, a un rey o a un pagador y no a un fantasma[29].

En algo se parecía esta nueva cosa que era la nación al antiguo régimen de reyes y nobles: necesitaba de palabras mágicas para existir. Del mismo modo que reyes, faraones o emperadores habían ligado su legitimidad a dioses, destinos y sangres desoxigenadas, la nación necesitaba inventarse un pasado. Glorioso y ancestral, a ser posible. Un relato fantástico y seductor que ayudase a convencer a los habitantes de esta enorme cueva, de que su nacimiento no era parte de una errática lotería genético-geográfica sino un paso inevitable dentro de un esotérico plan cósmico[30]. Esta necesidad de elementos mágicos es llamativa si tenemos en cuenta que la invención de la nación estado ocurre al calor de la ilustración. La sinrazón de la razón. Y el relato tolkeniano que cada país inventó para sí mismo, decía que formar parte de la nación era un honor[31]. Un honor que debía ser correspondido. Los franceses (en este caso) eran mejores que el resto, y *un gran poder conlleva una gran responsabilidad*. ¿Es una casualidad que esta frase, originalmente encontrada en la Sicilia griega (siglo I a.C.), fuese recuperada por la *Convention nationale française* en 1793?

Y los homo sapiens se creyeron esta novela fantástica. ¿Y cómo no? A nadie le amarga un dulce. Mientras que la iglesia católica trataba de convencernos de que estábamos mal rematados, a pesar de estar hechos a imagen y semejanza de dios, esta nueva idea de nación nos decía que éramos más guapos, más listos y mejores jugando al fútbol que los de la cueva de al lado. Esto era maravilloso. Una forma gratuita de hacerse mejor persona sin tener que esforzarse, trabajar, estudiar, reflexionar, sacrificarse o sencillamente reconocer que uno quizá no fuese la farola más luminosa de la calle. Y que, como un monete venido a más que es, tiene días buenos y meses malos. Igual que una píldora formidable, la nación nos había hecho mejores de la noche a la mañana sin tener que pasar examen alguno. Y esto, claro, era

---

29 Siendo Don Rodrigo Díaz de Vivar una exótica excepción.

30 Dice Avishai Margalit: Una nación se ha definido como una sociedad que alimenta un embuste sobre los ancestros y comparte un odio común por los vecinos. Por lo tanto, la necesidad de mantener una nación se basa en memorias falsas y el odio a todo aquél que no las comparte.

31 En "El hombre que pudo reinar" de Rudyard Kipling, Dravot le explica a Carnehan "No crearé una nación -decía-. ¡Levantaré un imperio! Estos hombres no son negros de pacotilla, ¡son ingleses! Mira sus ojos..., mira sus bocas. Mira su constitución. Utilizan sillas en sus propias casas. Son como las Tribus Perdidas o algo así, y se han desarrollado para convertirse en ingleses."

posible en un cerebro no sólo capaz de la empatía y el altruismo, sino también de la vanidad más absurda.

Filipo, rey de Macedonia, se compró un caballo. Y rápidamente comprobó que había hecho una mala compra. Ese penco ingobernable (y seguramente republicano), no aceptaba órdenes del rey y éste no encontraba quién lo domara. Una pena. El caballo tenía ímpetu y fuerza, pero si no era capaz de acatar órdenes, resultaba inservible. El hijo de Filipo, un jovencísimo Alejandro se divertía viendo cómo los lugartenientes de su padre, caían al suelo y eran coceados por aquel cuadrúpedo indisciplinado. La leyenda dice que Alejandro observó que el comportamiento violento del caballo no se debía a que estuviera furioso sino, más bien, a que estaba asustado. Y el motivo de sus miedos era la visión de su propia sombra. En esa mañana soleada, el caballo estaba tratando de huir de esa proyección deformada de sí mismo que le seguía insistentemente a todas partes.

Alejandro, desafiando a su padre y a sus generales, saltó a la arena con intención de montar al caballo. Y para hacerlo de forma segura, sólo tuvo que enfrentar la cabeza del caballo hacia el sol. Cegado ahora por la luz, incapaz de ver su sombra y anulados sus miedos, el que a partir de ahora sería Bucéfalo, aceptó dócilmente las órdenes del joven príncipe.

La fosa sectaria en la que, gracias a la nación estado y sus estribaciones, se enterraron los humanos, les cegó, pero esta vez no por exceso de luz, sino por ausencia de ella. En la oscuridad absoluta de la cueva desaparecieron las feas proyecciones de ellos mismos que producía el exterior y adulados por la nación, como Bucéfalo, aceptaron dócilmente las riendas de sus príncipes.

Ya hemos discutido extensamente cómo la vanidad debe ser una cualidad consustancial al hecho de estar vivo. Y esta cueva enorme que los franceses acababan de excavar, entre otras cosas, servía para alimentar ese narcisismo. Saberse incontrovertiblemente mejores que los demás, permitió a estos primates extirpar de su cerebro una parte importante de su razón y su sentido ético. Lo que antes hubiera sido una estupidez colosal o un crimen abominable, estaba ahora justificado por la sencilla razón de haber nacido en las coordenadas de latitud y longitud correctas. Un día de 1791 eras un gilipollas y a la mañana siguiente ya eras francés.

Esta innovación al parecer le vino bien a todo el mundo y fue adoptada rápidamente por el resto del globo. Todos quisieron su propia y flamante nación, con pasado glorioso incluido, además de un inexcusable destino manifiesto. La nación permitía a los de arriba manejar mejor a los de abajo, y los de abajo se encontraban más guapos en el espejo. Se cosieron trapos de colores y se cantaron canciones pegadizas. Se inventaron los pasaportes, el servicio militar obligatorio, los expatriados, el gol de Iniesta y las fronteras rectilíneas. Por si hubiera pocos, se ingeniaron nuevos y excitantes odios ancestrales. Cada nación se vio de pronto rodeada de y amenazada por otras naciones llenas de gilipollas con costumbres absurdas, gastronomías despreciables e intenciones aviesas. El mundo se llenó de limes, y en todas ellas había bárbaros. Los rústicos conflictos por las lindes se extendieron a escala planetaria.

Y si bien en estas condiciones la estupidez no desapareció, el ser un perfecto imbécil dejó de ser una preocupación. “¿Cómo ser un gilipollas cuando se ha nacido en la tierra de Pasteur, de Galois o de Renoir?” El genio, el valor,

la bondad y otros atributos positivos (o negativos, en el caso de los vecinos) se tornaron en cualidades congénitas. Igual que el color del pelo o la propensión al cáncer de colon, se nacía con ellos o no. Y su dependencia político-geográfica era irrefutable. Un francés no podía ser un gilipollas y un alemán no podía no serlo. Y en casos extremos, si uno era tan gilipollas, que ni la nación estado podía atemperarlo, daba igual. Porque los prusianos lo eran más.

CAPÍTULO 8:
Cuesta abajo y sin frenos

Habiendo sido relativamente fácil inventar esta nueva gruta que era la nación, algunos homo sapiens se preguntaron si no sería posible fabricar más. Después de todo, estos monos y su biología, parecían demandarlo. Y como si faltase espacio en la cueva para albergar más gilipollas, durante las siguientes centurias aparecieron cavernas delirantes en forma de ideologías políticas. Eran éstas una serie de doctrinas más o menos acertadas o ligadas a la realidad, que se abrazaron con fervor religioso ya que, igual que la nación, hacían a sus feligreses más guapos, más listos y les llenaban de certidumbre. Estas ideologías planteaban soluciones sencillas a problemas complejos y como la purga de Benito, garantizaban resultados milagrosos. Gracias a ellas, el pecho de los desheredados se hinchó con esperanzas de cambio. Esperanzas que fueron rápidamente sustituidas por ácido sulfhídrico y otros gases propios de la putrefacción, consecuencia de una muerte trágica, prematura y como en el caso de los turistas que llueven de balcones, estéril y a veces humillante. Lo que venía para ser una solución terminó siendo, por lo general, sólo un cambio de amo. Los homo sapiens no aprendieron nada de todo esto y los desheredados, laboriosamente ocupados en el difícil arte de la supervivencia, siguieron sin tener qué heredar.

A día de hoy no está claro si las ideologías sirvieron para algo que no fuera que una buena cantidad de imbéciles pensaran que ya no lo eran, y por el camino cometieran una indecente cantidad de tropelías. Pero en cualquier caso, duraron poco: apenas un siglo y cientos de millones de muertos. Teniendo en cuenta que las ideas son en general un coñazo, se decidió rápidamente sustituir tales ideologías por estructuras menos exigentes con el sistema nervioso, preferiblemente amorales, profundamente corruptas, consumidas por la ambición y por lo general estúpidas, que los humanos terminaron llamando partidos políticos.

La historia de los partidos políticos es larga y enrevesada. Ejemplos de partidos son los optimates y los populares romanos, los welfos y los gibelinos, los jacobinos y los girondinos, los whigs y los tories, los bolcheviques y los mencheviques, los demócratas y republicanos. Como se verá aparecen siempre por parejas irreconciliables, reflejando con precisión que la realidad social es un asunto sencillo y la solución a todo problema consiste sólo en una posición (y su contraria). Los partidos políticos son grupos de personas que a través de la discusión intelectual, tratan de convencer a los ciudadanos con argumentos racionales de que ellos son los individuos adecuados para acceder a la gestión de la *res pública*. Y así las cosas, al final gana el que más grita.

Es frecuente que los partidos políticos y sus seguidores tengan dos nombres: el que sus miembros se dan a sí mismos, que suele significar “las

personas” y el que les da el partido contrario, que por lo general se puede traducir como “los enemigos”[32]. Sirva esto de nuevo para reflejar la tremenda complejidad intelectual de estas estructuras y el colosal avance que se ha experimentado con respecto a las sociedades neolíticas.

Apoyar un partido político es infinitamente más fácil que adscribirse a una ideología. En general es más sencillo memorizar un nombre corto o un acrónimo, que analizar un ideario o un programa. Pero recordar un nombre o unas siglas hace necesario el saber leer. Así que reconociendo la general limitación de los homo sapiens y el coste energético del uso del cerebro, en algún momento los partidos vieron necesario identificarse pintándose de colores.

De co-lo-res.

De colores primarios, por supuesto. No de rosa palo, amarillo disentería o melón maduro.

Los partidos se desligaron de todo aquello que se asemejase a una idea casi desde su aparición. Por cierto, muy a *la manière* de las religiones, en las que ideas y estructuras de poder están claramente separadas y a veces completamente desconectadas. Que tu mano derecha no sepa lo que hace tu mano izquierda. No hay que mezclar churras con merinas. Hay que aprender a cabalgar contradicciones. Las ideas nos limitan, las normas y promesas nos coartan y la ética es un obstáculo que sólo sirve para entorpecer el logro de los objetivos de un triste e inepto César de pacotilla.

Y debido a esta singular desconexión entre ideas y partidos, éstos podían cambiar de ideario sin que a sus seguidores les produjese el más mínimo extrañamiento. Es más, en un acto de minimalismo sublime, el partido puede desprenderse de todo rastro de doctrina. El buen funcionamiento de un partido sólo requiere entender que lo que hacen o dicen los nuestros es bueno, y lo que cometen y perpetran los contrarios es malo. Bueno y malo. dos palabras bisílabas, fáciles de recordar. Bueno y malo, por supuesto en un sentido platónico, pueril y absoluto. Al tiempo que los partidos descubrían que podían dirigirse a su electorado con fonemas rotundos, cual adiestrador de perros, los feligreses aprendieron a no orinarse en la alfombra y descubrieron que preferían tener gobernantes notoriamente estúpidos y ordinarios con los que era más fácil identificarse.

Tal era la simplicidad intelectual, moral y ejecutiva de los partidos políticos, que rápidamente se convirtieron en estructuras tautológicas. Mientras que el oficio de un panadero es hacer pan, o el de un médico tratar enfermos, el objetivo del político consiste en toda aquella triquiñuela, crimen o amoralidad que se deba consumar para seguir siendo político. El trabajo de un político es ser político.

Pensemos por ejemplo en el gorrión. La vida de esta minúscula avecilla consiste en toda aquella secuencia de comportamientos que aseguren su existencia como gorrión, al menos el tiempo suficiente como para pasar sus genes a la siguiente generación. Podríamos decir así que el gorrión es una entidad tautológica y sin embargo no lo es.

En 1958 Mao Zedong desarrolló el *Gran Salto Adelante*, un proyecto político que tenía por objeto modernizar China. Una parte importante de este

32 El concepto, no la banda de rock.

proyecto, *La Campaña de las Cuatro Plagas* pretendía mejorar la eficiencia agrícola del país, exterminando a ciertas especies que se creían nocivas para las cosechas. Una de estas especies eran los gorriones, que devoraban las semillas plantadas antes de que germinasen.

El pueblo chino, siempre diligente, comenzó a matar gorriones con las herramientas de que disponía: cacerolas y sartenes. Se introducían en los bosques golpeando el menaje del hogar con palos, provocando enormes estruendos que enloquecían a los gorriones. Éstos, como una madre primeriza, incapaz de dormir y vencidos por la demencia, colapsaban y exánimes caían de los árboles. Millones de aves murieron ese año. ¿El resultado? Los insectos, ahora sin tener quién se los comiera, devoraron las cosechas provocando lo que se conoce como *La Gran Hambruna*, a causa de la cual murieron al menos 15 millones de personas. Para resolver esta catástrofe ecológica y humanitaria, China hubo de importar gorriones de la URSS. A día de hoy, la población de gorriones china aún no se ha recuperado.

El gorrión, igual que la mayoría de los seres vivos del planeta, forma parte de una cadena trófica en la que actúa en algunas ocasiones como víctima y en otras como verdugo. Al tiempo que se alimenta de semillas, grillos y saltamontes, él mismo es sustento de rapaces, reptiles y bacterias. Sus heces son el vehículo de simientes y con su cadáver se darán un festín hormigas y escarabajos. El gorrión es por tanto un engranaje que, en caso de ser extirpado del reloj en el que habita, causará una avería gravísima. Especies enteras de hongos, plantas y animales, sufrirían la desaparición de este pájaro y le recordarán con nostalgia.

Podríamos decir entonces que si bien, individualmente, y dadas las limitaciones intelectivas del gorrión, éste podría constituir una entidad tautológica, en el gran esquema de las cosas, no lo es en absoluto.

El político, al contrario que el gorrión, no parece prestar ni siquiera ese indirecto beneficio que todo ser vivo está produciendo con su mera existencia. Su vida carece de ningún otro sentido que no sea el de ser político, con los beneficios o perjuicios que eso le aporte. Si todos ellos desapareciesen de un día para el siguiente, ninguna crisis ecológica tendría lugar[33]. Las utilidades del político, en caso de haberlas, deben ser compradas. Como parásito que es, sus gratitudes, favores y servicios son dados sólo si constituyen un escalón en su ascenso a dónde quiera que sea que estén ascendiendo[34]. Y todo esto, sin producir beneficio alguno a su huésped. En la fábula de Sísifo, en la que éste empuja una pesada roca colina arriba, el político empatiza con la roca.

Entre las tareas del político están la de polarizar, encabronar y menospreciar al electorado, encargar la escritura de discursos que ayuden a ocultar su falta de proyectos y de paso su analfabetismo. También la de inventar problemas ficticios mientras se eluden con grácil pericia los reales. Pero principalmente, sobrevivir al insalubre entorno laboral y social del que forman parte y que ellos mismos, sin que nadie se lo pidiera, han creado.

---

33 En el año 2000, EEUU sobrevivió sin aparentes secuelas a una ausencia de gobierno de 35 días durante los que se contabilizaron los votos en Florida tras las elecciones Bush-Gore. Holanda por su parte tardó 208 días en formar gobierno en 1977. El récord de España es de 314 días en 2016 y el de Bélgica de 541 entre 2010 y 2011.

34 “La ambición suele llevar a la personas a ejecutar los menesteres más viles. Por eso, para trepar, se adopta la misma postura que para arrastrarse”, frase atribuida a Jonathan Swift.

Otra tarea del político que conviene mencionar consiste en lo que técnicamente se conoce como batimetría o sondeo de profundidad. Los marineros de un barco que navega por aguas poco profundas, deben lanzar pesos atados a cuerdas para evaluar el volumen de agua que les separa del fondo y así evitar que la nave encalle en un banco de arena. De igual manera, el político mide con sus actos hasta qué profundo abismo puede llegar su ruindad, antes de que el electorado considere que se ha ido demasiado lejos.

En lo que a gestión se refiere, el político se enfrenta a un problema espacio-temporal de gran complejidad algebraica: evitar las consecuencias de sus errores y desmanes, porque socialmente le queden lejos o bien porque el paso del tiempo haga que se conviertan en el problema de otro.

Por tanto, las destrezas fundamentales con que el político debe contar para desarrollar su ocupación profesional son las necesarias para perdurar en el ámbito hostil de carácter postapocalíptico que es el partido: la vileza, la falta de escrúpulos, unos codos afilados, la ausencia de conciencia, o bien la lealtad bobina. O la psicopatía que exige el comunicarse sólo empleando mentiras. Como vemos aquí, la teoría de la mente nos ha dado el teatro, pero también la política, valga la redundancia. El mismo sistema nervioso capaz de producir *Otelo*, puede dar lugar a un concejal.

En estados en los que la gestión cotidiana es responsabilidad de los funcionarios, los políticos no tienen que preocuparse siquiera por la administración de la *res publica* y pueden dedicar todo su tiempo a urdir planes que ayuden a atornillar su trasero al trono. O, sólo si les ataca la molicie, poner palos en las ruedas del tranquilo funcionamiento de la nación.

Es por esto y otras razones que, tanto las tareas de administración del estado, como el mantenimiento del político, deben ejecutarse haciendo uso de la generosidad del grupo. El político es un ser dependiente, siempre al borde de la exclusión social, ajeno a la realidad material e incapaz de entender las normas elementales de convivencia, que como los niños o los ancianos del clan, no cuenta con herramientas para alimentarse por sí mismo. Así, su subsistencia queda supeditada al auxilio que el resto de la cueva les proporciona. También es cierto que en ocasiones, si el político está fuera del periodo de hibernación o agostamiento, mete la mano en la caja común para completar su dieta.

En este punto y con intención de no resultar maniqueístas, se ha de reconocer que estructuras como la nación, la ideología y los partidos políticos, accidentalmente hayan podido aportar algún tipo de beneficio a las sociedades antropoides, como por ejemplo la correcta gestión de lo público, la digna protección de los habitantes de la cueva y si es posible la mejora de sus condiciones vitales. Igualmente sería justo aceptar que algún individuo alfabetizado y sin antecedentes penales, haya participado de alguna de estas estructuras y que lo haya hecho con la ambición de servir noblemente a sus congéneres. Si tal cosa ha ocurrido, no quedan registros documentales que lo prueben. Pero como bien sabemos, ausencia de pruebas no implica prueba de ausencia. Sí podemos estar de acuerdo en que, si tal individuo ha existido, debe haber formado parte de un episodio efímero. El ecosistema amoral, competitivo y criminal que representa el partido, acabará o bien expulsando a tal individuo, o convirtiéndolo a su culto. El ascenso en la carrera política es una cena en una novela de Agatha Christie en la que solo sobrevive el asesino.

Un aforismo que se enuncia habitualmente cuando se trata este asunto indica que los políticos son tan malos como malo es el pueblo al que gobiernan. Que los políticos son un fiel reflejo de la sociedad. El cómico George Carlin decía “Si tienes ciudadanos ignorantes y egoístas, tendrás líderes ignorantes y egoistas. Así que tal vez no sean los políticos los que apestan. Tal vez sea el pueblo.” Y podemos estar de acuerdo con esta idea... en parte. Porque los políticos no son un fiel reflejo del pueblo. Los políticos son el reflejo del sector más dañino y amoral del pueblo. Una destilación ponzoñosa de lo peor de cada casa. Y la explicación es sencilla. El proceso de selección interna de los partidos.

¿Qué es lo que hace falta para medrar dentro de un partido político? ¿Qué cualidades exigen estas estructuras a sus miembros? ¿Se premia la honestidad? ¿La profesionalidad? ¿La sabiduría? ¿O es sólo una carrera en un cenagal, en el que sólo avanzan individuos dispuestos a impulsarse hacia adelante, agarrándose a otros a los que empujan hacia atrás? Y todo esto mientras los sacrificados, atrapados en el lodo, prometen a voces una fidelidad lanar a los vencedores que acaban de condenarlos.

La selección interna de un partido político es un proceso sórdido de evolución darwinista en el que la presión ambiental recompensa la supervivencia de los más viles y los más estúpidos. ¿Porqué habría de sorprender entonces que en efecto lleguen a la cúspide idiotas y bellacos?

Al margen de otros detalles, el hecho es que la vertiente cavernosa y sectaria de estos sistemas que son los partidos políticos, más todo lo que arrastran (sus trasuntos de ideas de carpeta de instituto o su estela de fanáticos), sólo sirven como forma de circunvalar problemas complejos y relevantes como las cuestiones éticas, la convivencia o la racionalidad. No resolver. Circunvalar.

La ética, un asunto difícil, tal vez un imposible, se torna trivial cuando se está adscrito fielmente a un partido político. Como ya se ha dicho antes, nosotros, buenos, no-nosotros, malo, *yo Tarzán, tu Jane... ancágüa Chita, ancágüa!!* Esta clase de ética de autor, que es en realidad una ausencia de la misma, elimina muchos exámenes de conciencia y hace que se alabe en los nuestros lo que no se toleraría en los otros. Y como todos tenemos “unos nuestros”, incluidos “los otros”, los partidos se llenan de delincuentes, sólo porque su crimen es menor cuando lo comenten “los nuestros”. De este modo el problema de la ética no se resuelve sino que se lo hace desaparecer.

Aceptar estas reglas del juego requiere una colosal imbecilidad y un desprecio por las normas éticas, desafíos para los que por fortuna los seres humanos están bien dotados. Esta suerte de cueverismo sólo puede anidar en una especie profundamente gilipollas, y sólo sirve para que personas sin más pretensión que la de tener una existencia apacible y un futuro prometedor, terminen alimentando las ambiciones de egomaniacos, corruptos y egomaniacos corruptos.

El caso de la convivencia es más interesante. La aparición de la nación estado nos hizo odiar a un prusiano al que no conoceriamos en nuestra vida. Calzarte el chacó y hacer un viaje de varios días hasta la Pomerania para llamar a la puerta de un herrero de Wolin y llamarle gilipollas en su casa, no era un esfuerzo que muchos estuviesen dispuestos a hacer. Tenía que existir un modo más fácil de satisfacer nuestros egos, una manera de poner cara y ojos a

los gilipollas, un mecanismo para instalarlos más cerca de nuestro vecindario. Y esa cuestión fue resuelta mediante la creación de los partidos políticos. Gracias a ellos ahora tu vecino, tu carnicero, tu dentista o tu mismo padre podían ser unos perfectos gilipollas y recipientes de tus odios e inseguridades. Esto evitaba largas caminatas que en muchos casos dejaban tiempo a tóxicos periodos de reflexión.

Figura 11: Arcaicas y agotadoras visitas transfronterizas que quedaron obsoletas gracias a la aparición de los partidos políticos.

La convivencia exige tolerancia, respeto, paciencia y cierto grado de racionalidad. El roce no hace el cariño: el roce hace rozaduras. La convivencia es un asco, vamos. “El infierno son los otros” decía un estrábico filósofo. Y tenía razón, al menos en esto. La convivencia es complicada y demanda de todos, individualmente, un gran esfuerzo. Otra valla en la insoportable carrera de obstáculos que significa la existencia. Pero, un momento... ¿Y si todo acto fuera un acto político? ¿Y si todo fuera insoportablemente importante? ¿Y si se pudiera contaminar de sectarismo, vulgaridad, estupidez y corrupción moral cada acto vital? ¿Y si cada pequeña diferencia de opinión, cada matiz, cada desacuerdo, pudiera significar un *casus belli* y un motivo para odiar a nuestro vecino? ¿No se podría resumir a “los otros” en una caricatura grotesca?[35] ¿Y si, en suma, fuera posible, haciendo uso de este mecanismo, sustraer a nuestros congéneres la dignidad de seres humanos, convirtiéndolos en peleles cuyo sentir no mereciera ser tenido en cuenta? No haría falta entonces discutir o razonar o tratar de entender el punto de vista del otro. O llegar a acuerdos.

35 Desde luego eso es lo que se está haciendo en este ensayo. ¿Prueba eso mi teoría o la desarticula?

Todas esas tolerancias, respetos, paciencias y racionalidades no serían ya necesarias y la convivencia se volvería mucho más sencilla. En lugar de pulir y engrasar los engranajes, los podríamos extraer del mecanismo. Es verdad que el mecanismo ahora no funciona, pero desde luego ya no roza.

En suma, la adhesión al partido suprimió la molesta empatía de la que los primates tanto presumían. Una incómoda empatía para la que decían estar genéticamente dotados. "!Sé más comprensivo, hijo de puta!", gritaban. Tres millones de años de evolución a hacer puñetas, tal era el poder del partido. O tal vez fuera justo lo contrario. Tal vez fue una exagerada capacidad para la empatía, junto con una menor disposición para el raciocinio, la que permitió a estos primates alquilar ideas de otros con furiosa seguridad, por muy imaginarias, nocivas o estúpidas que éstas fueran. ¿Quién sabe?

Por último diremos algo acerca de la razón. Entiendo que pueda ser extraño hablar de racionalidad e ideología política porque como todos sabemos, nada tienen que ver una cosa y la otra. Sería equivalente a escribir un ensayo sobre el acento diacrítico y las partes de la pelvis. Porque en efecto, poco o nada tiene que ver una cosa y la otra. Como en el caso de la medusa, animal que carece de cerebro, la inteligencia o la lógica, no intervienen en modo alguno en cualquiera de las etapas del ciclo vital del partido político.

La participación o adhesión a un partido político ayuda a borrar todo rastro de discernimiento en sus operadores y afiliados. Afecta de forma destacada a la memoria. Interrumpe los ciclos lógicos hasta el punto de incapacitarnos para hacer una regla de tres y congestiona el área del cerebro encargada de tratar con los matices. Nuestro político de cabecera puede muy bien hacerse responsable de la lluvia o los arcoiris[36], mientras acusa al opositor de causar eclipses y terremotos, sin que en el raciocinio de los primates se dispare señal de alerta alguna.

Es obvio que los mecanismos políticos trabajan mejor en un desierto de cretinismo, pero decir eso sería quedarse muy corto. Del mismo modo que un estafador busca víctimas nobles y cándidas, el político prefiere un electorado ignorante y cerril. En ambos casos se facilita la labor del criminal. Pero de forma extraña, el electorado también parece preferir a gestores imbéciles. Como en la carrera armamentística que es la evolución de las especies, en la que depredador y presa mejoran progresivamente sus capacidades, unos de ataque y los otros de defensa, la actividad política propone una contienda por ver quién es más tonto: el votante o el votado. Cuanto más idiota es el político, más idiota se hace el ciudadano. Y cuanto más cretino el ciudadano, más tonto se hace el gobernante. Se produce así un ciclo de estulticia en el que ambos contendientes avanzan, como el diplodocus, hacia un exquisito y especializado estado, en este caso, de estupidez.

\\

Veamos un ejemplo en el que lógica y razón han sido arrojadas por la borda del barco sin timón que es la política. Pensemos en el progreso. No es fácil entender qué provoca los cambios en las sociedades. Las dinámicas de grandes grupos de personas son extremadamente complicadas y numerosos factores, no siempre obvios, las afectan. Ejércitos de académicos intentan dar explicación a estos fenómenos con tanto esfuerzo como poco éxito. Igual que en el caso de los médicos y los pacientes que sobreviven a sus tratamientos, es difícil saber si el progreso acontece, gracias a los políticos, sin ellos o a pesar

36 Ver Corea del Norte.

de ellos. Por lo general es habitual que las leyes se escriban y establezcan cuando la demanda popular y el sentir general las hace ineludibles. De nuevo, parece este un problema complejo, sembrado de variables caóticas y matices traicioneros.

Sin embargo, esto no impide que, ajeno a esta sutileza (como lo es a cualquier otra), el político no dude a la hora de hacerse responsable de cada pequeño avance social que ocurra y no tendrá vergüenza al erigirse como un quasidivino visionario y no como un servidor público que sólo habría hecho lo que ya resultaba inevitable. Y respondiendo a este acto disparatado de estupidez y vanidad, ¿cómo responde el pueblo? ¿Le recuerda su naturaleza de simple gestor? ¿Relativiza su imaginaria victoria y atempera sus méritos? ¿Le grita *Hominem te esse memento!* desde las ventanas[37]? No. Participan de esta ficción y la hacen cierta alabándole como a un semidiós sanchopancesco en su ínsula de Barataria.

Este apuñalamiento al sentido común, permitió, entre otras cosas, que los políticos se identificaran con el estado. Seres cuya figura debía ser la de modestos servidores y cuya actividad debía asociarse con conceptos como el sacrificio, la honradez o la moderación, individuos que debían anteponer el bien general al particular, que debían servir de ejemplo de virtud al resto, se hicieron eternos y gloriosos. Seres, por lo general mediocres y chabacanos, se caligulizaron y representaban ahora en sus caras y cuerpos, las ideas de justicia, de progreso, de orden o de bienestar. Se convirtieron en estatuas de mármol. Y de pronto tuvo sentido que los primates se peleasen entre ellos en defensa no de ideales, sino del cretino que decía representarlos. Se volvió a corear el nombre del emperador en los campamentos militares la noche antes de la batalla. El nombre de un imbécil con inclinaciones psicopáticas, sirviente autoerigido en señor, al que el resto de primates no podía importarle menos. Y todo esto, de nuevo, sin que nadie se percatase de esta embrutecida agresión a la razón.

Se atribuye a Luis XIV, representante de la idea de monarquía absoluta, el haber dicho dos frases que definían su opinión sobre la gobernación: “El estado soy yo” y “Tras de mí, el diluvio”. Si realmente Luisito dijo esto, no está claro. Al parecer no queda registro escrito alguno de ello. Y se cree que, fuera este su pensamiento o no, las frases así dichas, pudieran ser parte de un ejercicio de descrédito por parte de sus opositores. O un resumen de carácter propagandístico del que se creía, era su pensamiento político. Una especie de insulto para exagerar el mal que suponía la monarquía francesa en aquel momento.

Casi 400 años más tarde, estas frases, que asustan leídas en un texto de historia, son eructadas con irresponsable alegría y desfachatez desvergonzada por políticos actuales, en entrevistas en medios de comunicación.

Esta actividad, falta de todo rastro de inteligencia, ejecutada por personas estúpidas, vulgares y prepotentes, que por algún extraño motivo se siguió

---

37 Los generales romanos, tras una importante victoria militar, eran agasajados en la capital con un Triunfo: un pasacalles en el que soldados y ciudadanos festejaban su éxito. Y entre saludos, alabanzas y chistes procaces, era habitual recordar al general que no se envaneciese gritándole *recuerda que sólo eres un hombre!*

Sorprendentemente, este recordatorio durante el Triunfo, por sí solo, no evitó que muchos generales romanos se envaneciesen, con catastróficas consecuencias.

denominando “política”, se extendió como una colonia de bacterias bien alimentada hasta ocupar una indecente cantidad de espacio en la vida de los primates que habitan la Tierra. Estos parásitos en que se habían convertido los políticos, demandaban atención como un bebé indefenso y convencían a sus empleadores de que su existencia, futuro y bienestar, dependía de ellos y sus peleas de patio de colegio. Pusieron ante los ojos del mundo un teatro con un escenario vacío en el que ser rey consistía en llevar una corona de cartón, pensar era adoptar la postura de la escultura de Auguste Rodin y decir algo profundo e inteligente, consistía en hablar despacio con gesto cariacontecido.

Mientras tanto, el resto de primates, con su propia y también sobrada dotación de estupidez, decidió que era buena idea dejar la gestión de los asuntos relevantes y esenciales a esta banda de cretinos. Tarea para la que no estaban ni remotamente preparados. Los políticos en respuesta fingían trabajar, a la manera de un niño que pintarrajea papeles, tratando de imitar a sus padres. Y participando de esta pantomima, el electorado fingía creer que en efecto alguien se estaba haciendo cargo de tales asuntos. Les surtían de atención y hacían suyas las pueriles peleas en las que no se combatía por nada. Algo de razón tenía el bueno de George Carlin, después de todo.

Y en contra de lo que pueda parecer, nada de lo que se ha descrito aquí, era particularmente alarmante. Estas agresiones a la ética, la convivencia o la razón no eran preocupantes, si se me permite opinar, ya que ninguna de estas dolencias impedía llevar una vida larga, bovina y repleta de certidumbres. Descender en la escala evolutiva y apagar de forma sistemática el cerebro dejaba un tiempo precioso que se podía aprovechar para golpearse el pecho y arrojar heces a nuestros vecinos, parte todo ello de una *drôle de guerre* en la que la estupidez era el único bando victorioso.

El partido político, en fin, llevó a cabo una reforma estructural en la cueva; si bien el estado-nación tiró tabiques y aumentó su tamaño, por su parte los partidos políticos redujeron sus dimensiones y la decoraron con el gusto exquisito de un crucero vacacional. Y mientras que la nación obligaba a sus moradores a odiar a un desconocido panadero alsaciano, el partido político les invitó a amar al lobo.

CAPÍTULO 9:
Ultra alto vacío

Y fue en estas condiciones que las cosas dejaron de tener sentido. Al parecer, bajo la primera planta que era la estupidez, había un sótano vacío, de fácil acceso, rebosante de nada. En este aparcamiento subterráneo, un día se decía una cosa y al siguiente se decía otra. Y ambas cosas significaban lo mismo. Nada. Y estos mensajes vacíos, estas cáscaras de ideas, irritaban a los primates, que en su torpeza, las tomaban en serio. Se irritaban porque se decía una cosa, o porque se decía la contraria. O se irritaban por lo que creían que se había dicho. O por lo que creían que se había querido decir. O por lo que se había dejado de decir. Pero el caso es que se irritaban, incapaces de entender que nada de lo que se decía tenía valor alguno. Que esos mensajes eran sólo aire en movimiento. Ruido. Cacofonías. Que en realidad nadie estaba diciendo nada.

Por su parte, los homo sapiens que emitían estos flujos ininterrumpidos de disonancias, que se asemejaban levemente a un lenguaje articulado, y que producía tantos berrinches en el resto, no estaban tratando de decir nada. Como un niño que aprende a tocar la trompeta, sólo estaban soplando con fuerza, tratando de extraer sonidos de sus aparatos fonadores, sin preocuparse lo más mínimo de si tenían significado o no. Estos mensajes carecían de fondo y apenas tenían forma. Los oradores tomaban la postura de lo que creían era un predicador y movían la boca. Algo era importante si se decía gritando, era inteligente si se decía lentamente y en voz baja, y era cierto si antes de la locución se añadía un “le aseguro que”.

Y tras esta parodia de discurso, el orador no recordaría lo que se había dicho porque después de todo, no se había dicho nada. Nadie estaba comprometido con sus palabras ni le preocupaba que tuvieran efecto alguno. No estaban ligadas a un ideario o a una forma de mirar el mundo. No estaban explicando un proyecto o describiendo algo remotamente cercano a la realidad. Ni siquiera tenían la noble cualidad de ser mentiras. No era posible hacer responsable a nadie de lo que se había dicho porque no se estaba diciendo nada. Hoy se había dicho una cosa y mañana se diría otra. Y ambas serían nada.

Se llegó así a un punto en el que los primates, no sólo dejaron de entenderse unos a otros: dejaron de entender lo que ellos mismos decían. La realidad material perdió toda relevancia y la lógica se hizo innecesaria. La lógica elemental que opera en cualquier proceso natural, la lógica que permite aprender y avanzar, la lógica ligera necesaria en ámbitos como la educación, la justicia o en las tortuosas dinámicas de convivencia, fue definitivamente eliminada. El lenguaje, esa herramienta que eones atrás les había salvado de la extinción, perdió la poca utilidad que le quedaba. No quedó ni rastro. Nada.

Gracias a esta purga que se hizo a la existencia, a un mundo dolorosamente real, retornó la fantasía. Las palabras, ahora sólo ruidos, adquirieron un carácter mágico. Habiendo anulado la conexión entre significante y significado, y dado que los hechos no eran dignos de ser tenidos en cuenta, eran ahora más importantes los fonemas que aquello que describían. El conjuro “no soy un ladrón” convertía a un criminal en un ser de prístina honradez. Y el hechizo “soy un erudito” bastaba para convertir a un ignorante en un sabio. La afirmación “no estoy aquí” pudo ser por fin dicha sin asomo de lirismo o ironía. Algo absolutamente razonable cuando nada significa nada.

Las cuevas siguieron multiplicándose. Grutas fractales aparecían a cada rato dentro de otras grutas más grandes: nacionalismos, racismos, separatismos, supremacismos, religiones, equipos de futbol, trapitos de colores, carnets de pureza, iconitos digitales, pulseritas, pegatinas y otras sectas miserables disfrazadas de nobleza e intelectualidad. Y en cada nueva cavernita se introducían los primates con ansiosa diligencia. Y cada pequeña cueva era una oportunidad de ser menos gilipollas, más guapos, más virtuosos. Y en todas ellas había instalado un púlpito de papel maché desde el que afear la conducta de los forasteros.

Es cierto que en cada nuevo huequecito cabía cada vez menos gente y difícilmente podía alojar el ego creciente de sus pocos habitantes. El número de inmaculados se reducía exponencialmente al tiempo que aumentaban los villanos, acechando cada uno en su ridículo agujero. La verdad no dependía ya de los hechos sino de en qué cueva estuviese uno enterrado. La moralidad del comportamiento de los primates quedaba definida por el hoyo en el que habitaba y no por la calidad de sus actos.

Sémele, la hija del rey Cadmo, fue una de las múltiples amantes del indómito Zeus. En sus encuentros, como era habitual y necesario, Zeus se presentaba ante ella disfrazado de personas, animales o fenómenos meteorológicos. Un buen día, enamorado hasta las cachas como estaba y a la manera de un genio árabe, el dios tonante le concedió a Sémele un deseo. Ella, engañada por la (a su vez engañada) esposa de Zeus, le pidió que se dejase de disfraces y se presentase ante ella mostrando su verdadera forma. Sémele, devorada por la curiosidad, como la mujer de Lot, quería ver con sus propios ojos, la naturaleza divina de su amante. Deleitarse con lo que ella creía, sería la infinita hermosura del caudillo de los dioses. Y Zeus, obligado por su propia promesa, una actitud típica de épocas troglodíticas en las que las palabras podían tener algún valor, y apenado por lo que inevitablemente ocurriría, le concedió el deseo. El luctuoso resultado fue que el cerebro humano de Sémele no pudo digerir la inabarcable belleza del dios olímpico, y espantada, murió calcinada por la visión. La divina perfección de Zeus cocinó a Sémele. Al punto.

Esta misma inabarcable belleza parecía tener la realidad material que nuestro simpático grupo de primates, estaba poco a poco empezando a desentrañar. La naturaleza resultó ser compleja, inconmensurable, hermosa y terrorífica. Y siendo fascinante y llena de matices, la realidad no era un lugar ni hospitalario, ni fácil de comprender. Producía cierto terror. Existir en esa realidad confusa exigía a los monetes un esfuerzo que ninguno tenía tiempo de hacer. La congénita vanidad que reside en todos los seres vivos se interpuso en su camino. Decidieron colectivamente que el trabajo de entender y aceptar la realidad no merecía la pena. Y en lugar de eso, prefirieron vivir escondidos en

esta cenagosa red de cuevas. Esto al menos no les ponía un espejo delante que reflejase sus limitaciones y sus miedos. Un espejo que les sugiriese que no es grave no entender algunas cosas. Que se puede vivir con inseguridades e ignorancias. Que no es necesario tener una opinión bien formada sobre cada puto asunto que se plantee. En este oscuro y vulgar laberinto de madrigueras no había espejos, pero tampoco dudas, incertidumbres o preguntas que hacerse. Toda explicación quedaba automáticamente contenida en el agujero en el que uno estuviera agazapado. Y no había preguntas porque la cueva tenía todas las respuestas. Es verdad que la respuesta casi siempre era "hijoputa tu!". Pero eran respuestas al fin y al cabo. Como Esaú, canjearon sin pensar el terrorífico esplendor de la realidad, por una leguminosa vida pueril y belicosa dentro de un hoyo diminuto.

Uno podría pensar que esta carencia de significación de las cosas, produciría una epidemia de nihilismo entre la comunidad de homo sapiens. Nada más lejos. De alguna forma a todos les vino bien esta pérdida de sentido y no pareció afectar en absoluto a su relación con la realidad (en caso de haberla). La realidad deja de ser una molestia si se vive en la ficción de que no es importante. Un ejército de humanos llenos de inseguridades y complejos decidieron que la forma de combatirlos era disfrazarse de energúmenos patológicamente seguros de sí mismos. Un conocido aforismo dice *Discutir con un idiota es como jugar al ajedrez con una paloma. Sin importar lo bien que juegues, la paloma se cagará en el tablero mientras tropieza con las piezas y como colofón, se jactará de ello, igual que si estuviera ganando.* Los humanos se convirtieron en la paloma y se acostumbraron a este nuevo ecosistema oscuro, grosero y trivial, del mismo modo que en el pasado ya se habían hecho a un mundo post-meteorito, a los bosques ecuatoriales o a la inhóspita sabana.

Ya muy cerca del final se le subió el volumen al planeta. Las palabras, por muy vacías de contenido que estén, siguen haciendo ruido. Nuevos desarrollos tecnológicos permitieron hablar a todos y hacerlo a la vez. Y eso hizo pensar a los primates, que todos tenían algo interesante que decir[38]. Una estrepitosa homilía a millones de voces aturdió a la especie. En un inesperado salto evolutivo, el dedo índice ganó en importancia al pulgar oponible y una legión de falanges acusadoras apuntaron en todas direcciones. Cada individuo era un censor, un árbitro de la elegancia, un ángel inmaculado y severo que ordenaba la vida del resto y señalaba el camino a la iluminación, mientras su cuerpecito se corrompía sepultado en su madriguera.

La conversación pública se dividió en dos: la que se tenía con los "nuestros" y la que se tenía con los "otros". La primera se parecía al chiste en el que unos amigos, se habían contado tantas veces los mismos chascarrillos, que bastaba con que los enumerasen para romper a reír[39]. Cuando en la cueva todos piensan igual, los debates o los intercambios de opinión se pueden sintetizar en la enunciación de un número. En esta conversación solo se debía prestar algo de atención por si alguno de "los nuestros" cometía una herejía que justificase su expulsión de la cueva. Por ejemplo si alguien no decía las palabras mágicas correctas o no las decía en el orden adecuado.

38 Sirva este texto como buen ejemplo de esto que decimos.

39 Uno dice "El siete", todos ríen. Otro dice, "El catorce!'", jajajaja. Continuan hasta que uno dice, "El dos". Se hace un silencio incómodo. Por fin uno explica: "es que lo has contado fatal."

Igualmente, la conversación que se tenía con los “otros” se simplificó y vació de contenido. Se convirtió en un lanzamiento de fétidos fonemas cuya sola sonoridad era importante. Se transformó en el equivalente intelectual de “cinco? Por el culo te la hinco”, salvo que en este caso, los mensajes ni siquiera rimaban.

En un planeta en el que nada significaba nada, dejaron de respetarse a ellos mismos del mismo modo en que habían dejado de respetar a los demás. Cuando todo es mentira, nada es mentira y en un mundo sin lógica, cada pensamiento estúpido es una idea sensata. Por suerte, la veintena de músculos faciales que constituían el rostro de los primates impedía, entre otras cosas, que se les cayese la cara de vergüenza, cuando la situación lo requería.

El futuro, que hasta entonces había sido un lugar inhóspito y remoto, se convirtió en el día siguiente. Y con esa reducción se borraron aspiraciones, anhelos, esfuerzos continuados, proyectos colectivos, promesas y ambiciones. Igualmente el pasado distante se convirtió en hace un rato. Y así desaparecieron la memoria, los reconocimientos, los agradecimientos y las disculpas. En un mundo sin hoy ni mañana, la responsabilidad individual y colectiva dejó de tener sentido y el aprendizaje perdió su utilidad pues ya nada era el problema o la responsabilidad de nadie.

El espacio también se redujo. El planeta se volvió vulgarmente pequeño. Todos ya lo habían visto todo, lo sabían todo, nada les sorprendía ni admiraba, se aburrieron profundamente los unos de los otros y todos acabaron escuchando la misma canción.

Y finalmente disminuyó también el número de primates hasta que sólo quedó uno: yo. Un viaje de 4.500 millones de años para acabar muy cerca de donde se empezó. Después de todo *Memento, homo, quia pulvis es, et in pulverem reverteris*, o como dijo Groucho, “Salí de la nada para alcanzar las más altas cotas de miseria.”

Y es en este punto y bajo esta mirada, donde se hace notable que la especie encontrase tiempo, ánimo y optimismo suficiente como para componer la Sinfonía n.º 9 en re menor, op. 125.

CAPÍTULO 10:
Redundante colofón

En las complejas sociedades en las que se encuentran alojados los seres humanos caben opiniones, preferencias, tradiciones, inclinaciones, gustos y pasiones. Y éstas puede ser completamente estúpidas o estar más o menos justificadas. Pueden ser vulgares o exquisitas. Pueden obedecer a una lógica que ya no entendemos o pueden ser misteriosamente importantes y su borrado u olvido, si no se ejecuta correctamente, puede tener consecuencias inesperadas[40]. O pueden ser directamente erróneas o dañinas y con el tiempo y cierto consenso habrán de ser modificadas o en ciertos casos, erradicadas.

Y está bien que así sea. Es saludable y divertido que los seres humanos tengan gustos variados, que puedan cambiar de opinión o que piensen de formas distintas, en lugar de hacerlo como una terrorífica mente colmena. Como supuestamente dijo Sigmund Freud, “si dos personas piensan lo mismo, una de ellas no está pensando”. Y es igualmente inevitable que en ocasiones se peque de estúpido. Por obra, pensamiento u omisión. O que los humanos se equivoquen. Es más, es muy posible que estar equivocado sea el estado natural de los seres humanos.

Pero dicho esto, para que una sociedad sana sea viable, entre toda esta variedad de ideas y comportamientos, debe haber elementos sobre los que podamos estar de acuerdo y que hagan posible la convivencia. Por sana quiero decir, una sociedad que acepte una buena cantidad de libertad individual y que al mismo tiempo produzca un escenario en que sus componentes puedan resolver problemas de forma colectiva. Esto segundo debe ser importante dado que los humanos son seres gregarios, dependientes de sus congéneres y construyen su existencia sobre la obra de los muertos. Debe, como digo, haber una serie de axiomas en los que sea posible coincidir, por elementales que estos sean. Y que permitan elaborar a partir de ellos, ideas más complejas y con suerte llegar a acuerdos razonables.

Uno de estos axiomas podría constituirlo el sentido de las palabras. Si aspiramos a que exista una cierta concordia entre los miembros de la tribu, deben establecerse canales de comunicación. Y que estos canales funcionen correctamente. Así que parece importante que todos los individuos, no sólo cuenten con un cierto vocabulario propio, sino que puedan estar colectivamente de acuerdo en el significado de las distintas palabras. Esto parece una obviedad. Y sin embargo cuando uno atiende a los debates o

40 Vuelven a aparecer aquí los gorriones de la china maoista.

discursos que tienen lugar de forma cotidiana en medios o en redes sociales, pareciera que nadie estuviera entendiendo, ni lo que dicen los otros ni lo que dicen ellos mismos.

Que la población tenga acceso a la educación suficiente como para permitirles desarrollar un lenguaje sofisticado, es de una importancia capital. Hablar, leer, escribir, ser capaz de expresar ideas complejas y entender lo que a uno se le dice, por más que a algunos les parezca una forma de esnobismo imperialista, es esencial en el desarrollo intelectual de los individuos y las sociedades[41]. El lenguaje es un elemento clave en los procesos intelectivos. Las palabras nos ayudan a pensar. Para que exista un aprendizaje es necesario comprender a un otro. En nuestra sociedad existen personas que, padeciendo un cierto problema, no pueden comunicarlo o compartirlo con alguien que podría ayudarles, por no contar con el vocabulario adecuado o un manejo elemental de la sintaxis. Parte de su sufrimiento reside en no saber poner en palabras su dolencia. Insólitamente, algunas de estas personas no sólo hablan el mismo idioma, sino que han estado sometidas al menos a catorce años de educación obligatoria.

El conocimiento del lenguaje es importante. Y este conocimiento no siempre está correlacionado con el nivel de estudios. No se debe confundir educación con titulación académica. Aunque desde luego ayuda. O debería. Fruto de una educación excesivamente mecanizada, abundan personas con estudios superiores, que claramente no saben hablar de forma articulada. Personas que deben llevar colgado al cuello su título universitario para convencerte de que han estudiado, porque por su forma de hablar, no podrías creerlo. En estas personas el título sólo sirve para producir en ellas una falsa sensación de confianza que les impide cerrar la boca y mostrar que en efecto, toda ese tiempo y dinero invertido en educación, no ha causado efecto alguno.

Las palabras y el entendimiento de su significado podrían conformar uno de los pilares de una sociedad amable. Aunque tal vez el axioma que debamos fijar no sea tanto el que exista un cierto acuerdo en el significado de las palabras, como que exista voluntad de comunicación. ¿Y si lo que falla no es la educación o el conocimiento del lenguaje (que también) sino que ni siquiera estamos interesados en que el proceso de comunicación se lleve a cabo? ¿Y si el problema es que no tratamos de expresarnos con cuidado? ¿O que no ponemos ningún esfuerzo en intentar entender al otro?

A día de hoy existe un concepto llamado “escucha activa”. Sin saber a qué individuo o grupo de individuos se le ha ocurrido tal expresión, si podemos concluir que se trata de un mentecato (o grupo de mentecatos). Esta expresión se refiere, *...como su nombre indica, a escuchar activamente y con conciencia*

41 En “El hombre que mató a Liberty Valance”, el abogado Ransom Stoddard se embarca en la tarea de enseñar a leer y escribir a los habitantes de Shinbone. Cree Stoddard que si éstos aspiran a ser buenos ciudadanos, tienen que ser al menos capaces de leer el periódico. Y a su vez, esto les permitirá participar en la vida política y votar en conciencia. Y no dirigidos por la voluntad de los terratenientes o los cuatreros.

plena. Lo que viene a ser escuchar. Los estafadores que han creado tal definición han tenido el sentido del humor suficiente para agregar un *como su nombre indica,* a la definición. Es para troncharse.

En cualquier caso, en nuestra imbécil sociedad, como ya ocurrió con la repugnante expresión “personas humanas” se ha hecho necesario matizar el verbo “escuchar” con un adjetivo. Escuchar, pero escuchar bien. Escuchar... escuchando. Es tan corriente que en lugar de escuchar, estemos esperando nuestro turno para hablar, pensando en lo que diremos a continuación, que hemos visto necesario especificar cuándo estamos escuchando sin escuchar y cuando estamos escuchando... escuchando. Escucha activa, en oposición a ¿qué?

Por lo general parece no existir consideración alguna del emisor hacia el receptor y viceversa. El signo de nuestro tiempo lo representan personas que se indignan por opiniones que nadie ha expresado. No por lo que se ha dicho sino por lo que se ha querido decir. “No por lo que dices opinar sino por lo que yo se que en realidad piensas. No trates de engañarme, que se en qué cueva te escondes”. Una sociedad incapaz de detectar la ironía, al parecer sabe bien lo que en realidad quería decir el otro, sin necesidad de escucharlo. Y si no se nos entiende, repetimos lo que hemos dicho, pero más alto. ¡DIGO, QUE SI NO SE NOS ENTIENDE, REPETIMOS LO QUE HEMOS DICHO, PERO MÁS ALTO! El emisor sólo trata de vomitar sus fonemas sin que ni a emisor ni receptor les importe lo más mínimo, lo que uno diga o que el otro les comprenda.

Desde al menos el siglo XIII, se han intentado encontrar mensajes ocultos en la Biblia. Y con mensajes no nos referimos a las diferentes lecturas o interpretaciones que se puedan hacer de los textos bíblicos: “Cuando en Samuel 25, 19 se dice «El rey no desea dote alguna, sino cien prepucios de filisteos, para tomar venganza de los enemigos del rey.», ¿se trata de una metáfora sobre la eliminación de ciertas actitudes machistas del pueblo filisteo, que el rey trataba de corregir?'' No. Nos referimos a mensajes ocultos en sentido estricto. A recados que el buen dios ha dejado escondidos en la larguísima postal que nos escribió hace más de dos mil años. El tipo de mensaje que un espía de la CIA ocultaría en una carta y que podría descifrarse con un código. Una suerte de acróstico celestial que dios, al dictar su texto, habría escondido en la Biblia.

Nacieron así diferentes métodos para descifrar estos mensajes. Y muchos de ellos estaban relacionados con juegos matemáticos, como por ejemplo los algoritmos de secuencia de letras equidistantes. En este método se toma una letra al azar como inicio del mensaje y se agrupan secuencialmente las siguientes, saltando una letra. O dos. O tres, etc. Y en el conjunto de letras resultantes se trata de encontrar un mensaje con sentido. A lo largo de la historia, personas con una buena cantidad de tiempo libre, han tratado de encontrar profecías ocultas en la Biblia con éste y otros métodos similares.

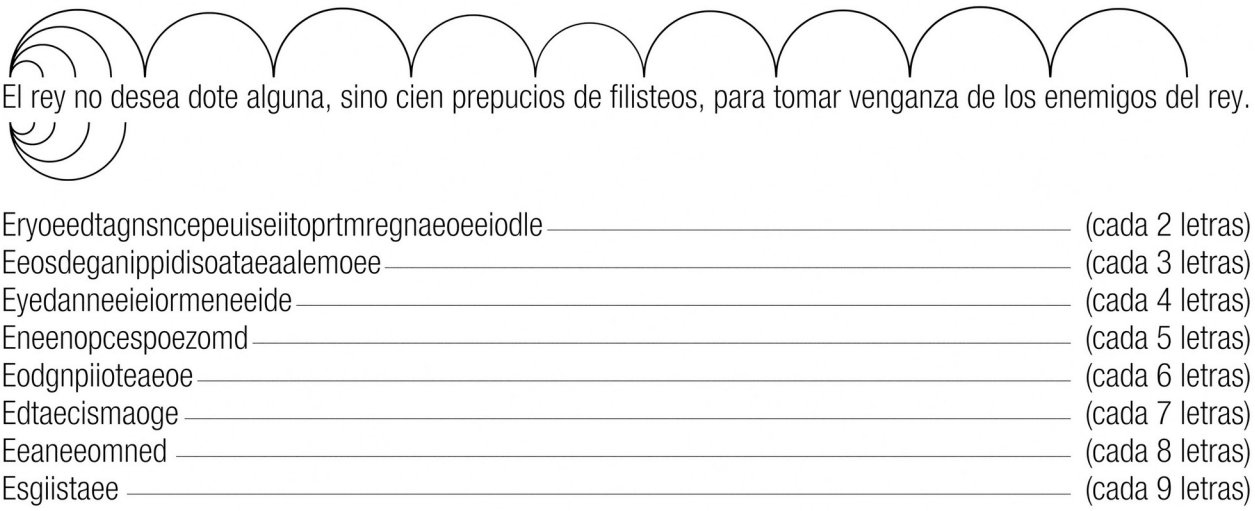


Figura 12: Representación del método de secuencias de letras equidistantes.

Si se agrega algo de pensamiento crítico a esta idea, es inevitable que surjan ciertas preguntas. Si un ser todopoderoso se toma la molestia de hablar con su creación, ¿por qué ocultar mensajes en dicha comunicación? ¿Si el mensaje es tan importante y ha de seguirse a rajatabla, por qué dificultar la interlocución? ¿Por qué este juego de adivinanzas? ¿A qué viene este infantil “me acabo de enterar de una cosa, pero no te la puedo decir”?

Cabe también preguntarse qué papel juegan las traducciónes de la Biblia en este desvarío. El texto fue originalmente escrito en varios idiomas: hebreo, arameo y griego. ¿En qué idioma están escondidos los mensajes? Y no solo eso, la Biblia ha tenido distintas compilaciones. ¿Qué texto hemos de emplear en nuestra búsqueda de profecías y recados ocultos? ¿La versión hebrea, la Vulgata, la gótica, la del rey Jacobo, la de Gedeón? Siendo el código tan endeble que un error ortográfico, o la ausencia de una letra puede cambiar completamente el significado del mensaje, toda esta cuestión idiomática y editorial parece ser relevante.

Pues a pesar de lo delirante que parece esta idea, oh, sorpresa, se han encontrado mensajes ocultos en la Biblia usando estos métodos. Resulta que si uno juega lo suficiente con estos algoritmos de letras saltarinas, en los textos aparecen palabras y oraciones con sentido. El escritor Greg Easterbrook decía “Tortura a los números y conseguirás que confiesen cualquier cosa.” Al parecer la Biblia admite una forma similar de tortura y ayudada por la potencia de computación que nos regalaron los ordenadores a finales del siglo XX, los textos sagrados comenzaron a regurgitar profecías y augurios.

Con el mundo aún conmocionado por este descubrimiento, aparecieron los matemáticos, con su proverbial alegría de vivir, a pincharnos el globo. Y echando mano de la estadística explicaron que, aplicando este método ridículo a un texto lo bastante largo, y haciendo un número suficientemente arbitrario de combinaciones, se podía hacer aparecer mensajes ocultos en El Quijote, en La Iliada o en la saga Crepúsculo. Que con mucha voluntad y pocos estándares racionales, incluso en una muestra de ruido carente de sentido, se podían

encontrar mensajes ocultos. Una forma de pareidolia linguística como la que nos permite descubrir caras en las manchas de gotelé. Y en la Biblia, igual que en el caso de las manchas, la cara no está tanto en la pared, como en la cabeza del que las observa. Los mensajes de la Biblia ya existen en la mente del que los busca. Ahora tan sólo es cuestión de inventar un algoritmo majadero que los localice.

Dado que la cultura general de los estudiosos de la Biblia reside sólo en el conocimiento de este texto y algo de historia, no es extraño que todos los mensajes que se encuentren, tengan que ver o bien con la misma Biblia, o sean profecías de eventos históricos bien conocidos por todo el mundo. Si todo lo que tiene es un martillo, todo lo que vea le parecerá un clavo. Los mensajes dicen más del que los encuentra que del texto bíblico. Esto se puede observar en el hecho de que Dios no escondiera un mensaje revelando el valor del momento dipolar del neutrino, el mapa neuronal del gusano *C.elegans* o el mecanismo para desarrollar la vacuna contra la polio.

Del mismo modo que los criptógrafos de la Biblia sólo ven lo que quieren ver, hoy sólo escuchamos y entendemos lo que nuestro cerebro y las tripas adyacentes, están en condiciones de procesar y aceptar. La significación que extraemos del ruido que nos llega, no está tanto en el ruido en sí, como en nuestra cabeza. Asumimos lo que creemos que se ha querido decir, dependiendo de quién lo haya dicho, lo tergiversamos, lo manipulamos o lo obviamos por intereses propios o por ignorancia. Las palabras de nuestro interlocutor nacen en nuestra cabeza, acompañadas de la respuesta, sin que los oídos participen del proceso. Damos por sentado que entendemos lo que se ha dicho. Y cuando no es así, el insoportable ego que habita en cada uno de nosotros se ofende. A nadie le gusta sentirse estúpido. Atreverse o verse obligado a preguntar qué ha querido decirse, se ha convertido en un acto de humillación. Reconocer que no hemos entendido algo, o que necesitamos que una cierta idea se explique con más detalle no es una alternativa. “¿Escuchar?, nunca. ¿Preguntar?, jamás!”. Las oraciones interrogativas han perdido su utilidad. Y por otro lado, adaptar un discurso a las circunstancias haciéndolo más sencillo o más sofisticado cuando sea necesario, se ha convertido en una herramienta que nos permite avergonzar a unos por incultos e insultar a otros por pedantes.

Se dice que cierto día, llegando don Miguel de Unamuno a una tertulia y antes incluso de sentarse, espetó a los participantes, “De qué se habla, que me opongo.” Hoy hemos refinado el acto y ya ni siquiera es necesario consultar a los tertulianos sobre el tema de conversación.

Siendo este el panorama, y dado que los seres humanos contamos con una intrincadísima serie de estructuras anatómicas y neurológicas sólamente dedicadas a la comunicación, podría ser una buena idea tener la voluntad de usarla para algo más que hacer ruido, o para escuchar la voz de nuestra cabeza que nos recuerda que siempre tenemos razón. La supervivencia de la

especie humana ha sido posible en parte gracias a nuestra capacidad para transmitir y comprender ideas complejas. Y como ocurrió con esas piezas de tecnología que al principio nos sorprendían, pero al cabo de unos años nos sobraban y aburrían, así parecemos habernos hastiado de nuestra propia capacidad de comunicación. El lenguaje ha compartido destino con esas milagrosas memorias USB, que al principio cuidábamos por caras y novedosas y que al cabo de unos años, acabaron regalándonos en la carnicería. Y que hoy deben descansar apiladas en el vertedero de un país africano, rodeadas de confusas bacterias que no saben bien cómo comérselas.

Durante el periplo como estudiante de doctorado uno tiene la oportunidad de asistir a numerosísimos congresos científicos. Estas reuniones de investigadores consisten en series de charlas de extrema complejidad que se siguen unas a otras con insoportable regularidad: charlas de 10, 30 o 60 minutos se suceden a un ritmo frenético a lo largo de días sin apenas descanso. Algunas de las mentes más preparadas del planeta enuncian sus descubrimientos ayudados por crípticas diapositivas mientras el resto (de mentes preparadas) escucha con supuesta atención.

Mi primera experiencia en uno de estos congresos fue dolorosa y aún hoy me despierto en medio de la noche entre sudores, como un excombatiente del Vietnam que no ha podido olvidar el sonido de los helicópteros. Aquél trágico primer día, tras dos horas de charlas comencé a empatizar con Malcolm McDowell en la Naranja Mecánica durante el tratamiento Ludovico. Solo que yo echaba de menos el artilugio que impedía a Malcolm cerrar los ojos. Inhumanos científicos (valga la redundancia) lanzaban integrales de superficie, espectros, dispositivos experimentales y letras griegas a su audiencia, sin asomo de compasión. En la tercera disertación de la mañana, yo aún trataba de entender la primera. Y al anunciarse un descanso (porque hay descansos para tomar café frío y aguado y compartir el desconcierto), abandoné la sala trastornado, con una ecuación diferencial todavía chorreándome por la oreja. Y tras este brevísimo periodo de reposo, volvimos a entrar en el sanatorio para continuar con el tratamiento.

Al final del día, mi alma ya había abandonado mi cuerpo, tratando de evitar caer en la demencia. En ese momento le pregunté a un estudiante más viejo y experimentado si esto era siempre así. ¿Cómo es posible procesar toda esta información en tan poco tiempo? ¿De verdad la gente entiende algo? ¿Comprenden todas las charlas? ¿El Tribunal de la Haya sabe algo de esto? ¿O soy yo el único que no se entera, porque soy gilipollas? Este estudiante veterano me dijo que no. O sea, que no lo sabía. Si yo era gilipollas o no. Pero que respondiendo a las otras preguntas, suponía que el resto de investigadores harían como él: sólo prestar atención a las presentaciones que le interesaban por motivos profesionales, o por mera curiosidad. Y durante el resto, escuchaba el mar. Ruido blanco. O trataba de recordar si se había dejado en casa el gas abierto. O decidía dónde iría de vacaciones ese año.

Como además somos científicos, me dijo, sabemos que los seres humanos sólo pueden mantener la atención durante unos pocos minutos. A partir de ahí la cabeza empieza a divagar. Reconoció este veterano estudiante que este conjunto de charlas, así configuradas, una tras otra, no tenía sentido alguno. Un cerebro humano convencional no puede aprehender toda esta información. Nos despistamos... A no ser que ocurra algo. Un imprevisto, un accidente, algo que reactive o reinicie nuestra capacidad de atención: que explote el proyector de diapositivas, que alguien en la audiencia se levante y exclame "¡YA ESTOY HARTO DE ESTA FARSA!", o que al ponente le de un teatral infarto de miocardio.

En resumen, en un congreso típico tenemos a unos pocos centenares de las mentes más preclaras del planeta jugando a un juego absurdo. Por un lado, un grupo numeroso de científicos fingen que escuchan y entienden a un tercero, mientras que éste finge que el resto le está entendiendo[42]. Esto hace que la mayoría de los oradores, sin consideración por su audiencia, no se moleste demasiado en trabajar su discurso y así facilitar la comprensión de su mensaje. Y en justa respuesta, los oyentes no hacen siquiera el intento de entenderlo, dando a los congresos científicos un cierto sabor tragicómico.

Y esto ocurre en el mundo de la academia. Esta carísima catástrofe comunicativa la llevan a cabo los mejores de entre nosotros. Gente con un lenguaje común, específico y extremadamente riguroso, que comparte los códigos y que por lo general están de acuerdo en los elementos básicos de su trabajo. Ocurre entre personas que valoran el aprendizaje y para los que estas charlas tienen un importante valor profesional. Si esto es así en la academia, ¿qué no ocurrirá en el congreso de los diputados? ¿O en un periódico? ¿O en un matrimonio? ¿Cuál es el estado de la voluntad de comunicación en una comunidad de vecinos?

En esta misma línea, pensemos por ejemplo en un mitin político. Siempre me he preguntado quiénes son esas personas que acuden a estos eventos. Quiénes son esos seres faéricos que acompañan al candidato. Ese coro misterioso que aparece tras el orador en los reportajes de los informativos, que han de dejar el botellín en el suelo para aplaudir las distintas intervenciones y tragar el trozo de bocadillo que mastican, para poder corear las consignas pertinentes. ¿Están ahí para escuchar y conocer el programa político del orador y saber si están o no de acuerdo con él? Obviamente no. Son personas ligadas al partido de algún modo. Discípulos, adeptos, fieles, adictos, maniquíes convencidos que llenan la pantalla y que, como las focas, tienen la habilidad de palmotear cuando tal cosa es requerida. Cretinos con una ausencia tal de dignidad, que podrían ser sustituidos por una ovación de lata, como cuando en los años noventa, un actor famoso aparecía por sorpresa en una comedia americana. El orador mueve la boca y finge estar diciendo algo importante. Y el coro finge estar escuchando, asintiendo con la cabeza al ritmo sabrosón que marca el ponente. Y los medios de comunicación fingen que esto tiene algún valor. Y el resto fingimos que nos importa.

42 De nuevo, la Teoría de la mente.

Ese es el estado de la comunicación en nuestra sociedad en el que nos hemos acostumbrado a esta clase de grotescos teatrillos. Un mundo en el que nadie aprende nada, cosa que no es grave porque nadie está diciendo nada.

Una adenda que se podría agregar al axioma que constituiría la voluntad de comunicación, si se me permite y sabiendo que es un exceso, sería el de que los discursos coincidiesen, aunque fuese levemente con la realidad material que describen. Un poco al menos. Que hubiese una mínima relación entre las palabras y aquello a lo que se refieren. Que existiese algo de concordancia entre lo que se dice y lo que se hace. Por ejemplo, que si alguien se atreve a dictar o sugerir cómo debería comportarse el resto, tuviera al menos la decencia de servir como modelo.

Sería agradable que gente que obviamente tiene problemas para conducir su existencia se abstuviese de dar homilías al resto. Que tuvieran el gramo de vergüenza necesario para no hacer una cosa mientras dicen la contraria. Que se mostrasen magnánimos con los errores de los demás teniendo en cuenta su propia falibilidad.

El artista Jim Henson decía *Los niños nunca escuchan, pero saben lo que eres.* Es inútil, decía, que le exijas a un niño que se comporte, que sea paciente o que lea, si observa que tu te conduces como un energúmeno o si no te ha visto disfrutar de un libro en su vida. En la Biblia, Mateo 23, 3, leemos: *Así que, todo lo que os digan que guardéis, guardadlo y hacedlo; pero no hagáis conforme a sus obras, porque dicen, pero no hacen.* El célebre “haced lo que ellos digan pero no lo que ellos hagan”, “No sepa tu mano izquierda lo que hace la derecha”. Esta clase de cinismo, que hoy es parte consustancial de la existencia y que a veces se percibe como una forma de astucia o inteligencia, hace que se haya normalizado la “virtud” de ser un sinvergüenza con un comportamiento esquizoide.

Junto con esta actitud cínica, se ha vuelto razonable negar lo obvio. Y cuando se convierte a la realidad en una cuestión opinable, desaparece toda posibilidad de llegar a acuerdos. Y sin entrar en una plomiza disertación filosófica para la que no estoy remotamente preparado, sí se debe aceptar que hay distintos planos de realidad: la realidad que percibimos a través de nuestros sentidos o la realidad que construimos y matizamos en nuestras cabezas y en la que creemos habitar. La realidad biológica o la realidad cultural. La realidad que conformamos de forma consciente y la que se fabrica a nuestro alrededor inconscientemente. En esta menestra de “realidades” debe haber elementos que podamos compartir y sobre los que se pueda, colectivamente estar de acuerdo. Y que podrían constituirse en otro axioma sobre el que llegar a convenios.

Personalmente creo que existe una realidad material ajena a los seres humanos. Una realidad en la que habitamos, mucho más grande que nosotros, a la que le importamos poco, que estaba aquí antes de que nuestras minúsculas personas con sus mayúsculos egos aparecieran. Y que seguirá aquí

mucho después de que nos hayamos ido. Una frase cuyo ingenioso autor no he podido encontrar dice “El mundo no le debe nada. El mundo estaba aquí mucho antes que usted”. Esta realidad de la que hablo es bella y terrorífica y sólo por eso, merece la pena conocerla y tratar de entenderla, aunque sólo sea con objeto de asombrarse y experimentar placer. Una realidad material a la que se puede acceder con espectrómetros y telescopios, y que se puede entender con matemáticas, mucho esfuerzo y buenas ideas. Una realidad que a veces lleva a ateos descreídos como mi persona, a sentir algo parecido a la experiencia religiosa. Tal vez podríamos empezar a cavar los cimientos de un acuerdo en esa realidad.

En esa realidad por ejemplo, las palabras significan algo. Cuando alguien dice “La velocidad es la derivada del desplazamiento con respecto al tiempo”, quiere decir exactamente eso. Y derivada significa derivada. No significa integral. No pretendo con esto que toda la sociedad se conduzca como lo hacen los científicos. Nada más lejos. ¡Qué lástima, pobrecicos! Después de todo los científicos son, aunque cueste creerlo, seres humanos y como tales, un poco gilipollas. Pero si que hay conductas en ciencia de las que podríamos aprender y que servirían para establecer una comunicación más saludable entre las personas.

En ciencia, si se expresa algo de una manera difusa, se pregunta qué se ha querido decir. Y cuando se aborda un problema, el primer paso consiste en establecer con cierto rigor, de qué se está hablando. Se han de definir los términos. A qué se alude cuando se dice cierta cosa. Han de asegurarse de que todos los interlocutores hablan el mismo idioma y todos se refieren a lo mismo usando las mismas palabras. En ciencia es habitual decir y escuchar “no lo se”.

Las palabras no son mágicas. O no deberían serlo. El trabajo no es una tortura, por más que su origen (el de la palabra) sea el *tripalium*, un dispositivo de tres palos de la antigüedad en el que se ataba a los esclavos para azotarlos. El trabajo puede ser una tortura, pero por otros motivos. La secuencia de fonemas tra-ba-jo o su origen etimológico no convierte “per se” a esta actividad en un suplicio. La tarea de los operarios de una mina no es más o menos dura porque los romanos y más tarde los godos decidieran utilizar un instrumento de tortura para describir “una labor o esfuerzo aplicado a la obtención de una riqueza”.

Que los humanos hayan podido inventar palabras para describir cosas que no existen, no hace más reales a los dragones, las sirenas o a la página web del gobierno que funciona. Y sin embargo, si todos los miembros de la especie, simultánea pero individualmente, deciden que las palabras son más importantes que la realidad que describen, se entra en un universo surrealista y descompuesto en el que no hay dónde agarrarse. Se entra de hecho en ese universo infinitamente complejo del que hablábamos al comienzo de este texto, donde no hay posibilidad de aprendizaje y en el que será imposible cocer un huevo, porque la temperatura de ebullición del agua dependerá del estado de ánimo de un vecino de mi bloque. Un universo sin reglas en el que es tan

válida una sentencia como su contraria, sin que importe de qué se esté hablando: de gustos de helado o de la esfericidad del planeta. Y así la comunicación, ya complicada, se vuelve no solo estéril sino innecesaria y redundante. Se hace imposible llegar a acuerdos porque es todas las afirmaciones son igualmente ciertas y no hay intención ni necesidad de tratar de comprobarlas o contrastarlas con los hechos. Porque serán las palabras, dichas por cada individuo, las que establezcan su realidad; la propia y la de los demás.

Y dejo aquí un innecesariamente cruel recado para la filosofía. Es extraño que una disciplina que se define modestamente cómo *aquella que busca explicar de manera racional y sistemática los principios fundamentales de la realidad*, se haya convertido en un barullo sectario de especialistas, instalados en discusiones baldías. Debates en el que los ponentes se bombardean con palabras esdrújulas y en los que la verdad depende del número de muertos que son capaces de citar los contendientes. Y esto se vuelve obscenamente ridículo cuando en ocasiones, existen formas independientes de contrastar o validar sus planteamientos. Discusiones larguísimas acerca del color del cielo en las que a nadie se le ocurre asomarse a la ventana.

Antiguamente, en un mundo anterior al sistema métrico decimal, en las plazas de los pueblos en las que se instalaban los mercados, era habitual encontrar una marca excavada en la fachada de algún edificio importante. Dicha marca, en este caso una línea recta de algo menos de un metro, se conocía como vara. Y esta vara, que ha sobrevivido en muchos lugares y que podemos encontrar por ejemplo en Zafra (Badajoz), Bergara (Guipúzcoa) o en Sos del Rey Católico (Zaragoza), era algo tan sencillo como relevante: el patrón de longitud. La vara se marcaba en un lugar público al que todas las personas podían acceder para comprobar si lo que se estaba mercadeando medía lo que el vendedor decía que medía.

Y la longitud de esta vara no era universal. Variaba de un pueblo a otro y de una a otra región del mundo. Se adaptaba a las necesidades territoriales u obedecían a una tradición particular. Pero el acto de “tener una vara” a la que poder acudir cuando fuera necesario, sí tenía un carácter universal. Y al menos localmente, todo el mundo podía estar de acuerdo en la medida de una vara porque todo el mundo podía, si quería acceder a ella. Todo el pueblo había acordado que esa tosca marca en la pared del ayuntamiento tenía un significado importante convenido o aceptado colectivamente.

La existencia de esta vara, por supuesto, no eliminaba los conflictos o la posibilidad de estafa. Los homo sapiens han hecho del engaño un arte y siempre han encontrado formas ingeniosas de timarse unos a otros: han cargado dados, limado monedas y puesto el dedo en la balanza desde que el mundo es mundo. Pero el fraude sólo tiene sentido cuando se está violando una regla. Igual que el embustero sabe que hay una verdad que está pervirtiendo, el estafador debe reconocer y aceptar el patrón, para poder contaminarlo.

Igual que la erosión de las piedras está poco a poco desdibujando las varas de las fachadas, los elementos fundamentales sobre los que podemos estar de acuerdo están desapareciendo gracias a este relativismo discepolano infinito en el que nada tiene sentido.

Los números o el significado de las palabras son ahora opinables. El diccionario se hace inútil pues también son opinables sus definiciones. Tres es mayor que dos, dependiendo del día. Y se desvanece así una realidad que en estas condiciones, puede ser establecida por cada uno de nosotros. Y esa realidad ficticia no convive ya con la auténtica (en caso de haberla), sino que es aún más contundente.

Y no nos queda más que desdecirnos y concluir que en efecto, las palabras son mágicas, si todos así lo acordamos colectivamente. Y que la realidad será lo que cada uno quiera. Y adelanto que, a no ser que todos tengamos a un Tolkien o a un Stanislaw Lem dentro de nuestro cerebro, esa nueva realidad personal, solipsista y egomaniaca va a ser indefectiblemente mediocre y aburrida. La mayoría de nosotros no hubiera sido capaz de imaginar las judías con chorizo, los zapatos con cordones o la regadera. No hablemos de La Sinfonía del Mar de Vaughan Williams, las galaxias o la vitamina D. Y la prueba de esto es que la realidad que estamos creando es de un maniqueísmo que provocaría náuseas visto en una mala zarzuela. Nuestra realidad personal no va a ser El Mago de Oz o Con la muerte en los talones. Como mucho, Pepa Pig.

¿Ha sido toda esta reflexión el producto de la nostalgia de un tiempo pasado? ¿De cuándo? ¿De un tiempo de autocracias en el que la ley y el orden era más firmes que hoy? ¿De una época decimonónica en la que sólo unos pocos eran dueños del debate social? ¿Se está añorando aquí el tiempo en que la palabra dada era ley y hombres cargados de testosterona se retaban a duelo, y morían de forma aleatoria, porque las armas de fuego de aquella época no eran muy buenas y apuntabas a un farol y matabas a una vieja? No. Es nostalgia del día en que alguien preguntó algo con honesta curiosidad y otro supo, quiso o intentó responder a su pregunta con similar honradez. Es nostalgia del día en que alguien dijo que iba a hacer algo y lo hizo. O no lo hizo, pero consciente de que debía haberlo hecho, se disculpó y trató de explicarse. Y el resto aceptó sus disculpas. Del día en que alguien dijo “ocho” y realmente quería decir “ocho”. Y aspiraba a que su interlocutor entendiese “ocho”, siendo 8=1+1+1+1+1+1+1+1. Nostalgia también del asombro infantil que produce la contemplación de un eclipse o el crecimiento de un roble a partir de una diminuta semilla. Y de la experiencia mística que genera el comprender su origen. Y que esa experiencia pueda ser compartida.

Supongo que nostalgia de una época que tal vez nunca haya existido. Un tiempo en el que unos ridículos primates fueron conscientes de que podían recordar su pasado, empezar a desentrañar su presente y reflexionar sobre su futuro. Que podían poco a poco y a veces por accidente, comprender su entorno. Y que merecía la pena dedicar tiempo a ello y relatar sus hallazgos y

avatares a sus crías utilizando sonidos articulados. Y con ello, ayudarse a sí mismos y a sus congéneres a sobrevivir.

Agradecimientos

Si un texto es bueno, si una historia es interesante y está bien contada, una lista de agradecimientos al final de ésta, supone un reconocimiento para los aludidos. Cuando el escrito es algo como lo que acaban de leer, citar a personas que puedan haber inspirado o estar relacionadas con esta catástrofe, se convierte en un descrédito. Pero ajeno al dolor que esto pueda producir, creo que es justo expresar mi gratitud. Por fortuna para ellos, la lista es corta.

Muchísimas gracias a la ilustre Sofía Ortega y a su santa paciencia, que ha leído y releído este cataclísmo literario en numerosas ocasiones. Y cuya sobresaliente inteligencia y anómalos puntos de vista han tratado de hacer más interesante este texto.

Y a Victor Deckard y a Pablo García, por la amabilidad y el cariño personal que me han mostrado leyendo una versión preliminar y mucho más punki de este ensayo.

Y ya.

Dicho esto, muy temprano decidí que, huyendo del rigor científico e histórico, en este texto no habría citas ni referencias. Y sin embargo la mayor parte de lo que aquí se ha expresado, tiene como origen muchas lecturas e ideas prestadas. Por ello creo legítimo enumerar algunas fuentes, aunque sea sólo como recomendaciones.

Por ejemplo, lean “Naufragios”, la crónica del viaje de Alvar Núñez Cabeza de Vaca. Este libro es una maravilla a muchos niveles. Es un manual de historia, de antropología, de biología, de política pero es también una película de terror al tiempo que es un poema de una rara belleza.

Lean a Douglas Adams, al menos sus dos primeros libros sobre de la “Guia del Autoestopista galáctico”. Y escuchen sus disertaciones porque Douglas era aún mejor conversador que escritor.

Escuchen y aprendan de las charlas de Robert Sapolsky sobre biología y comportamiento animal. Y de las de Richard Dawkins, dos científicos poetas.

Lean las extrañas teorías filosóficas de Alasdair MacIntyre resumidas en el libro “Animales racionales y dependientes”, donde se pregunta si el estado natural del ser humano no será estar averiado… o eso he entendido yo.

Escuchen a Enrique Santos Discépolo, a Jorge Vidal y a Edmundo Rivero. Y a Beethoven y a Mozart, por supuesto, y vean el “Amadeus” de Forman.

Y lean mucha biología, toda la que puedan. Y conozcan lo que fue la “Gran Oxidación”, una epopeya sobre la supervivencia, el éxito, el éxodo y la muerte, que explica la existencia del oxígeno y por tanto de la vida animal y vegetal en el planeta Tierra.

Tengan el placer de leer, casi cualquier libro de Juan Luis Arsuaga y sigan los trabajos divulgativos del simpatiquísimo Stefan Milo para hacerse una idea general del periplo humano. Y de paso disfruten con la novela de Clark (y la película de Kubrick) “2001”.

Y conozcan el trabajo de divulgación de Richard Feynmann. Y el trabajo académico, si se atreven. Y descubran de su mano, la demente pero hermosa vida de los átomos.

Y lean la Odisea. Todo está en la Odisea. Casi todo está ya dicho en ese libro. Y en el Quijote. Lo poco que no está en uno, está en el otro.

Y aprendan cosas. Así, en general. Las que sean.